

Beatriz Díaz
Juan Quero

“He tenido la suerte de vivir esa época”



**Memoria de Juan Quero,
labrador, pastor y escritor**

Lit.Oral
LITERATURA Y ORALIDAD

© BEATRIZ DÍAZ

Primera Edición; Junio de 2007

Edita: Asociación Litoral
Tel.: 649 262 356
asociacionlitoral@hotmail.com

Portada: Juan Quero, trabajando la palma en el patio de su casa de Facinas, en
Noviembre de 2006.

En el caso de que se reproduzcan los textos, animamos a citar su procedencia.

ISBN: 978 - 84 - 611-7850 - 6

Depósito Legal: GR-1.752/2007

Impresión: Proyecto Sur Industrias Gráficas
c/ San Juan, 10 - 1810 Armilla
Tel.: 958 573 743
industriagrafica@proyectosur.com

«He tenido la suerte de vivir esa época»

**MEMORIA DE JUAN QUERO GONZÁLEZ:
LABRADOR, PASTOR Y ESCRITOR,
TESTIGO DE UN SIGLO DE HISTORIA
EN LA CAMPIÑA TARIFEÑA**

Facinas - Tarifa (Campo de Gibraltar), 2007

Testimonio oral de Juan Quero González
elaborado por Beatriz Díaz

Este libro ha sido posible gracias a Juan Quero, que tanto hizo por mostrarse y por entenderme, y que quiso que fuera su amiga; y a muchas otras personas:

Pepa Pelayo, su mujer, e Isabel y Ana Quero Pelayo, sus hijas, nos acompañaron en alma y voz durante muchos encuentros;

Enrique Díaz, Félix Díaz y Aziz Jadyane estuvieron al volante y a mi lado en las visitas;

Natalia Díaz, mi fiel crítica, revisó un primer borrador y me hizo creer que era la historia más completa entre las que he recogido;

Wenceslao Segura amablemente me animó a revisar el estilo y la comprensión, y completó algunos datos sobre personajes de la historia de Tarifa;

Gaspar Cuesta me aclaró dudas sobre la escritura de nombres y topónimos, y sobre su ubicación;

Federico Sánchez Tundidor se me apareció en el momento más necesario; y su saber, mediación y empeño hicieron posible dotar de más vida al texto y llevar a cabo una profunda revisión. También lo revisaron Jesús María Pérez e Ilari Bilbao.

Juan Ignacio Pérez le dio un último empujón.

Poco importan el tipo de tarea o el tiempo dedicado por cada persona. Yo sé que no es fácil colaborar en proyectos vivos como éste, que nacen sin definir y que van cobrando identidad a medida que recorren su propio camino. Por eso valoro tanto cada una de vuestras aportaciones. Gracias.

Sé traidor al Imperio si es necesario,
y rebelde a los decretos del Cielo.
Pero fiel a ti mismo, a la Luz que está en ti,
porción de Sabiduría y de Divinidad.

Los Jardines de Luz
Amin Maalouf, 1994

EL VALOR DE TU TESTIMONIO

Yo andaba en busca de testimonios de vida que dejaran traslucir la Historia y Sociología de nuestro pueblo, y varios caminos me llevaron a ti, Juan. Entre septiembre y noviembre de 2004, ese otoño en el que yo comenzaba a instalarme en Tarifa, tuvimos varios encuentros en el sereno y florido patio de tu discreta casa en Facinas. Fuimos acompañados a veces por Pepa, Isabel y Ana (tu mujer y tus hijas), y otras por Enrique (mi padre) o Aziz y Nora (mi compañero y nuestra hija); quienes también tuvieron su pequeño protagonismo.

En esas entrevistas te pedí que me hablaras de tu vida, intentando mantener un orden cronológico y deteniéndonos más en lo que yo no alcanzaba a comprender. Casi siempre reposaba la grabadora entre nosotros, como muleta de nuestra propia memoria. Aunque no te agrade ese aparato (sé que tú prefieres hablar con mano, lápiz y borrador como únicos instrumentos), ¡cuántos pequeños detalles y modos nos ha permitido registrar!

Tú me relataste lúcidamente tu experiencia como zagal cuidando a las cabras junto a tu padre o disfrutando de mozo en tu nuevo oficio de labrador propietario; has sabido hablarme de tu tránsito por una guerra fratricida no elegida, y como ventero, recovero y pastor de ovejas, sacando adelante a la familia en tu madurez; época en la que también fructificaría tu pasión por la lectura y la escritura.

No soy la primera persona que reconoce en tu narración, Juan, una admirable capacidad para enlazar tus vivencias con los hechos históricos cruciales que atravesaron tu siglo, y en los que se encuadra la vida de tu gente. Por mencionar algunos: las obras acometidas en la dictadura de Primo de Rivera, la presencia laboral española en Gibraltar en la primera mitad de siglo, el impacto de la Segunda República en el despertar del campo andaluz, las diferentes reacciones y la programada represión tras el golpe militar de 1936, el racionamiento y el estraperlo durante la posguerra y la crisis del trabajo en el campo que provocó la emigración de los años sesenta.

Durante todo ese recorrido por el siglo XX en tu tierra, nos desvelas también los cambios ambientales que han sufrido las dehesas y cortijos, y el trasfondo de la injusta propiedad y administración de estas tierras, cuyos dueños (con o sin derecho de serlo) han usado el poder político durante varias décadas; y muestras las penosas condiciones de trabajo que marcaron la vida de tantos ciudadanos y ciudadanas tarifeñas. Es ahí donde, fundamentalmente, reside el valor de tu testimonio.

A través de tus palabras, Juan, muchas personas se encontrarán con su propio pasado, semienterrado quizás por el olvido o el silencio obligado. Otras reconoceremos a nuestras abuelas y abuelos como verdaderos protagonistas de un siglo de historia reciente; lo cual puede ser imprescindible para entender nuestro vertiginoso presente, que amenaza con arrollarnos si no lo abordamos a tiempo.

Tras la transcripción de tu voz, Juan, mi primera tarea ha consistido en una exhaustiva reordenación del texto, para poder seguir un hilo comprensivo. A continuación contrasté tu explicación con documentos históricos y literarios de variadas fuentes (incluyo una lista de éstos al final del libro y los cito expresamente en el texto cuando aportan datos muy específicos). Por último, repasé o profundicé contigo sobre algunos detalles y añadí notas a pie de página, recuadros y anexos, para dar contexto a ciertos hechos.

He incorporado al texto piezas de la entrevista que te hizo José Araújo Balongo en 1995, publicada en la revista quincenal *La Voz de un Pueblo*, de Tarifa; otras de tu magnífico libro «Facinas, Historia de Facinas y campaña según Juan Quero», que la agrupación local del PSOE de Tarifa publicó en 1997; y también de la entrevista que Marina Fernández te hizo en 1998 para la tesina de su Maestría en Estudios Ibéricos. Incluyo asimismo parte del trabajo que realizaste junto a Luis Federico Sánchez Tundidor en 2001, titulado «La mujer rural en Facinas a lo largo del siglo XX» y algunos manuscritos tuyos recientes, (puede verse el detalle de estos documentos en la bibliografía).

He completado y revisado los últimos borradores del texto mano a mano con Luis Federico Sánchez Tundidor, lo que ha permitido enri-

quecer el testimonio con información sobre cuestiones medioambientales y relacionadas con usos y tradiciones; y dotar de mucha mayor rigurosidad, tanto a las notas y al vocabulario como al estilo y la puntuación.

Para tomar conciencia de la riqueza de nuestra lengua, de la que yo misma me he sorprendido, y con el fin de mantener y ampliar nuestro vocabulario, al final de tu relato he añadido un vocabulario con palabras o expresiones de uso local y con otras que, en cualquier caso, son poco conocidas entre las dos generaciones que te suceden. En el texto, estas palabras están indicadas con un asterisco (*).

Repasar, reordenar, aclarar... esa parte del trabajo no tan gratificante, pero necesaria al fin y al cabo. Como escritor que eres, me has hablado con preocupación de tu afán por cambiar una y otra vez el trazado del lápiz y desear siempre transformarlo de nuevo. Ojalá lo vivieras como una virtud, como una cualidad imprescindible para crear escribiendo. Si el arte de escribir tiene algo de doloroso, se debe, precisamente, a que hace falta repasarse y reescribirse a una misma para poder estar satisfecha con la obra. Y por eso, a su vez, escribir es tan creador en lo personal. Para mí lo ha sido trabajar contigo, Juan, y creo que esta obra también os aportará a ti, a tu familia y a nuestra comunidad.

Beatriz Díaz

Tarifa, Septiembre de 2006

CONTENIDOS

«Nos criamos muy felices en aquel sitio aislado»

I. INFANCIA Y JUVENTUD EN EL CORTIJO DEL MORO

Nosotros vivíamos en la cabreriza
Nos desenvolvíamos bien económicamente
El Moro no era de los cortijos más grandes
Detrás de mi padre, como un perrito, me crié yo
Yo nunca he pasado por una escuela
La afición a la lectura la cogí por necesidad
Mi padre, decían que tenía buena mano para el queso
Mi madre hacía teleras de tres libras y media
Compramos un ventorrillo en la parte de abajo del cortijo
En la venta quizás fuera donde más leí
Con la República se produjo un cambio en todos los cortijos
De ganaderos aprendimos a ser labradores

«Yo, lo que quiero es que esto se acabe»

II. LA GUERRA: ENTRE EL FRENTE Y LA OFICINA

La guerra fue un golpe grande para la juventud
El cabo Vera dijo que aquí no se tomaban represalias
Cuando yo me incorporé llevaban más de un año de guerra
Me granjeé la confianza de todos los agentes de la compañía
Teníamos que avanzar para tomar el objetivo que nos habían puesto
En la guerra, los ejércitos no nos cazábamos
Yo no tenía interés en ser cabo
Tuve un mes de permiso para hacer la siega
Me hirieron por nada
Con el tercer permiso conocí a mi mujer
Dicen que del roce nace el cariño

«He tratado de progresar con mi iniciativa privada»
III. COMO RECOVERO Y PASTOR: EN FACINAS
CON LA FAMILIA

Seguimos en aquellas tierras hasta que nos las quitaron
Ya me quedé sin sitio donde trabajar
Me dediqué a ir a Algeciras con mi caballo
Cuando la gente emigró vino el fracaso del negocio
Me arrimé a las ovejas y levanté cabeza
Entonces fue cuando escribí el libro
De nacer en estos tiempos, no sé si hubiera sido más feliz
Yo no me he querido nunca amarrar

«Nos criamos muy felices en aquel sitio aislado»

**I. INFANCIA Y JUVENTUD
EN EL CORTIJO DEL MORO**

A veces, uno cree que todo lo ha olvidado,
que el óxido y el polvo de los años han
destruido ya completamente lo que, a su
voracidad, un día confiamos. Pero basta un
sonido, un olor, un tacto repentino e inesperado,
para que, de repente, el aluvión del
tiempo caiga sin compasión sobre nosotros y
la memoria se ilumine con el brillo y la rabia
de un relámpago.

La lluvia amarilla
Julio Llamazares, 1993

Nosotros vivíamos en la cabreriza

Yo nací en una casa aislada que todavía existe en la cima de Sierra Plata, a las 5.30 de la mañana del día 1 de mayo de 1917. Nosotros vivíamos en la cabreriza* de la dehesa del Moro. En esas fincas las cabrerizas siempre están en un sitio aislado, en lo alto de la sierra, para que por la mañana vean el sol. Mi padre ejercía la profesión de cabrero con don Joaquín Abreu Herrera. La madre de Joaquín era doña Luz Herrera y su padre don Joaquín Abreu Núñez. Los hijos de este matrimonio, don Joaquín, don Agustín, don Juan y don Luis, tenían cada uno una dehesa adjudicada (la dehesa del Moro, Majada Verde, Las Cañadas, La Casma, Las Piñas, Arráez y La Palmosilla) y don Joaquín* administraba todos los bienes.

Mis padres se casaron en Facinas en 1913, cuando mi padre tenía 25 años y mi madre 20. Fuimos cuatro hermanos: tres varones y una hembra. Cuando yo nací, ya tenían una hija con dos años y pico: mi hermana Teodora. En sus tres últimos partos, a mi madre la atendió una mujer que estaba acostumbrada a ayudar en estas situaciones, que no era una profesional con título. En aquellos tiempos había muchas mujeres así.

Antes de cumplir un año nació el hermano que me seguía (me faltaban once días para cumplirlo). Mi hermano me privó de criarme con los pechos de mi madre¹, pero después me compensó, porque nos criamos como mellizos, muy unidos. La gente en la calle no nos distinguía, íbamos juntos y no sabían cuál era Juan y cuál Francisco. Cuando me casé me vine para Facinas y él se quedó en El Moro. Murió con 67 años, en 1985.

¹ Pepa, la mujer de Juan, explica que, como su leche no era buena, tuvo que alimentar a sus hijos con leche de vaca desde los tres meses o antes. La vaca destinada a dar leche a los niños era alimentada aparte y la leche se mezclaba con agua antes de darla con biberón o, en el caso de un hijo que no quiso biberón, a cucharaditas.

Cuando yo tenía tres años y pico se agregó Ana González, una sobrina de mi padre y prima hermana de mi madre que tenía casi siete años, cuya madre se había muerto de una enfermedad (por entonces eso era frecuente). Se crió con nosotros como una hermana más y no fue una carga para mis padres; resultó precisamente un alivio, porque tenía tres años más que mi hermana, nos cuidaba a los dos hermanos pequeños y ayudaba a mi madre en todas las faenas de la casa.

Mi hermana y mi prima también participaban en echarle el suero a los cochinos en dos grandes tumbas antiguas², labradas en una piedra plana y ancha que había detrás de la majada de las cabras. Le ayudaban a fregar los cacharros de la leche, a ir por agua a la fuente que estaba por debajo del huerto, junto al charco* donde mi madre, con sus robustos brazos, lavaba la ropa de toda la familia.

El hermano más pequeño nació ocho años después que yo. Él se acostumbró a mamar de la misma teta de una cabra, que venía donde estaba el niño lo mismo que si fuera un cabritillo. Pero la leche de la cabra produce una enfermedad, las calenturas de Malta, y con dos años se puso muy malo. Lo sacó adelante un médico que había en Algeciras. Yo me acuerdo cuando regresaron de Algeciras: lo destapó mi madre, ¡y aquello eran unos huesecitos liados! Tuvo que volver a aprender a andar. Siempre se crió más endeble que nosotros y, sin embargo, todavía vive; está en Puerto Real y es el único hermano que me queda.

² Las tumbas antiguas, sepulturas de moros o piletas son féretros con la silueta humana tallados en la roca arenisca, que miden entre 60 y 220 centímetros de longitud, datados desde el neolítico y hasta el siglo XVII. Entre la zona de Cádiz, Málaga y Norte de Marruecos que abarca la arenisca del Algibe hay datadas miles de tumbas, debido a la facilidad para labrarlas. La mayoría se encuentran muy erosionadas o llenas de sedimentos. Si coinciden en zonas de ganado, se usan para dar de comer o beber a los animales (Federico Sánchez Tundidor, 2005).



Juan Quero con sus hermanos Alfonso (a la izquierda) y Francisco (en el centro). La foto se tomó poco antes de morir Francisco, en la boda de Ignacio, hijo de Juan (1984).

Joaquín Abreu Orta **Representante del socialismo utópico en España**

Joaquín Abreu Herrera, administrador del cortijo del Moro y heredero de Luz Herrera, fue profesor en Tarifa en 1840 y director del colegio de enseñanza secundaria San José de Calasanz. Su abuelo, Joaquín Abreu Orta (1782-1851), fue el mayor representante del socialismo utópico en España. Como parte de un grupo de burgueses ilustrados gaditanos, realizaron el primer y último intento por llevarlo a cabo.

El rey Fernando VII había anulado las Cortes de Cádiz en mayo de 1813, poco después de regresar a España tras la derrota de la ocupación francesa. A partir de 1820 Riego recorrió Andalucía proclamando la constitución de 1812; y, cuando esta rebelión perdió fuerza, surgió otra en Galicia, de modo que el Rey acabó aceptando la Constitución.

Poco después hubo un nuevo intento de ocupación francesa, que el rey aprovechó para suprimir la legislación liberal. Abreu, uno de los doce diputados de las Cortes de Cádiz que en 1823 había votado a favor de la destitución de Fernando VII, fue exiliado a Francia tras una condena de muerte. Allí conoció a Fourier, quien le transmitió sus ideas en torno al socialismo utópico. A su regreso a España, Abreu trató de difundirlas.

Más tarde se casaría con su sobrina, Concepción Núñez Abreu, hija de uno de los mayores arrendatarios del Duque de Medinaceli. Concepción poseía 16.000 hectáreas de buenas tierras (entre ellas las dehesas de Tapatana y Navafría), en su mayoría consagradas únicamente a la caza. A partir de entonces Joaquín Abreu cambiaría sus ideas y se convertiría en uno de los más ricos hacendados de Tarifa.

Nos desenvolvíamos bien económicamente

En aquel sitio aislado, nos criamos muy felices y con las necesidades bien cubiertas. La casa era de los dueños y el agua de la fuente, que era muy pequeña, era la más cristalina y más buena que he bebido en toda mi vida.

Aunque en aquellos tiempos los obreros ganaban poco, a los ganaderos los trataban mejor, por vivir de aquella manera en medio de la sierra. Mi padre ganaba 22.50 pesetas mensuales. En toda mi juventud mi padre no cobró nada más que eso, pero se podía llamar dichoso, porque después le daban los arbitrios o cabañerías*, que consistían en una fanega* de trigo, cuatro litros de aceite y tres medios* de garbanzos; y le pasaban dos o tres puercas, una yegua y una burra.

En los años 17 y 18, un gañán* ganaba una peseta al día. Después subieron a seis reales*. Y cuando la dictadura de Primo de Rivera, que tomó el poder y le dio por hacer las carreteras, subieron hasta dos pesetas³.

Una cabreriza es muy aprovechada. A mi padre le correspondían dos puercas, pero como la cabreriza estaba lejos, en lo alto de la sierra, él siempre tenía tres y a veces cuatro. Los aperadores eran benévolo y,

³ El general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja se autoproclamó Jefe de Estado en 1923 e instauró una dictadura. Sus pocos logros reconocidos fueron acabar con la sublevación marroquí, elaborar un plan de altos vuelos para la regularización de aguas, riego y electrificación, que sólo tuvo algo de éxito en la cuenca del río Ebro, y una pequeña reforma agraria que no fue suficiente. Consciente de que no contaba con aceptación, en 1930 se retiró del gobierno, para morir poco después en París.

Respecto a los salarios, tengamos en cuenta que son por día trabajado: como el trabajo era estacional, había temporadas de 100 a 150 días al año sin trabajo y, por lo tanto, sin ingresos. Diego Caro explica que el salario medio de los jornaleros andaluces en el año 30-31 era de 3.5 pesetas al día, cuando la media en España era de 9 pesetas (1985:47).

si alguna vez iban por allí arriba, no decían nada porque sabían que le pagaban poco.

Tuvimos buenas camadas de cochinos, que mi padre vendía a la salida de la montanera*. El suero que queda de la leche de cabra cuando se ha cuajado, se echaba a los cochinos y se criaban muy bien. Tienes que cuidar que no beba eso el cochino que tú quieras matar para ti, porque el suero pone amarillo el tocino y lo echa a perder. Siempre teníamos que apartar el cebón* cuando le iban a echar el chorro de suero.

A ese cochino gordo se le mataba cuando refrescaba el tiempo. Llenábamos las orzas* de tajadas de carne frita en manteca y unos fuertes cajones de tabla con tocino y huesos salados, para poner el puchero* cuando menos cuatro días a la semana. Teníamos también una piara* de gallinas. Nos desenvolvíamos bien económicamente. Mi madre era muy económica y, por eso, con el poco sueldo que les daban, mis padres ahorraron dinero.

Por las navidades, mi madre mataba un buen gallo, o mi padre un cabrito mellizo (que siempre había en esas fechas) y ponían un buen guisado de carne⁴. Mi madre también hacía dos o tres medios de harina de buñuelos, que freía en aceite bien caliente, y compraba un cuartillo* o dos de aguardiente y otros tantos de ron.

Hacíamos una zambomba con una orza barreña* y un fuerte trozo de muselina (más fina que la lona), que se colocaba en la boca de la orza, tensando bien el reborde, y se ataba en el centro un carrizo cortado en el cañaverál. Mi madre, que sabía infinidad de coplas navideñas, iniciaba el canto acompañada por el monótono runruneo de la zambomba y los demás la seguíamos, cada cual por su lado. Se cantaban muchas coplas, casi siempre profanas y a veces verdísimas; cualquier cosa que rimase valía.

⁴ Al ser un cabrito mellizo, se considera que el tamaño del rebaño no se ve afectado y, al mismo tiempo, se permite a la madre criar mejor al otro mellizo.

Cuando el tiempo era bonancible y la noche estaba iluminada, allá por la madrugada llegaban algunos gorriones pidiendo el aguinaldo* y se les obsequiaba con buñuelos, café y ron o un poco de aguardiente. «Aguinaldo pido, señora viuda, tortas con manteca, longaniza cruda; aguinaldo pido, señora casada, tortas con manteca, longaniza asada». «A tu puerta hemos llegado, veinticinco de cuadrilla; si quieres que te cantemos, saca veinticinco sillas». La fiesta entonces duraba hasta las claras del día.

La zambomba se guardaba hasta el año próximo, porque entonces los pobres no celebrábamos la venida del año nuevo y, en la noche de Reyes, se limitaban a poner a los niños una escopetilla de juguete en uno de los zapatos que había dejado puesto bajo la chimenea y un caballito o una muñeca de cartón en el otro. A nosotros siempre nos regalaban algo, casi siempre lo mismo, pero a otros muchos pobres no les ponían nada.

El Moro no era de los cortijos más grandes

La finca del Moro tenía ochocientas y pico fanegas de tierra. Tenía una parte de tierras laborables o campiña* y tenía el monte, que era para los animales. No era de los cortijos más grandes⁵. En aquel tiempo había

⁵ Juan habla de fincas (un parte de tierra propiedad de una persona), cortijos (enclavados en la finca o dehesa, desde donde se administran las tierras y el ganado) y dehesas (un tipo de hábitat propio de esta zona, donde se ha talado parte del bosque de quejigo o alcornoque, lo que permite combinar el pastoreo con la labranza). Con frecuencia, se confunden los términos. Juan dice: «se habla de que se ha vendido un cortijo: lo que se ha vendido es la dehesa. Una dehesa puede ser montuosa y puede ser una dehesa de campiña, labrantía, incluso sólo de prado. Casi todas las dehesas del término de Tarifa son mixtas: tienen una parte laborable y otra de arboleda o monte».

17 ó 18 cortijos en el término de Tarifa, y el cortijo más grande era Iruelas, de los Núñez Reinoso.

Como esta finca no era una heredad de padres a hijos, no estaba bajo una linde, como normalmente ocurre. La finca procedía de un reparto de la dehesa de Quebrantamichuelo en pequeñas parcelas que en el siglo XIX realizó el Ayuntamiento de Tarifa, debido a la hambruna que había entre los campesinos. Como estas parcelas no producían lo suficiente para alimentar holgadamente a una familia, unos fueron vendiendo sus derechos de ocupación a otros.

Lo que es el cortijo del Moro hoy está enclavado en tierras de las que repartieron. Allí hay una huerta grande de cuatro fanegas que pertenecía a Luis León Gaitán. Ellos le vendieron una parte a Luz Herrera, que es donde hicieron el nuevo cortijo del Moro.

Los sirvientes fijos de un cortijo son, primeramente, el aperador, que es el que dirige todos los asuntos de la finca. El aperador nos mandaba a tal puesto, pero el que mandaba dentro del trabajo era el sota. Después está el casero, que es el que lleva la contabilidad de todos los trabajadores y el que reparte las cabañerías en el cortijo. El guarda se encarga de conservar la finca, de que nadie se cuele y que no corten árboles.

Estaban los gañanes y los temporales*, que ganaban muy poco dinero, pero tenían una pensión, que era como un suplemento para recompensar los trabajos que hacían aparte de la peonada* (por ejemplo, cargar una carreta). En pago a esos trabajos les sembraban un pegujal*. En la sementera*, unos llevaban una fanega y otros llevaban dos.

Hay una anécdota que recuerdo, sobre la hija de un señorito. Estaba intrigada por saber cómo eran los gañanes, porque ella veía que todos los trabajos iban destinados a ellos, y todos los alimentos pasados y las ropas viejas también; así que insistió en conocer a uno. Cuando pudo verlo frente a frente, le dijo sorprendida a su padre: «Papá, ¡si un gañán es como un hombre!».

Después estaban los ganaderos, cada uno con un tipo de ganado y con su misión independiente: normalmente había un vaquero, un cabre-

ro, un pastor y un porquero, y a veces tenían ayudantes. El cabrero, por ejemplo, se encargaba de guardar las cabras, pastarlas, ordeñar, etcétera. Ellos no recibían órdenes nada más que del aperador e iban al cortijo para cobrar las quincenas, recoger las cabañerías y entregar el dinero de la venta del queso y de los cabritos mellizos que se degollaban.

El arriero* iba todas las semanas de los cortijos a los pueblos. En el cortijo del Moro tenía cuatro mulos en la cuadra y una o dos veces en semana iba a Tarifa con ellos cargado de todos los productos del campo. Después volvía con lo que compraba en Tarifa: cualquier cosa necesaria para los gañanes y jornaleros, para los animales y las viviendas, y para los señoritos. Él no llevaba dinero, salvo cuando se encargaba de pagar las quincenas. Solía comprar las cosas con vales que le preparaba el aperador, que era quien estaba en contacto directo con los señoritos.

Cuando yo era niño, en los tiempos de la parición* (en diciembre) venían cazadores de la Sierra de Ronda, de Cortes y pueblos cercanos y se alojaban allí en la cabreriza, cogían las placentas de las cabras que nacían y de los que venían muertos, rastreaban, ponían cepos y cogían muchos animales: zorros, jinetas, gatos monteses, nutrias... A los zorros los desollaban por la boca, los rellenaban de paja y las mujeres los gastaban echado a los hombros. Una vez cogieron un garduño, que es como un gato negro que tiene una cruz blanca en el pecho. Era una piel muy apreciada en esos tiempos. ¡No se pusieron contentos los cazadores cuando lo cogieron!

Tareas realizadas en un cortijo

Año agrícola de octubre de 1925 a septiembre de 1926

ordenadas según el mes en que se realizaba la compra o pago correspondiente

Octubre

Techado de las casas del corral,
de las gañanías y del vaquero.

Pelar los mulos y los burros.

Limpiar el pozo de las yeguas,
de los bueyes y dulce a media.
Escardar.

Noviembre

Reses en la sementera.
Moler habas en Facinas.

Julio

Castrar gorrinas.
Limpiar el pozo de las pilas.
Encalados.
Vigilancia de fuegos.

Enero

Escardar cebada blanca y avena.
Cortar cardos y quemarlos.

Agosto

Coger garbanzos blancos y
negros.

Febrero

Escardar trigo a destajo.

Limpiar de segunda el pozo de
los bueyes.

Marzo

Escardar a destajo.

Cortar cardos.

Encalados.

Vigilancia de fuegos.

Mayo

Pelar ovejas, mulos y burros.

Siega.

Herrado de caballos.

Septiembre

Castrar puercas.

Afrechar* trigo.

Segar castañuela.

Cortar palmas, cañas y cardos.

Junio

Cortar ramas.

Encalados.

Vigilancia de fuegos.

Precios de productos básicos

Lata de zotal	14 reales
Barra de jabón	8 reales
Lata de gas	54 reales
Paquete de velas	5 reales
Cacerola	24 reales
Docena de huevos	15 reales
Arroba de aceite	100 reales
Arroba de papas	23 reales
Fanega de sal	12 reales
Kilo de tocino	12 reales
Arroba de vino	80 reales
Un millar de cojollos* y palmas	6 reales
Una ristra de ajos	6 reales
Un chivo	16 reales
Un pavo	60 reales

Salarios en el cortijo

Quincena de temporales	1.135 reales
Quincena de jornaleros	de 1.535 a 1.998 reales
Mes de ganaderos	de 2.390 a 2.650 reales
Mes de guardas de fuegos	500 reales
Lavar la lana y varias cosas del señorito	40 reales

Datos referidos al cortijo de Las Habas.

Detrás de mi padre, como un perrito, me crié yo

El guarda de la finca pasaba todas las mañanas por la cabreriza, charlaba con mi padre y echaban un cigarro. Era un hombre de campo que, debido a su edad, tenía una cultura y una forma de ser, no de las que se aprenden en la escuela sino de las que enseña la vida.

La cabreriza del Concho, que era como vulgarmente llamaban a la casa donde yo felizmente nací (porque la madre de los primitivos Abreus que por aquí moraron se llamaba Concha), todavía existe, aunque deshabitada, porque en estos mágicos tiempos que vivimos ya no hay quien quiera ser cabrero. Está situada próxima al punto más elevado de la semiprofunda vaguada que, como una larga y sangrante herida, baja casi recta desde la cumbre hasta el mismo pie de la montaña de mis amores. En la parte más profunda de la vertical vaguada hay varios manantiales de agua que brota a borbollones, como si fuera la sangre de la tierra, ese elemento líquido, claro y transparente que vivifica a todos los seres y plantas que poblamos el planeta Tierra. Las aguas que manan de estos nacimientos dan origen al Arroyo del Moral.

Para subir desde la casa del guarda, que era el vecino más próximo, al ható* de las cabras, había una estrecha vereda que iba cuarteando el terreno para suavizar la pina cuesta. La distancia entre un lugar y otro no es mucha: un kilómetro más o menos. Cuando se llega a la cabreriza, se siente la necesidad de beber cuanto menos un vaso de agua y sentarse a tomar un respiro; eso era lo que hacía el buenazo de Alfonso Pérez, un hombre alto y delgado, un poco agachapado* por el peso de los años que uno a uno se iban acumulando en su huesuda espalda. A pesar de los muchos varapalos que le había dado la vida a lo largo de su ya prolongada existencia, era un hombre afable, cariñoso y comunicativo, lleno de sabiduría práctica, de esa que no se aprende en los libros, sino que la gente con sentido común y ansia de saber va adquiriendo en el diario discurrir por las páginas de la vida; observando con atención los cambios que se producen en la atmósfera, en la naturaleza, en los seres vivos y en todas las cosas que nos rodean.

Alfonso Pérez era el guarda jurado de la parte montuosa de la dehesa del Moro. Cuando casi a diario llegaba a la cabreriza eran las 8 ó 9 de la mañana, y ya mis padres habían terminado el ordeño de las cabras y estaban elaborando el queso fresco; los vaqueros de Cejablanca y otras fincas hacía tiempo que habían estado en la cabreriza buscando el buche de café caliente* que Ana González Gordo, mi madre, les ponía y se habían ido a recoger las vacas que durante la noche se rebosaban de la dehesa pública de Sierra Plata a la privada finca del Moro. Él tenía la costumbre de sentarse junto a la puerta, con la escopeta o la tercerola* sobre las piernas, siempre con el cañón hacia afuera, porque era un señor muy precavido. Aquel amable señor recibía el periódico cada dos o tres días, cuando el arriero del cortijo iba a Tarifa cargado de productos del campo.

Tomado de un escrito inédito de Juan Quero,
realizado en Facinas en 2004.

Recuerdo que una mañana, cuando tenía cuatro años, le dijo el guarda a mi padre, «no sé si te has enterado que han matado a Dato» (el jefe del gobierno de entonces). Yo estaba allí al lado. Esa fue la primera noticia sensacional que yo recuerdo⁶.

De edad de cinco años empecé a ir con mi padre, porque a él le gustaba llevarme. Detrás de mi padre, como un perrito, me crié yo. Iba montado en una burra grande que tenía mi padre. Me llevaba por ahí, enseñándome el nombre de todas las plantas y las hierbas. Porque a un niño, a esa edad lo que le gusta es aprender y preguntar. Mi padre me

⁶ Eduardo Dato gobernó a partir del asesinato de Canalejas, desde 1912 hasta 1915. Lo hizo también en períodos intermitentes entre 1917 y 1921, en una España afectada por la Primera Guerra Mundial, en la que quiso mantener la neutralidad. En 1921 fue víctima de un atentado en Madrid, atribuido a un anarquista catalán, tras un conflicto obrero en Barcelona en el que Dato respaldó al gobernador de la ciudad.

contestaba de todo; fue mi primer maestro. Entonces los padres se interesaban más por los hijos.

Los cabreros tenían un ayudante al que llamaban el zagal*. Yo ayudaba a mi padre como zagal hasta que, al cumplir los ocho años, él dijo que no necesitaba zagal. Entonces entré como trabajador de la finca con mi padre y ya me daban 20 pesetas mensuales, una fanega de trigo, dos litros de aceite y algo de garbanzos.

En El Moro había una ermita con una pila de agua bendita que está ahora en la iglesia de Facinas. En el año 25, con ocho años, me dieron allí la comunión. Recuerdo que fue el obispo de Cádiz, que era cojo y tenía un pie con un zapato muy gordo, con un refuerzo.

Mis padres me habían iniciado en las cosas más elementales: el Ave María, el Padrenuestro, que sólo había un Dios verdadero, que Jesucristo era hijo de la Virgen María, que había sido concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, que había muerto en la cruz para salvarnos de la muerte eterna... Pero el señor obispo no me preguntó nada de esto. Cuando me hincé de rodillas delante de él, temblando como el azogue, me tendió la mano, le besé el anillo y me preguntó cariñosamente: «¿Cuántos dientes tiene un chivo?». Yo contesté con voz apenas perceptible: «Tiene ocho» y, sin más preámbulos, me dio la Sagrada Forma.

Todavía hoy le agradezco a aquel buen señor que razonara tan sensatamente, pensando que una criatura que no había visto más que cabras desde que nació, poco podía saber de aquellos misterios que muchas personas mayores no comprendían. Y que, a pesar de mi ignorancia, no me quiso negar el cuerpo de Cristo, porque él sabía que a los ignorantes también los quiere el Señor.

Yo nunca he pasado por una escuela

Hay quien dice que yo soy autodidacta. Yo nunca he pasado por una escuela, pero a los cuatro años ya tenía yo maestro.

Empecé a conocer las letras en una de aquellas cartillas donde primero se aprendía el abecedario completo y después se iba aprendiendo a formar las sílabas y a hacer los palotes y los números, bajo la dirección de Sebastián Muñoz Sevilla; un señor de mediana edad que se dedicaba a dar lecciones por el campo. No era maestro de título, era un hombre de campo, pero era un hombre que sabía. Vivía en La Canchorrera, de donde salía un día sí y otro no por la mañana temprano.

Empezaba a darles lección a los hijos del guarda de la finca, que vivían en el cortijo de La Campana, después seguía hasta la cortijada del Almarchal, donde vivían más de una veintena de familias, casi todas con muchos hijos (aunque a todos ellos no les daba lección, sólo a los hijos de los más pudientes, que eran los que podían pagarle). Cuando terminaba en aquel lugar, cogía el camino del Moro, con sus blancas alforjas al hombro, donde llevaba los libros y, casi siempre, una telera de pan* de tres libras y media*, porque él cobraba su docente trabajo en metálico y en especie. Cuando se iba acercando al lugar donde tenía algunos discípulos, solía tocar una pequeña trompeta de metal que tenía, de aquellas que usaban los antiguos pregoneros que leían en voz alta en la plaza de los pueblos los bandos de los señores alcaldes, para que los ciudadanos se enterasen de sus rígidas órdenes. Y cuando llegaba al lugar, estaban los alumnos preparados con los libros, pizarra y los cuadernos en sus respectivas casas.

Cuando terminaba de dar clase en el caserío del Moro subía hasta Ahijadero, donde vivía el pastor, después seguía la falda de la sierra adelante, donde vivían el vaquero, el porquero y el guarda de la dehesa. Trepaba luego al pedregoso cancho* que hay entre la casa del guarda y la cabreriza, donde nos repasaba la cuenta de la pizarra, nos daba un repaso en la lección, nos enmendaba la plana y nos ponía los deberes a mi prima, mi hermana, mi hermano y yo para los dos días que tardaría en volver. De allí bajaba por la pedregosa y estrecha vereda que va desde la cabreriza hasta el cortijo de Aguaenmedio. De Aguaenmedio pasaba al Peñón del Gato, donde había dos familias numerosas; de allí pasaba a Ranchiles, de Ranchiles al Molino de Carrizales, de Carrizales al Rancho de Las Canas, de Las Canas al Realillo, del Realillo hasta el Hoyo Catalino, donde vivían Francisco Ruiz y Dolores Pacheco, con los que pernoctaba.

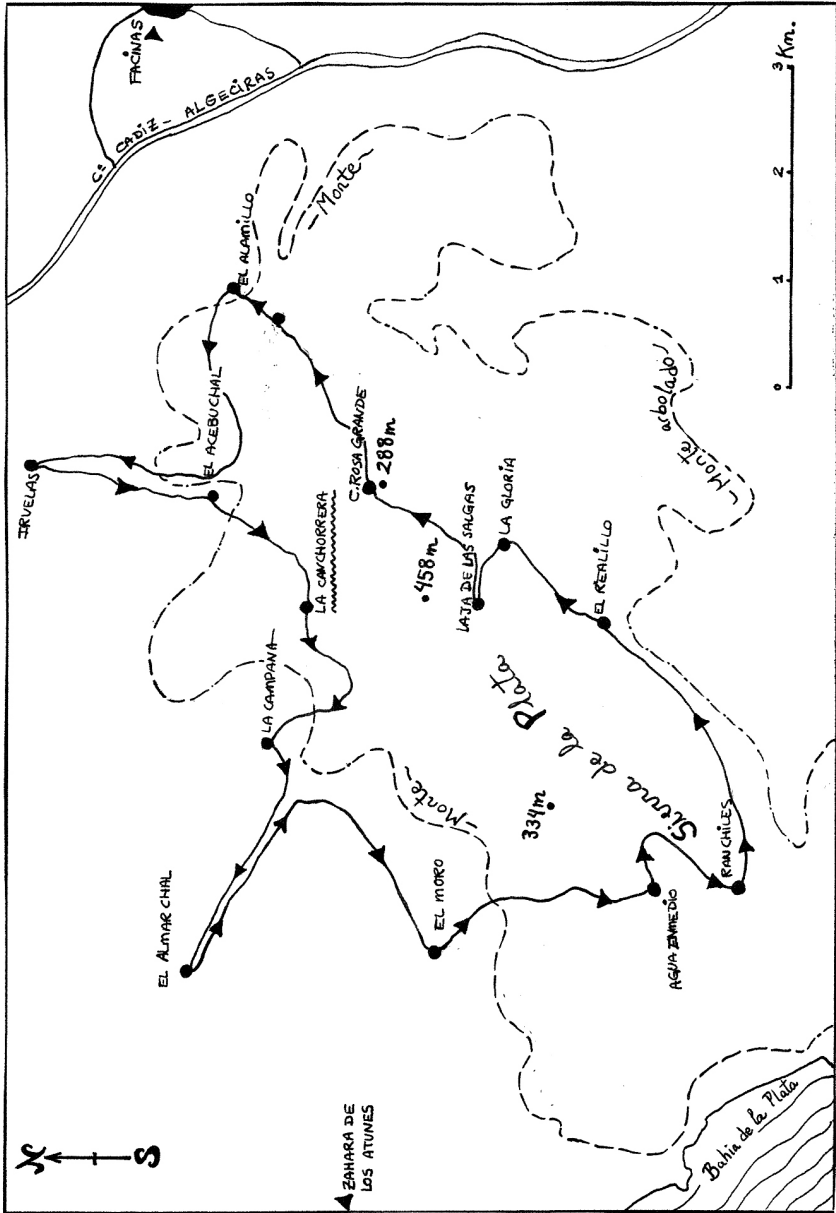
A la mañana siguiente seguía vendiendo saber por el cortijo de La Gloria, a los dos vecinos que vivían al pie de la Laja de las Salgas, a los jóvenes de Los Boquetillos, a los del Cerro de la Rosa Grande y a los del Puntal del Alamillo, donde vivían por aquellos años quince o dieciséis familias. Desde el Puntal bajaba hasta el mismo Alamillo, desde el Alamillo saltaba hasta el cortijo Iruelas, de Iruelas subía al Acebuchal y del Acebuchal a La Canchorrera, donde, en su propia casa, les daba lección a algunos chavales de la vecindad y comía y dormía para, al otro día, volver a empezar la misma ruta.

Puede que resulte un poco farragoso y aburrido este quisquilloso historial de aquel ejemplar maestro rural que fue Sebastián Muñoz Sevilla, que dedicó buena parte de su vida a dar lecciones casa por casa; para instruir y liberar de las garras de la ignorancia a tantos jóvenes incultos como pululábamos en los años 20 del próximo pasado siglo en todos aquellos silvestres andurriales por donde él transitaba. Yo, por mi parte, en nombre de los pocos que quedamos de los muchos a quienes él enseñó, le dedico un cariñoso recuerdo (QDP).

Tomado de un escrito inédito de Juan Quero,
realizado en Facinas en 2004.

Sebastián Muñoz cobraba en mi casa cinco pesetas al mes, así que de las veintidós pesetas y media que cobraba mi padre al mes, tenía que pagarle a él más del veintidós por ciento. Trasladándolo a hoy es como si un padre de familia que gane 100.000 pesetas, que sigue siendo un salario mensual mísero, tuviera que pagar de escuela para sus hijos más de 22.000 pesetas, en números redondos⁷.

⁷ Hacia 1900 más de la mitad de los españoles no sabía leer. Por otra parte, Luis Bello, que visitó la escuela de Facinas en 1926 en un viaje por las escuelas de Andalucía, la describe como «pequeñita, sin luz y con material pobre». Afirmar también que las otras poblaciones de la campiña de Tarifa, contabilizadas en 45 entre aldeas, cortijos, ermitas con caserío y molinos harineros, carecen de escuela (Pedro Herrera, 2002:23-24).



Recorrido de Sebastián Muñoz.

Mi hermano el que me sigue era más ordenado que yo (yo he sido más casquivano*) y mi hermana era una gran lectora. Como en esa edad no teníamos contacto con otros chiquillos de fuera, estábamos muy ordenados. Con el más chico nos llevábamos muchos años, y él aprendería después con el mismo maestro. Teníamos una pizarra para hacer los números y unos cuadernos que traían de Granada. De escritura, Sebastián Muñoz tenía la letra más bonita y pareja que yo he visto. Una letra «inglesa», le decían entonces; muy redondeada. Primero seguíamos las cartillas que enseñaban las letras y después «El Catón», que era donde se aprendía a pronunciar las sílabas y a leer⁸.

Sebastián trataba la caligrafía y corregía si estaba mal escrito. Casi siempre escribíamos de un libro manuscrito llamado «El tesoro del artesano», que era para aprender a expresarse en las cartas⁹. No aprendí a escribir con la letra tan bonita y pareja que tenía él, pero sí tenía la facultad de escribir como quería. Después estuve de escribiente en mi compañía, nada más que por la caligrafía.

En aritmética sí aprendí, porque era lo que más me gustaba, pero él no se ocupó nunca de la ortografía ni de la gramática. Él no decía, «esto se escribe con zeta», «esto se escribe con ce», ni la uve ni la be. Él, leer, leer y leer. No tenía método en eso, no decía el por qué. Yo no supe lo que eran verbos, adjetivos y nombres hasta ya después, de mayor.

⁸ El Catón original es obra del moralista y gramático latino del siglo III Dionisio Catón. Era un libro con lecturas elementales y moralizadoras, con frases cortas, para enseñar y ejercitar en la lectura. Después se llamaría «catón» a todo libro con el que se aprendía a leer. El llamado Catón Moderno fue publicado por primera vez en 1922 en Barcelona por la editorial FTD. Los niños y niñas españolas de prácticamente tres décadas (años 20, 30 y 40) aprendieron a leer con él.

⁹ Existe una edición de Librería de Hernando y Compañía, de Madrid, llamada «Manuscrito para las escuelas. Tesoro del artesano».

La afición a la lectura la cogí por necesidad

Mi padre no era analfabeto del todo, sabía firmar y cogía un papel y sabía lo que decía, pero mi gusto por la lectura seguramente lo saqué de Teodora, mi abuela paterna, que dicen que era muy aficionada a la lectura. La afición la cogí yo por necesidad. Entonces, allí en el campo en invierno, en el mes de febrero se ponía el sol a las seis, las noches eran muy largas y no había radio ni había televisor. Mi padre tenía por hábito hacer algo: se ponía a componer zapatos o a hacer pleitas*, que las cosía muy bien; para hacer esteras y otras cosas. Yo también aprendí. Hacerlas no es difícil (son nueve ramales entrelazados); lo difícil está en coserlas, porque hay que coger mallas, unas veces en un lado y otras veces en otro, y eso sí tiene ciencia. Yo di un curso de palma en Facinas el año pasado¹⁰.

Mi madre se ponía a hacer calcetines con cuatro agujas. Mi hermana y mi prima hacían croché* y encaje, que es lo que hacía entonces toda la gente de campo. Yo soy el que me acostumbé a leer en voz alta, aunque mi hermana también leía. Estábamos suscritos a unos cuadernitos por entregas muy emotivos (valía cada uno quince céntimos o poco más) y nos los llevaba un recovero* que iba por la casa cada quince días. Además, mi padre nos compraba libros. Recuerdo que me compró una enciclopedia que tenía fecha de 1922 y que traía todas las materias: Geografía, Historia de España, Física...

Ni ellos se cansaban de escuchar ni yo de leer. Teníamos el «Frasés y Cuentos», que traía unos cuentos muy instructivos. Por ejemplo, el cuento de una cogujada que aconsejaba a los hijos que no se fiaran del hombre, y si veían que se agachaba a coger una piedra, volaran, porque la piedra los podía matar. Los hijos de la cogujada le decían, «¿y si lleva

¹⁰ Se refiere a los trabajos con la hoja de la palmera enana o palmito (*Chamaerops humilis*). En otros lugares se hacen trabajos similares con esparto (*Stipa tenacissima*).

la piedra en la mano?»). Ponían la enseñanza, para que fuera la gente aprendiendo.

Para leer y hacer trabajos manuales teníamos lámparas de petróleo o quinquales*. La luz de petróleo es buena. Había quinquales de mucho lujo, como uno de China que tenía mi madre, con un pie alto y ocho líneas para sujetar las bombillas. Después vinieron otros (me parece que de Gibraltar) que eran de cristal, que sólo tenían cuatro líneas y bombillas más anchas que alumbraban más. En la cocina se tenía un quinqué de lata que le decían perico, con una torcía* estrechita, ¡pero echaba muchísimo humo! Había también candilejas de aceite: una latita con una piquerita* y una torcía que iba chupando el aceite.

Nuestra casa tenía dos departamentos separados por un muro, con dos puertas, una para entrar a la que llamábamos «la casa de las camas», donde tenía mi padre un cañizo* hecho, para que la alcoba de los jóvenes estuviera aparte de la cama del matrimonio. La otra puerta entraba a la cocina o «la casa de la candela», que es donde teníamos la candela* siempre encendida; y donde se hacía el café por la mañana y después se ponía el puchero, que se llevaba cociendo casi todo el día.

Nosotros teníamos la costumbre de llamarla «la casa de la candela». En Bolonia, en Betis y por esa zona, le dicen «la gañanía» (donde dormían los gañanes), pero ahí no había gañanes. Allí era también donde hacíamos todo el trajín de elaborar el queso. Junto a la casa había una choza hecha de castañuela de La Janda, que se utilizaba como quesera.

Mi padre, decían que tenía buena mano para el queso

Hacíamos dos o tres arrobas* de queso en dos ordeños. El queso que hacía mi padre era célebre en toda la campiña: los otros cortijos que no tenían cabras se los llevaban por arrobas. En aquellas fechas el queso estaba muy solicitado. En los cortijos, en verano, también les daban alguna vianda* y quesos a los gañanes de era*.

Por eso precisamente fue mi padre a la cabreriza del Moro, porque primeramente estaba de cabrero en Las Piñas con don Luis Abreu (ahí tuvieron mis padres su primer hogar y ahí nació mi hermana). El cabrero que estaba en El Moro no hacía el queso como mi padre, a quien llamaron porque decían que tenía buena mano. Lo que hay que tener es el cuidado de moverlo bien y de hacer las cosas en su punto y en su tiempo; como se deje, ya el queso no sale bueno: sale con boquetes o se levanta.

Cuando yo era chico, mi madre ordeñaba a pulso dos veces al día, por la mañana y por la tarde: las cabras iban saliendo por un portillo estrecho y a la salida había dos personas sentadas en un banco de piedra con un cubo de fuerte latón de diez o doce litros de capacidad, y ordeñaban una cabra cada una. Mi padre y mi madre se ponían muchas veces a ordeñar a porfía, a ver cuál de los dos sacaba más.

Para que el queso saliera bien, en la cabreriza había que ser muy escrupuloso y tener mucha limpieza. Cuando llegaban a la casa con los cubos llenos de leche, la pasaban por una bolsa que había confeccionado mi madre con un tejido blanco bastante tupido, para que no pasaran pelos (porque ordeñando se arrancan muchos pelos a las cabras) ni cagarrutas (que normalmente sueltan en este quehacer).

Se echaba la leche en una vasija grande de 200 litros, de hojalata fuerte, que se le llamaba «herrado». Cuando se ordeña la última cabra y está el herrado lleno, para fermentar la leche rápidamente hay que echarle el cuajo, hecho del estómago de los mismos cabritos, antes de que se enfríe demasiado la leche.

Para que salga bien el cuajo, se procura hartar bien el cabrito lechal y se degüella a los 25 ó 30 días de nacer. Luego se separa el estómago o cuajo de las tripas, se cuelga amarrado por los dos extremos con una palma y se enceniza bien para que no lo caguen las moscardas. Se saca diariamente al sol por el día, y por las noches se cuelga próximo a la chimenea, para que se ahume y seque los más pronto posible.

Hay que echar el cuajo justo a la leche. En un pequeño dornillo* se mezcla perfectamente la porción de cuajo bien majada con un poquito de agua, removiendo. Después se coge un palo de corte cilíndrico, de cinco o seis centímetros de grueso y un metro de largo, bien pulido y limpio, que se usa para mezclar bien el cuajo con la leche; y se tapa el recipiente con un limpio paño blanco para evitar partículas de polvo y la mosca.

Se espera una hora más o menos y se comprueba si hay una coagulación perfecta: cuando el palo se pone vertical en el centro de la vasija y se queda de pie solo sin inclinarse hacia los lados es que la masa está a punto. Entonces se hacía una cruz dentro de la masa lechosa (en aquellos míseros años empleábamos el signo de la cruz cada vez que empezábamos una faena que deseábamos tuviera buen fin) y se continuaba moviendo hasta que la masa se convertía en un espeso líquido. A continuación se deja reposar diez o doce minutos, para que la parte caseosa* se fuera asentando en el fondo de la vasija.

Luego hay que «apresurar», que se llama: con los brazos arregangados y las manos bien extendidas, se aplasta hacia abajo la cuajada. Una vez reunida la cuajada se saca en porciones y se mete en la pleitilla de esparto*. Hay de nuevo que apretar con fuerza, para que las pequeñas partes caseosas se vayan uniendo hasta formar una pasta sólida y sin fisuras. Al terminarse el cuajado, se cubre con sal la parte superior y a las doce horas se vuelve y se echa sal a la otra cara. A las 20 ó 24 horas se sacan los quesos de las pleitillas y se guardan en la quesera, preparada con amplios cañizos para que entre el aire por todas partes.

Tomado del documento La mujer rural en Facinas a lo largo del siglo XX, elaborado por Juan Quero y Luis Federico Sánchez Tundidor (2001).

Cada ocho o diez días venía el quesero, retiraba todo el queso que había y lo llevaba para Barbate y otros pueblos. A nosotros el queso no nos faltaba nunca, porque mi padre no tenía límite para gustarlo. Comíamos lo que necesitáramos. Por San Pedro (que es el 29 de junio)

cuando ya se dejan de ordeñar las cabras porque están preñadas, hay unos cuantos meses que no se hace queso, pero entonces teníamos el queso duro, que se había metido en aceite y estaba buenísimo. A veces se metía en afrecho* nada más, para que se mantuviera suave.

Del suero sacaban otro producto que a veces se les antojaba a los señoritos, los requesones, echándole azúcar para que estuviera dulce. Aunque era muy laborioso, mi madre lo hacía.

Mi madre hacía teleras de tres libras y media

Muy cerca de la casa donde vivíamos, en la parte oeste, estaban los corrales de las cabras, los cobertizos para los cabritos, el ordeñador de las cabras y el horno donde mi madre cocía el pan.

El pan se calculaba para que durase una semana. Mi madre hacía teleras de tres libras y media, como las que a diario recibía cada gañán. En un lebrillo* de barro vidriado amasaba la harina de trigo, que se había molido en uno de los dos molinos de agua del cortijo del Moro. La maquila* era de diez libras de trigo por cada fanega de cuatro arrobas. Lo amasaba en tres amasijos, de los que sacaría unos catorce kilos de masa, que producirían siete teleras de peso parecido.

El pan podía salir mal si se cocía poco (pan liudo) o si al fermentar se pasaba y agriaba (pan ácido). Mi madre calculaba bien todo el proceso y mi padre le arrimaba la leña, que solía ser de jara pringosa, aulagas secas y palitos de los árboles. La clave estaba en el amasado, con esfuerzo considerable, y en añadir la levadura justa de modo que, al dejarla recenter* toda una noche, se puñease* bien a la mañana siguiente.

Delante de la casa había un pequeño huerto, que mi padre agrandó, donde sembraba patatas y todas las hortalizas que consumíamos. Había varios frutales y un hermoso tunal, que producía muchos más higos chumbos de los que nosotros podíamos consumir, y se los echábamos a las puercas que estaban criando. El huerto estaba cercado con pared de piedras secas y con una montera de puyosas aulagas.

En su parte este crecía un tupido cañaveral, una frondosa mimbre y un labiérnago. Estas plantas, además de proteger la huerta de los fuertes levantes tan frecuentes en la zona, servían de escondite a dos parejas de ruiseñores y a una de mirlos, para fabricar anualmente sus nidos y amenizar con sus armoniosos cantos las lóbregas noches de aquel solitario lugar.

Plantas

- La jara pringosa, cuyo nombre científico es *Cistus ladanifer*, es un arbusto mediterráneo. Se cría mejor en zonas secas o soleadas, en espacios dejados por el alcornoque o el quejigo, y tiene una madera especialmente aromática y muy seca.

- Con el nombre de aulaga suele designarse a varios arbustos mediterráneos, en su mayoría con muchas flores amarillas y pequeñas espinas finas y duras (de los géneros *Genista*, *Stauracanthus* y *Ulex*). *Genista tridens*, por ejemplo, habita en las sierras de la mitad sur de la provincia de Cádiz y se cría en suelos ácidos (como son las areniscas), en los claros de los alcornocales y en los matorrales que los sustituyen cuando desaparecen por el fuego o la tala.

- Un tunal es un seto de tuna (también llamada chumbera o nopal; su nombre científico es *Opuntia ficus-indica*). Es un cactus que alcanza entre 1 y 4 metros de altura, con grandes palas o artejos llenas de espinas muy finas. Su fruto, comestible, es el llamado higo chumbo. La planta es originaria de América y se cría o vive asilvestrada en el sur y levante de la Península ibérica.

- La caña que constituye el cañaveral (*Arundo donax*) es una planta originaria de Asia naturalizada en la región mediterránea, que muchas veces hace de seto en lindes de regadíos.

- El mimbre, mimbrera o sauce (del género *Salix*) es un arbusto o arbolillo de hoja lanceolada y caduca, y de ramas finas y flexibles, muy utilizadas en la cestería. El mimbre suele crecer cerca de ríos, arroyos o suelos húmedos.

- El labiérnago (*Phillyrea sp.*) es un arbusto mediterráneo que se cría en ambientes cálidos y se mantiene verde todo el año. Su fruto es carnoso, en drupa, y negro en su madurez.

- La palmera enana o palmito (*Chamaerops humilis*) es la única palmera autóctona de la Península Ibérica. Es muy frecuente en Cádiz, desde el nivel del mar a alturas superiores a los 1.000 metros, porque soporta altas temperaturas y sequía extrema. Su cogollo o yema apical es comestible y de agradable sabor. Forma grandes extensiones de rodales, combinada con la aulaga, el espino negro, la retama y el acebuche. El palmito puede reproducirse por multiplicación vegetativa a partir de la raíz, por eso es muy resistente a los incendios, como otras plantas mediterráneas.

- La castañuela (*Scirpus maritimus*) es una planta que crece en zonas encharcadas y limosas o salinas, y tiene un bulbo negro y redondeado. Este bulbo es el alimento principal de miles de aves acuáticas que hibernan o reposan en humedales como la laguna de La Janda (entre Benalup y Facinas), en su migración entre los continentes europeo y africano; y también lo toman los cochinos. Nace en el invierno, se siega en verano, y sus hojas lanceoladas y estrechas se usan aún para techar las chozas que constituyen la construcción y vivienda tradicional de la zona.

Mi padre siempre que tenía un rato se ponía a cuidar el huerto. Mi madre, si el tiempo era apacible, después de almorzar sacaba su pequeña máquina Singer de manivela, y se sentaba a la recacha* o a la sombra

de la casa, según la estación del año, para coser la ropa nueva y remendar la vieja. Y entonces se ponía a cantar porque, a pesar de hacerlo pésimamente, tenía la costumbre de acompañar con el cante todas las faenas que hacía. Mientras, mi prima y mi hermana jugaban con las muñecas de trapo que nuestra madre les hacía, y mi hermano y yo jugábamos haciendo castillos de arena, que después se llevaba el aire.

Las diversiones eran escasas. Únicamente bajábamos una noche a la feria de Zahara, mi madre montada en una burra negra que tenía mi padre, con la barriga y el hocico blancos, y los chiquillos corriendo detrás; loquitos de contentos. Entonces la aldea de Zahara solamente tenía dos calles, una empedrada y otra de arena, y la plaza del marqués de Tamarón, donde ponían los puestos y los cacharros de la feria*, que se limitaban a las cunitas del patachín*, cuatro o cinco columpios y un tióvivo con caballos de cartón. Mi madre nos daba una peseta a cada uno y cerraba el banco si le pedíamos más.

Mi padre era un buen cazador. Cuando iba con las cabras llevaba siempre la escopeta, mataba alguna pieza y, si estábamos cerca de un cuartel de caballería donde había carabineros, ellos se la compraban. Por eso comíamos muchísima cacería: conejo guisado con arroz, liebre guisada con patatas, puchero con pájaro perdiz, que estaba muy rico. Entonces no había estos cotos, ni había jabalís ni venados. Hasta que El Canito (de apellido Quesada) compró El Pedregoso, que es la dehesa más extensa del campo de Tarifa (unas 12.000 fanegas de tierra), acotó la finca y trajo venados, con lo que vinieron más jabalís. Ahora ya no pueden con ellos, porque se bajan de noche a los labrados y destrozan los maizales.

Recuerdo que en los días de Semana Santa, si el tiempo era bueno y la mar estaba en calma, mi padre cogía su caña de pescar, la camaronera y los aparejos de pesca, y se iba al arrecife de Cabo Plata. Si los peces picaban bien, se traía un buen rancho de pageles y budiones, para combinarlos con los huevos y las verduras del huerto, porque en esos días mi madre no ponía carne para comer. El Viernes Santo nos ponía para almorzar un guisado de alcaucileras* con huevos, y de postre una fuente grande de arroz con leche. Para cenar, pescado frito.

Llegando mayo, mi madre gustaba de repetir y cumplir una máxima, «un purgante en mayo da salud para todo el año». Nos iba cogiendo uno tras otro y nos purgaba bien a todos. Usaba aceite de ricino, agua de Carabaña, sal de higuera, unos polvos de la marca Besoy u otros llamados Paliano. El Paliano era tan fuerte, que nos lo daba en tres tomas. Muchos años después de cesar aquellas purgas, cuando estábamos en una situación mala con otra persona, aún decíamos, «estoy pasando contigo el paliano».

La quinina en píldoras no faltaba nunca en casa. Para los niños pachuchos, mi madre nos daba, en ayunas, friegas con aceite de oliva durante tres días seguidos. Si no se arreglaba el cuerpo del niño en unos días con sus propios métodos había que ir a visitar a don Enrique, el médico de Zahara, que te miraba la lengua, los ojos y las uñas, y te auscultaba con el oído bien pegado al pecho.

Para combatir enfermedades

- El aceite de ricino se obtiene de la semilla del ricino (*Ricinus communis*). Este árbol, posiblemente originario de África, tiene la hoja palmeada y el fruto de aspecto erizado, y se cría en suelos degradados y con clima cálido. El ricino es un purgante muy reputado, aunque tiene un desagradable sabor, que provoca náuseas.

- El agua de Carabaña es un agua mineral sulfatada, de efectos laxantes, aún disponible en farmacias; su nombre proviene del manantial donde se recogía, cerca del pueblo de Carabaña (a 50 kilómetros de Madrid).

- La sal de higuera (llamada así por su sabor amargo) denomina a un mineral cuya composición principal es sulfato de magnesio. También es laxante.

- El purgante Besoy tuvo una amplia difusión en la primera mitad del siglo XX. Aparece, por ejemplo, en los anuncios del periódico tinerfeño El Día del año 1915: «Sin rival para niños y adultos. Las buenas madres purgan a sus niños con Besoy, agradable al paladar de los pequeños. A diferencia de otras preparaciones, el purgante Besoy no irrita y sus efectos son eficaces» (El Día, 2000). Más adelante, en los años 40, se editaron cromos publicitarios del Purgante Besoy con ilustraciones de la vida de Miguel de Cervantes.

- Respecto al purgante denominado Paliano, existe una expresión que dice «no caga ni con Paliano», citada en un vocabulario uruguayo.

- La quinina es una medicación profiláctica contra la malaria, enfermedad que fue altamente endémica en la Península Ibérica hasta los años 40 (en los años 60 fue erradicada oficialmente). En la laguna de La Janda, como en otros humedales, era frecuente la presencia del mosquito que transmite la malaria a las personas (*Anopheles*). Este fue uno de los argumentos para promover la desecación de muchos humedales durante varias décadas.

- Las friegas en la barriga con aceite de oliva se aplicaban contra el empacho (desequilibrio digestivo acompañado de vómitos, diarreas y pérdida de apetito). Mari Luz Díaz, tarifeña, lo explica así: «La gente que había nacido de pie, melliza o sietemesina, se decía que tenían «gracia para curar» (hay quien dice que todas las madres tienen esta gracia). Cuando había algún niño con empacho lo llevaban a su casa y durante tres mañanas en ayunas le ponía aceite de oliva en la barriga, le hacía una cruz y le sobaban; luego le ponían por la espalda y los riñones, la hacían una cruz y también le sobaban. Al sobarle, el atasco bajaba. El último día cogían un poquito de aguardiente o una poquita de agua, se la echaban al niño, se asustaba, y largaba lo que tenía en el vientre» (Beatriz Díaz, 2007).

Comparamos un ventorrillo en la parte de abajo del cortijo

En el año 29 murió la dueña de la finca del Moro, doña Luz Herrera. Al morir, los hijos se sortearon entre ellos las dehesas. A don Joaquín, que administraba el cortijo del Moro, le tocó Majada Verde; y la dehesa del Moro le tocó a don Agustín.

La finca de Casma, que hasta entonces explotaba don Agustín, le tocó a don Juan Abreu, que era militar y tampoco sabía nada de campo. Don Juan arrendó la mitad a Rafael Trujillo y la otra mitad a don Patricio (un médico ricachón de Barbate). Después vendió la finca a los arrendatarios, que no la disfrutaron mucho, porque al poco tiempo el Estado se la expropió para formar una base militar en toda la Sierra de Retín, de la que formaba parte¹¹.

Don Agustín no tenía nada más que una hija, doña Luisa, que se casó con un abogado y vivían en Madrid. Como ellos no tenían interés por la agricultura, porque tenían otra forma de vida, arrendaron la finca a unos señores de Algeciras. Para arrendarla, tuvieron que dejarla libre: vendieron las cabras y las vacas y se las llevaron a otro lado. Todos los ganaderos se quedaron sin trabajo y cada uno tuvo que buscar su camino.

Con el dinero que ahorraron en la cabreriza, en el año 30 mi padre compró una finquita de tierra que lindaba con el cortijo del Moro, en la

¹¹ En 1981 se creó en la Sierra de Retín un campo de tiro y zona logística del ejército, expropiando más de 5.000 hectáreas de superficie y 6 kilómetros de costa (lo que supone el 40% del término municipal de Barbate). La Sierra de Retín se ha convertido así en un lugar estratégico para maniobras militares, con grandes despliegues de aviones y vehículos pesados de guerra, y de barcos en aguas del Estrecho. Varias personas han muerto ya al recoger «chatarra» en el campo de tiro, y la base militar condiciona la actividad pesquera, agrícola y turística del municipio, y el equilibrio medio ambiental de la zona. Hasta el año 2002 no había ninguna compensación económica al municipio de Barbate por ello (Parlamento andaluz, 2002).

parte de abajo. Por eso siempre digo que yo caí de arriba, en lo alto de la sierra, a la parte de abajo del cortijo, mucho más profundo, como la manzana de Newton.

Una de las hijas de León Gaitán (el dueño de la huerta que vendió un trozo a Luz Herrera para que hiciera el cortijo), Juana León Samaniego, tenía una parte de la tierra, que la repartió entre sus seis hijos. Eran familias grandes con seis o siete hijos y a cada una le tocó una parcelita de poco más de una cuartilla de tierra*, que no les daba para vivir. En ese tiempo Algeciras se fue poniendo grande, Gibraltar abrió las puertas y había mucho trabajo para las mujeres; así que muchos que tenían hijas se fueron para Algeciras.

Cuando Curro Domínguez (que era mi padrino y estaba casado con una hija de Juana) se fue para Algeciras, mi padre le compró la parte suya: fanega y media de tierra. El ranchito tenía una venta a la que llamaban «ventorrillo», como en casi todos los cortijos y agrupaciones de la zona, donde se vendían copas por la mañana para los gañanes del cortijo del Moro. Teníamos que levantarnos de madrugada, porque por allí pasaban muchísimos trabajadores de La Canchorrera y de los alrededores que iban a Quebrantamicho¹². Se vendía mucho café con ron (un café solo valía una perra gorda*, con ron valía tres perras chicas*; y dos, un real) y viandas.

¹² Juan explica: «ahora la gente dice Quebrantanicho y Quebrantanichuelo (o en plural: Quebrantanichos y Quebrantanichuelos), pero la gente de Facinas siempre hemos dicho Quebrantamicho y Quebrantamichuelo». Efectivamente, Gaspar J. Cuesta nos recuerda que en la documentación antigua figura con «m» y que es posible que la palabra venga del árabe «qabr-al-intamisu» (tumba borrada o desaparecida, o bien tumba de + nombre de persona) (1995:23).

Trabajadores españoles en Gibraltar

A partir de 1875 aumentó el número de españoles y españolas que trabajaban en el puerto y en el arsenal de Gibraltar, en la manufactura de tabaco y más tarde como carboneros. Con la prosperidad económica de Gibraltar aumentó su población y apareció con todo vigor el servicio doméstico, prácticamente en manos de mujeres españolas.

La Primera Guerra Mundial favoreció la economía de Gibraltar porque, por un lado, no estuvo presente en el frente de batalla y, por otro, aumentó el tráfico comercial, la presencia de flotas en su puerto y las labores en los astilleros. Esta prosperidad se proyectó hacia Algeciras y, sobre todo, hacia La Línea.

Entrada la década de 1920 empezó la recuperación tras la guerra y el puerto de Gibraltar se transformó en primera parada de los vapores franceses, italianos y griegos en su travesía hacia América.

Tras acabar la Segunda Guerra Mundial, La Línea y Gibraltar se convirtieron en el lugar de suministro a España del estraperlo de algunos productos como gasolina, cemento, penicilina, perfumes, galletas, dulces, chocolates, jabones y medias de nailon.

Los años agrícolas no terminan el 31 de diciembre, sino el día de San Miguel, que es el 29 de septiembre, y ya el 1 de octubre empieza el nuevo año agrícola. Nosotros terminamos en la cabreriza para el 29 de septiembre del año 30 y ese mismo día bajamos al ventorrillo. Yo tenía entonces trece años, el hermano que me sigue doce y el pequeño tendría cinco años.

Para mi padre fue emprender una nueva vida. El ventorrillo tenía una parte de huerta, así que mi padre compró un caballo y con la yegua que ya tenía formó una yunta* y se dedicó a sembrar un pegujal de cuatro fanegas de tierra. Además, teníamos las puercas que se trajo de la

cabreriza. De los mayores, un hermano le ayudaba a mi padre con los cochinos y el otro en las faenas de campo con la yunta, porque mi padre no estaba acostumbrado a estar solo, ni le gustaba. Mi madre, mi hermana y mi prima se llevaban el trajín de la casa y de la venta. Íbamos tirando bien, pues era un negocio en el que se ganaba.

En la venta quizás fuera donde más leí

La misma noche en que llegamos al ventorro, éste empezó a funcionar. Acudieron los habituales clientes a echar sus acostumbradas partidas, a la brisca y a la ronda. El negocio se iba incrementando día a día, pues a las bebidas se añadió la venta de tabaco de todas clases; principalmente de contrabando procedente de Gibraltar, en paquetillos y cuarterones* de distintas marcas: El Águila, La Libertadora, El Povedano, El Cazador, etcétera; eran los tabacos aromáticos y fuertes que a la gente del campo le gustaba fumar.

Lo que no se pudo recuperar en la venta fueron aquellas fiestas donde se cantaba y se bailaba el fandango campero*. Aquellos jóvenes que eran el espíritu de la fiesta se habían ido para Algeciras.

Había muchos que no podían pagar en el momento porque cobraban por quincenas, así que teníamos una libreta para apuntar y yo llevaba las cuentas. Mi madre, por la mañana le despachaba a fulano un cuarto kilo de higos; al otro el café, al otro la copa, y por la noche yo me ponía con el libro y ella me decía, «fulano, tanto», «el otro, tanto». Ella llevaba en la memoria todo. No sabía hacer la «o» con un canuto*, pero tenía la memoria más prodigiosa que una persona puede tener y se las apañaba con chinitos aquí, chinitos allí*. Si vendían una camada de diez o doce marranos, cuando se terminaba de pesar el último cochino ya mi madre sabía el dinero que valían todos.

Precisamente en la venta quizás fuera donde más leí. En la sierra también leí mucho porque yo, en la capacha*, además de la vianda llevaba la enciclopedia. Pero en la venta, por las noches iban muchos hom-

bres a escuchar leer las novelas por entregas; unos cuadernillos que se compraban semanalmente, ¡unos novelones que no se acababan nunca! Como la mayoría de la gente del campo era analfabeta, en las ventas había un lector. En la de mi padre leía un hombre mayor que era barbero y se llamaba Francisco López, y cuando él se cansaba de leer lo sustituía yo.

Aquella literatura era sencilla y comprensible, escrita teniendo en cuenta las personas a las que iba destinada. Mi padre estaba suscrito a una que se llamaba «Sor María». Algunos ganaderos, aunque no supieran leer, estaban suscritos a otras y las llevaban a la venta para que las leyéramos. Aquellas novelas por entregas tenían unos títulos muy sugestivos. Recuerdo que leíamos «Diego Corrientes», «Los hijos del arroyo», «Santa Genoveva»... Puede decirse que allí es donde me inicié en la lectura de novelas.

Con la República se produjo un cambio en todos los cortijos

Nosotros llegamos a la venta a finales del año 30 y el 14 de abril del año 31 fue el advenimiento de la República. Entonces se produjo un cambio en todo el país y en todos estos cortijos. Salió una ley nueva que impedía contratar a gente de otro término si había trabajadores del lugar, aunque les pidieran un sueldo mayor; y esa ley también obligaba a labrar las tierras para sacar fruto (es decir, los sindicatos podían intervenir para expropiar si no trabajaban la tierra).

Los dueños de las fincas estaban acostumbrados a llevar la explotación con el mínimo dinero: ganaban mucho y daban al obrero muy poco. El obrero que más ganaba recibía dos pesetas al día. Con las nuevas leyes, los obreros consiguieron más sueldo: lo normal llegó a ser 4.50 y 5 pesetas diarias, ¡y el especializado, por ejemplo en la siega y en el corcho, sacaba 7.50! Claro, a los dueños de las fincas les dolió aquello.

Inicios de la Reforma Agraria en la Segunda República

Entre 1930 y 1931 se produjo la caída de la monarquía, durante la semidictadura dirigida por el general Berenguer. El 12 de abril de 1931 la izquierda avanzada triunfó en las elecciones urbanas. El 14 de abril se proclamó la Segunda República en algunas ciudades y poco después el rey Alfonso XIII decidió marcharse.

Tras proclamarse la Segunda República, el estudio y debate sobre la tan esperada Reforma Agraria duró más de un año. Mientras tanto, salieron varios decretos en apoyo de las organizaciones sindicales y de las de trabajadores del campo:

- Se recogía la intensificación de los cultivos, que permitía la ocupación temporal de las fincas.
- Se establecía el laboreo forzoso, que obligaba a cultivar las fincas insuficientemente explotadas.
- Se daba prioridad a las organizaciones obreras en los arriendos de las fincas.

Además, se aumentaron los jornales reales y la Ley de Límites Municipales reconocía el derecho de una persona de un municipio determinado a recibir trabajo en el campo antes que una persona de otro municipio.

Mucha gente que tenía fincas en arrendamiento se echó para atrás y las entregó a sus dueños, ¡porque era un cambio tan radical que no les merecía la pena arrendarlas! Los señoritos de Iruelas optaron por dar la yunta y la simiente a los que quisieran, para labrar las tierras a medias o a tercerías. El pegujalero* ponía el trabajo y la simiente, y se llevaba una parte (si era a medias) o dos (si era a tercerías); y el dueño de la tierra se llevaba la parte restante.

En Tarifa había dos sindicatos, la Unión General de Trabajadores y la CNT (Confederación Nacional de los Trabajadores); y los sindica-

listas venían por el ventorrillo a buscar más socios. Prometían y charlaban, y la gente se enardecía. No se ponían de acuerdo, y eso fue lo que originó la guerra. Los políticos eran como ahora: si uno ofrece una cosa, otro ofrece más.

Toda la gente se interesó por los cambios que estaban sucediendo. El que iba a Zahara traía un periódico, el que venía a Facinas llevaba otro, y siempre había en el ventorrillo periódicos para leer. Había gente que sabía deletrear, pero para leer en voz alta no había allí nadie más que Francisco López (el barbero) y yo.

El que sabía leer y cogía un periódico se enteraba, pero cuando vino la radio sabía más la gente que estaba sola en una choza aislada, porque no hacían nada más que escuchar la radio. La gente de campo se volvió muy espabilada: cuanto más aislados estaban, más informados; y también con la radio las muchachas aprendieron a hablar fino y conocieron cosas nuevas.

Aquello fue un despertar para la gente del campo. Empezaron a tener inquietudes y conciencia de la injusticia social. Había un entusiasmo tan grande que a Francisco y a mí nos daban las tantas de la madrugada leyendo. La República despertó a las masas obreras que estaban cohibidas de siglos y siglos. Eso fue demasiado fuerte y empezaron las luchas entre los obreros y los patronos.

Se formó también un sindicato obrero en Tarifa que no era político y cuyo presidente era un hombre de campo: el Sindicato de Pequeños Labradores. Todos los yunteros que se dedicaban a sembrar un pegujal, que eran labradores autónomos, se afiliaron a ese sindicato, y mi padre también se apuntó¹³.

¹³ Más exactamente, se llamaba Sindicato Agrícola de Pequeños Labradores de Tarifa y su Término. En el sector agrícola prosperó mucho el sindicalismo socialista: meses antes de la sublevación militar existían en Facinas sindicatos campesinos de la UGT (la Sociedad de Obreros Agricultores y Oficios Varios de Facinas, creada en junio de 1932) y el Sindicato de Pequeños Labradores.



La República. Postal enviada en abril de 1936 a Juan Quero por Juan Salvatierra, un amigo que era de su misma quinta, desde Alcoy. Por detrás reza: «En prueba de mi cariño y afecto, a mi buen amigo Juan Quero».

La dueña de la dehesa de Quebrantamicho, una de las mejores tierras de la campiña de Tarifa, era una señora de Cádiz, doña María de la O, que no había estado en su vida en la finca, y la tenía arrendada al marqués de Tamarón, que era de los Mora Figueroa. El marqués dejó la finca en el año 30 y entonces la arrendó Ramón Sánchez, de Vejer, que era un pequeño labrador.

Cuando estalló la República, como Vejer es otro término, no podía arrendar la finca, porque primero estaban los tarifeños. Entonces el Sindicato de Pequeños Labradores de Tarifa arrendó la finca por una cantidad muy baja, porque los señoritos tenían las tierras conceptuadas en una calidad baja para pagar una mínima contribución a Hacienda. Las tierras seguían siendo de los dueños, porque aquí no expropiaron más que las dehesas de Tahivilla. En 1936, si no hubiera estallado la guerra, habrían repartido también Tapatana, cuya expropiación se frenó al ganar en el año 33 las derechas.

El primer año Ramón Sánchez tuvo que dar al sindicato seis fanegas de tierra para trigo y dos para barbecho, y al otro año arrendaron toda la dehesa, que tenía 800 fanegas. En el año 32 el sindicato la repartió en cuarenta lotes de veinte fanegas cada uno. A mis padres, que estaban apuntados, les tocó uno en sorteo, y nos salía la fanega de tierra en 25 pesetas de renta al año.

De ganaderos aprendimos a ser labradores

Ya tuvo mi padre unas tierras fijas, ¡tierras de primera que eran! El que trabajó bien esas tierras ganó dinero. Empezamos nosotros a trabajarlas y de ganaderos aprendimos a ser labradores. Mi padre, que era ya un hombre de unos cuarenta años y siempre había sido muy buen cabrero, no se adaptó tanto a la nueva profesión como nosotros los jóvenes. Mi padre nos decía, y es verdad, que había sido cabrero de los cabreros, que había enseñado a ser cabrero; y años después llegó a juntar 10 ó 12 vacas y 114 cabras.

La Reforma Agraria en Tahivilla y Tapatana

La Reforma Agraria, imprescindible en Andalucía

Uno de los principales condicionantes del latifundio andaluz fueron los repartos de tierras que se realizaron tras la ocupación cristiana de Andalucía en el siglo XIII, entre el poder real, la nobleza, las órdenes militares y la Iglesia.

En la provincia de Cádiz se daba la mayor extensión relativa de latifundios: a comienzos del siglo XX el 67% de la tierra estaba repartida en 624 fincas mayores de 250 hectáreas y 271 fincas eran mayores de 500 hectáreas. El 96.8% del término de Castellar de la Frontera era una sola finca del duque de Medinaceli llamada La Almoraima; hoy en día aún constituye más del 90%, lo que la ubica como el mayor latifundio de Europa. Las tierras, además, no estaban bien aprovechadas: el orden de uso era sin cultivo, de caza, de cría de toros bravos, de encinares, de olivares y, por último, de trigos de secano.

Entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX hubo diversas rebeliones y levantamientos de campesinos andaluces que influirían en la visión española de la revolución, pues el movimiento obrero se vinculó al problema agrario. Entre 1917 y 1924 se dio en Andalucía un movimiento muy fuerte en demanda de una reforma agraria. Después de negar durante mucho tiempo esta realidad y al ver que los millones de trabajadores afectados constituían «un peligroso peso muerto para la economía y un elemento de desequilibrio», se multiplicaron los estudios sobre el tema; pero no se elaboraría ningún plan conjunto antes de 1931.

Tierras tarifeñas en manos del duque de Lerma

En el siglo XVI el primer marqués de Tarifa se apoderó, sin ningún título de propiedad, de las mejores tierras del concejo. Los tarifeños protestaron: según el privilegio que les concediera en 1295 Sancho IV, todas las tierras del término eran del concejo de Tarifa, es decir, de

sus vecinos. A pesar de que la justicia habló a favor de Tarifa, el marqués no devolvió las tierras.

Con el paso del tiempo estas tierras llegaron a manos del duque de Lerma, Fernando Fernández de Córdoba, el segundo terrateniente de la provincia. Al llegar la Segunda República el duque poseía en Tarifa 7.300 hectáreas de buenas tierras de labor y la mayor era la finca de Tahivilla, con una extensión de 1.354 hectáreas.

Según el catastro de diciembre de 1930 el término municipal de Tarifa tenía una extensión de 39.237 hectáreas y había 29 fincas, que ocupaban el 70% del terreno. La reforma agraria abrió una salida al campesinado tarifeño. Las expropiaciones previstas afectaban a varias fincas del duque de Lerma: Tahivilla, Tapatana, Las Habas, Navafria y El Aciscar. El duque reclamó la decisión del gobierno y en la primera etapa de la República sólo Tahivilla se llegó a expropiar.

El intento de expropiación de Tapatana

Las elecciones de 1933 dieron la mayoría a partidos políticos de centro y derecha que no se adherían a la República recién instaurada, lo que generó un difícil problema político. Tras este triunfo, se inició una campaña por parte del nuevo gobierno de derechas para anular las mejoras sociales conseguidas por el gobierno anterior.

Este cambio a un gobierno de derechas supuso un freno a las aspiraciones de los campesinos tarifeños. En enero de 1935 el Sindicato Agrícola de Pequeños Labradores de Tarifa y su Término solicitaba la ayuda del Ayuntamiento (presidido por Mariano Moreno de Guerra) para arrendar la finca de Tapatana. Se declinó la solicitud, alegando que se estaba a la espera de la promulgación de una nueva Ley. Meses después esta Ley de «contrarreforma agraria» decretó la devolución de tierras a la nobleza.

Tras el acceso al poder del Frente Popular (bloque de izquierdas) en febrero de 1936 se restituyeron los Ayuntamientos depuestos por el gobierno anterior. Un decreto de 20 de marzo de 1936 permitía la expropiación de tierras tras su declaración de «utilidad social» por

los poderes públicos, lo que abarcaba las fincas tarifeñas de Tapatana, Las Habas, Navafría y El Aciscar.

Con el asentamiento de 55 campesinos de Tarifa en la dehesa Tapatana, sumados a los 134 previstos en Las Habas, Navafría y El Aciscar, Amador Mora (entonces alcalde de Tarifa) calculaba que el paro obrero en este campo quedaría definitivamente resuelto. Tres meses después de expropiarse las tierras del duque comenzó la Guerra Civil y las últimas expropiaciones quedaron anuladas.

La comunidad de Tahivilla

En octubre de 1934 se constituyó la comunidad de Tahivilla. Los primeros colonos fueron 70, de los que 37 ya arrendaban estas tierras. Cada uno tuvo que pagar un alquiler de 16 pesetas por fanega de tierra y el gobierno les prestó dinero para la compra de reses de labranza y enseres.

En el comienzo de la Guerra Civil 16 colonos fueron despedidos por la postura política que habían mantenido durante la República y sus tierras se repartieron entre el resto. Todo parecía indicar que la finca iba a ser devuelta a su primitivo propietario, pero la dictadura siguió apostando por el proyecto de Tahivilla, ya que el rendimiento económico era bueno; incluso fue tomada como ejemplo para aplicarla en otros lugares. Se indemnizó a su propietario y, tras un breve periodo de aparcería, se iniciaron los treinta años de amortización de las parcelas.

En el verano de 1987 se hizo entrega de las escrituras de propiedad de las tierras y viviendas.

Mi abuelo Curro, el padre de mi padre, también había sido pastor en una finca cercana, La Arráez, donde mi padre y mi madre se enamoraron. El porquero mayor de la finca tenía siete u ocho hijos, todos varones, y necesitaban una mujer para la casa. Mi madre, que había nacido en Saladaviciosa, cerca de Facinas, era más pobre todavía que esta familia. De los catorce hijos que parió mi abuela materna, sólo alcanzaron la puber-

tad nueve: cinco varones y cuatro hembras, y todos tuvieron que salir muy niños de casa para buscarse las habichuelas*, cada cual donde pudo.

Mi madre de joven fue a servir a la casa de Francisco Lozano y Juana Barrio, vecinos de mi abuelo. En aquella casa hubo alguno de los varones que la pretendió, pero ella se encaprichó con mi padre, que vivía al lado. Mi padre, que se llamaba Francisco, era el hijo menor de los cinco que tenía mi abuelo (dos varones y tres hembras).

Había entonces muchos matrimonios acordados, pero eso era en las clases medias; y ninguno que no tuviera nada se podía casar con una mujer que tuviera algo, porque se lo prohibían sus padres. La República terminó con casi todos esos tabúes; la República ocasionó la guerra, pero despertó a la gente. Esa condición borreguil que tenían, de sumisión, se abrió un poco, aunque no se perdiera del todo.

En el año 34 parte de las tierras de labor de la dehesa del Moro también fueron intervenidas por el Sindicato de Pequeños Labradores y repartidas entre varios colonos. Los cortijos de Quebrantamicho y El Moro dejaron de funcionar como tales y se convirtieron en casas de vecinos, y en los grandes almacenes guardaban el grano los neófitos pegujaleros. A pesar de ser todos procedentes del campo, había muchos que nada habían tenido que ver con las agricultura, pues habían trabajado como ganaderos, corcheros, carboneros, etcétera, y aquello, más que una explotación agraria, parecía a veces un descomunal circo.

Quien puso la nota más discordante fue Manolo Ruiz, que se había criado con los «Cejasblancas», que vivían en el cortijo de La Gloria, junto a la laja de Las Salgas: se presentó en su parcela con una potra de tres años y una burra vieja, que era lo que tenía; las unció el yugo y se puso a arar con ellas. Aró lo que pudo y, cuando los otros compañeros fueron terminando, acudieron en su ayuda y sembró su pegujal. Aquel fue un buen año agrícola y Manolo sacó para pagar a todos los que le habían ayudado y consiguió alejarse de aquella extrema pobreza.

Mi hermano y yo teníamos entonces 14 ó 16 años y éramos fuertes. Estábamos en la edad de trabajar y, en vez de salir malos, salimos buenos para el trabajo. El trabajo propio es lo que más enorgullece a

cualquier hombre que se precie como tal. Trabajar en lo tuyo es muy excitante: trabajas para ti y sabes que cada gota de sudor derramada de tu frente es en beneficio de uno. Nosotros llevábamos la labor bajo la dirección de mi padre: sembrábamos el pegujal, lo escardábamos*, lo segábamos, etcétera. El trabajo en el campo es lo que más me ha gustado en mi vida, con lo que más he disfrutado; más que las cabras y las ovejas, ha sido eso: poner tu fuerza para sacar de la tierra.

Con el reparto de tierras, como muchos empezaron a trabajar en el campo, que era lo suyo, a la gente joven le dio por competir en el trabajo. Hoy la juventud intenta ver cuál es el que menos puede hacer, pero entonces, en vez de trabajar en la cuerda floja, íbamos a ver cuál trabajaba más.

La gente decía que mi hermano y yo nos tirábamos en el trabajo*, a ver cuál segaba más, pero no es verdad. Segar una fanega de tierra son tres peonadas o tres y media (dos cuando hay más segadores) y lo nuestro era lograr que nos saliera a menos peonadas que los colindantes. La gente decía, «¡en el ventorrillo, los Quero para segar son muy buenos!». Y era que comíamos muy bien y teníamos mucha fuerza para trabajar, porque en mi casa mataban todos los años un cochino o dos de veinte arrobas, y no faltaban la tajada de lomo metida en manteca y la longaniza.

En la temporada de siega, cuando nos levantábamos, mi madre ya tenía la mesa puesta con la orza de manteca en medio y un café a cada lado, y nos liábamos a comer hasta hartarnos. A mediodía nos llevaban la comida: una puchera o un guiso de patatas. Entonces se comía mucho pescado, que subían de Zahara. En los cortijos la comida no era tan variada: no comían más que el guiso de garbanzos, el gazpacho caliente y el gazpacho fresco.

Cuando la República, quitaron eso de que el cortijo diera la manutención, así que la gente necesitaba más viandas. Cada uno llevaba en su capacha al trabajo lo que podía: sardinas arenques*, tocino crudo, higos pasados, carne de membrillo, chocolate, etcétera, y el ventorrillo, en vez de ir para atrás fue para adelante. Vendíamos muchas pastillas de chocolate, que se comía sin pan (era chocolate de La Virgen de los Reyes, que lo fabricaban en Sevilla), y las sardinas arenques se vendían por barrilas.

Recetas de gazpachos

Gazpacho fresco

Se miga* el pan, con mucho tomate, una zanahoria, un pedazo de pepino, dos dientes de ajo, un casquito de cebolla, aceite al gusto, sal, vinagre (si gusta fuerte; si no, no se echa) y agua. Con la batidora, se hace el caldito (también se hace en un dornillo de chaparro). Y se mete en la nevera.

Gazpacho caliente

También se llama «gazpacho tacaburro» o «tascaburro», porque se cocía en una caldera en el campo, en la besana*. Se asa pimiento verde y se majan dos dientes de ajo con la sal (si sale fuerte, se le dice «ajudo»). Se echa el tomate y se maja encima de todo, en caliente. Se saca un poco de pan y se maja muy bien. Se echa aceite y se va trasvasando el pan hervido.

Gazpacho migao

Se maja ajo, sal y pimiento. Majado todo, se cuaja el tomate muy bien. Después se añade pan migao seco y se le va añadiendo agua caliente. Después se le colocaba el bajador (o embajador), que era una especie de tapadera hecha de empleita de palma tupida, que evita que se escape el vaho. Así se tenía un ratito, para que se remojará bien el pan.

Gazpacho refrito

Este gazpacho es parecido a los anteriores, pero se hacía con aceite frito. A veces se le añadían papas fritas, incluso cebolla frita.

Aportadas por Pepa Pelayo y Juan Quero,
y recogidas por Federico Sánchez Tundidor.

«Yo, lo que quiero es que esto se acabe»

**II. LA GUERRA:
ENTRE EL FRENTE Y LA OFICINA**

Yo no nací para ser gobernador,
ni para defender ínsulas ni ciudades
de los enemigos que quisieran acometerlas.

Sancho Panza
El Quijote (Miguel de Cervantes)

La guerra fue un golpe grande para la juventud

Yo nací en plena guerra europea y cuando la guerra de Marruecos empecé ya a tener una idea de lo que era una vida conflictiva, porque antes no había conocido nada más que mucho amor y cariño entre mi gente. Yo conocí a mucha gente que hizo esa guerra: las quintas del 21, el 22 y el 23. Precisamente a un tío del que estaba de zagal con mi padre (Francisco Jiménez, que se casó con Ana, la prima que se crió con nosotros), que le decían Perico el Muerto, lo mataron en esa guerra. Un hombre que vivía en la dehesa de Retín fue el último que mataron de por aquí, cuando la toma de Alhucemas¹⁴.

Cuando empezó la Guerra Civil, para mí y para toda la juventud fue un impacto muy grande, un golpe duro. A mí se me cayeron los palos del sombrero*, como vulgarmente se dice. Me cambió la vida: yo, que ya tenía mi novia y que tenía ya mi ideología formada en el ambiente de la República... ¡de pronto venirme aquello! Yo estaba muy metido en ese proceso, todas las noches leyendo periódicos y hablando en la venta. Ni mi padre ni yo nos metimos nunca en política, fuimos independientes; pero yo tenía mi ideología, porque siempre sentí la justicia social. Desde chico me he acostumbrado a esa idea.

Para mí la política es una hoguera muy grande para quemar hombres vivos. Yo viví esto como el salvajismo más grande que he conocido. Yo no defiende nunca la guerra (bueno, cuando los franceses quisieron invadir España, eso ya es defender tu casa). Por un ideal o por unas diferencias políticas o económicas, enfrentar al mismo pueblo con odio que meten los mismos dirigentes, no es rentable ni tiene nada de humano.

Yo estuve luchando cobardemente por una cosa que no sentí, en la que no creí. A mí me hubiera gustado estar en el otro lado, pero me

¹⁴ En 1921 hubo una sublevación al norte de Marruecos, en el Rif (que era una parte del Protectorado Español entre 1912 y 1956). El general Miguel Primo de Rivera acabaría con esta guerra.

cogió aquí y no tenía espíritu para irme. Nunca me dio por desertar, porque aquí tenía a mi familia y, si me iba al otro lado, allí no tenía a nadie.

La primera vez que supe que había estallado la guerra (lo recordaré toda mi vida) fue el día 19 de julio: mi hermano y yo habíamos estado la noche anterior de feria en Zahara de los Atunes, cuya patrona es la Virgen del Carmen y se celebra del 16 al 18 de julio; o sea, tres días de feria.

Precisamente aquella noche cantó en Zahara El Corruco de Algeciras, en un local que tenía Curro Guirola Castro. Le llamaban Curro Castro, porque la madre era Isabel Castro y, como era viuda, los hijos perdieron el apellido del padre, que era Guirola. En algunas familias, si muere el hombre de joven pasa eso.

Yo me acuerdo de una copla que cantó El Corruco sobre la República, que decía, «triunfante nuestra bandera, lleva una franja morá; la conquistó España entera; por Hernández y por Galán, rompió España sus caenas». Y le cantó también a Alcalá Zamora, que fue el primer presidente de la República.

Al día siguiente por la tarde, estábamos mi hermano y yo segando una parcela de Ciriaco el de las vacas lecheras, llegó Diego Serrano, que era entonces el guarda de la dehesa del Moro, y nos dijo, «han dado un golpe de estado en Melilla». Diego no tenía radio y no leía periódicos, así que no sé por dónde se enteraría. Por Facinas, los regulares llegaron el 24 pero hasta aquí, a 11 kilómetros que estábamos de Facinas, no llegaron.

El Corruco de Algeciras

José Ruiz Arroyo, cantaor de flamenco conocido artísticamente como Corruco de Algeciras¹⁵, nació en la Barriada de la Atunara, en La Línea de la Concepción (Cádiz) en 1910. Su infancia y adolescencia transcurrió en Algeciras. Entre los 14 y los 16 años Corruco hizo numerosas actuaciones en los cafés de Algeciras y tomó contacto con otros importantes artistas del cante, el baile y la guitarra del Campo de Gibraltar o que lo frecuentaban, como Choclero, Tío Mollino, Dominigullo, Los Metales, Niño de las Botellas, Manitas de Plata (su guitarrista habitual), Carbonerillo, Macandé o Palanca.

En 1928 participó en un Concurso de Saetas organizado en el Ideal Cinema de Algeciras. El año siguiente cantó en el Teatro Cine Novedades de Sevilla con la guitarra de Manolo Moreno. Entre 1930 y 1936 realizó múltiples actuaciones por España (Sevilla, Talavera de la Reina, Barcelona, Granada, Madrid) y Marruecos, donde actuó con cantantes como La Niña de la Puebla o El Carbonerillo, y efectuó grabaciones discográficas.

Como cantaor, Corruco acometió muchos estilos del flamenco, y todos con notable ejecución. Unos quedaron reflejados en discos: seguiriyas, soleares, malagueñas, tarantas, milongas, campanilleros, media granaína y fandangos (fue considerado en su tiempo un revolucionario del fandango). De otros sólo existe constancia a través de testimonios personales.

La guerra iba a truncar aquella carrera vertiginosa y triunfal de este ser vitalista y pacífico: murió con 28 años en el frente de Teruel, en abril de 1938.

¹⁵ En La Línea y Campo de Gibraltar «corruco» se llama a una variedad de almeja o berberecho de gran tamaño (*Cerastoderma sp.*). «Corruca» es el recorte de corcho primario (bornizo) y ramas secas, que se usa para hacer derivados del corcho; y «curruca», un ave cantora insectívora del género *Silvia*.

A Galán y García Hernández

Ay, españoles,
Galán y García, han sido
dos mártires españoles
que por España han vertido
sangre de sus corazones
sangre que para algo ha servido.

Ay, un grito de libertad
dio Galán y García Hernández
tembló el trono y la corona
y con el dolor hizo triunfar
la República española.

En Jaca murió el valero
y aquellos dos hombres buenos
los vimos desaparecer
por culpa de los asesinos
del Gobierno Berenguer.

Héroes republicanos
son Hernández y Galán
España con su bandera
llora hoy por sus hermanos
que en su corazón están.

Lleva una franja morada
triumfante nuestra bandera
la conquistó España entera
por Hernández y Galán
rompió España sus caenas.

Por la libertad de España
murió Hernández y Galán:
un minuto de silencio
para los que en gloria están
suplico en este momento.

Estas coplas hacen referencia a la semidictadura de Berenguer en 1930. Un grupo de políticos antimonárquicos (Maura, Alcalá Zamora, Lerroux, Martínez Barrio, Azaña, Casares Quiroga, Indalecio Prieto y Fernando de los Ríos entre ellos) firmó el Pacto de San Sebastián para implantar la República. Se produjo después una gran agitación social. El 12 de diciembre de 1930 la guarnición de Jaca proclamó la República y marchó sobre Huesca, pero se había adelantado al horario previsto: le hicieron frente unas tropas en Ayerbe y los dos capitanes, Galán y García Hernández, fueron fusilados. El comité republicano fue encarcelado, pero el cambio sólo estaba aplazado: el 14 de abril se proclamaría la Segunda República.

El cabo Vera dijo que aquí no se tomaban represalias

Facinas tuvo muchísima suerte, porque el cabo Vera se hizo cargo de la situación y aquí no fusilaron a nadie en los primeros días. Vino gente del Almarchal a calentarlo, pero él dijo que aquí no se tomaban represalias. Por ejemplo, él sabía que Julio Rondón, presidente del Centro Obrero, estaba huido en los campos, pero no lo apercibió hasta que vio que la cosa se iba normalizando. A Julio y a Ciriaco los tuvieron luego retenidos en un almacén de Facinas un mes, o quizás no llegara; pero no los mataron.

De Facinas se llevaron después al abuelo de los Gil, Vicente Gil, y a un cuñado suyo, Juanito Pérez, que era el alcalde (su mujer estaba entonces embarazada). Se los llevaron para Algeciras junto a otra gente. Los otros volvieron, pero esos dos no volvieron más.

A otra gente de Tarifa sí fusilaron aquí. A los diez o doce días de entrar los regulares a Facinas fusilaron a la mujer de don Amador Mora (que era el alcalde de Tarifa), a una amiga suya y a otra mujer, en un sitio que le dicen «El Control». Cuentan que a una de ellas le entró un ataque de cólera cuando la llevaban para abajo, que se desmayó y que el mismo Guardia Civil le dio un tiro en la sien. En el puente de La Serona, entre Tahivilla y Facinas, fusilaron a las otras dos; y a Julio Rondón y a otros que estaban retenidos les hicieron recoger y enterrar a los fusilados.

Hubo muchos prófugos que se fueron por los montes. De los cinco hermanos varones que tenía mi madre, cuatro que eran solteros y estaban esos días segando castañuela en la laguna se quitaron de en medio¹⁶. Desde aquellas tierras se fueron hacia la Serranía de Ronda,

¹⁶ Se refiere a la laguna de La Janda, un importante humedal desecado casi por completo en los años 60, lo que ha sido muy cuestionado por el movimiento ecologista. El objetivo era aprovecharla como regadío y remediar el paro existente en la zona, además de reducir la presencia de enfermedades entonces endémicas como la malaria. Las canalizaciones no han evitado que en algunas zonas el encharcamiento continúe y los usos del suelo han cambiado poco.

para incorporarse al regimiento republicano que se estaba formando. Lo hicieron nada más que por miedo, porque ellos no se habían metido con nadie; del mismo modo se fue mucha gente inocente y a muchos los mataron. El más chico de estos cuatro tíos míos se perdió y no pudo llegar a donde el regimiento republicano, lo detuvieron y lo fusilaron en la plaza de toros de Málaga cuando los golpistas la llenaron de prisioneros al tomar la ciudad. Aquí no mandaron nunca ningún papel con explicaciones, esto nos lo contó uno que iba con él.

Inicios de la Guerra Civil española

Fracaso político de la sublevación

El 17 de julio de 1936 por la noche se sublevó la guarnición de Melilla, dirigida por Francisco Franco. La noticia no aparecería en los periódicos del día siguiente. Se trataba de un levantamiento más de los muchos entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Técnicamente logrado, fracasaría políticamente en las partes vitales del país: esto iba a significar su transformación en guerra civil.

Participación del ejército de regulares marroquíes

Casi dos años antes de esta sublevación, el 5 de octubre de 1934, un ejército de marroquíes nacido en 1911 e instruido por los militares africanistas en sus guerras coloniales acudió (llamado por las autoridades de la Segunda República) a Asturias junto con la Legión a reprimir una insurrección de los mineros de Mieres: anarquistas, socialistas y comunistas, unidos y armados. Tras el levantamiento militar de 1936, unos 70.000 regulares de este ejército cruzaron El Estrecho.

Después del levantamiento militar, a las siete de la mañana del 19 de julio, atracó al puerto algecireño un barco mercante con las primeras tropas de regulares marroquíes formadas por el segundo tabor de Ceuta. Durante los siguientes días ocuparon las poblaciones costeras del Estrecho, dejando para último lugar la plaza de Tarifa, a donde

llegaron a media mañana del 24 de julio. Ese mismo día llegaron también a Facinas.

Estos regulares lucharían junto a los militares sublevados en las batallas más sangrientas: la de Toledo, el intento de tomar Madrid en 1936, la de Brunete y la del Ebro. Murieron más de 5.000, muchos de ellos niños de 11 ó 12 años, y durante décadas se vio por las calles de sus ciudades a las ancianas esposas pidiendo limosna.

Huida y represión del pueblo tarifeño

Muchos esperaban que el golpe de Estado fracasara, al igual que otros anteriores. Cuando vieron las tropas de regulares marroquíes llegando a los pueblos, cientos de personas, solas o en familia, decidieron de modo espontáneo huir monte arriba, siendo auxiliados por gentes del campo (en muchos casos familiares suyos).

Algunas regresarían a los pocos días, otros en unas semanas o meses. En el caso de la gente más comprometida con el gobierno legítimo o con la causa republicana, esta odisea llegó hasta la Sierra de Ronda y concluyó en Málaga, donde se reunieron para formar un regimiento republicano.

El mismo día en que los regulares llegaron a Tarifa y Facinas se nombró una comisión gestora municipal y se comenzó una programada represión, con la detención selectiva de personas significativas de izquierdas y republicanas o de simples simpatizantes. Fueron encerradas en cárceles locales hasta finales de agosto, en que se les comenzó a fusilar a un ritmo de 3, 4 ó 5 diarios.

Cuando yo me incorporé, llevaban más de un año de guerra

Cuando me llamaron a filas, hacía más de once meses que había estallado la incívica guerra española. Yo soy de la quinta* del 38, y no me habría correspondido tallarme hasta enero del 38 si no es por esa

maldita guerra que alteró hasta la máquina del tiempo. Y no pasó mes y medio de llamarme a mí, cuando se llevaron a mi hermano.

El día 22 de junio del 37, me acuerdo que estábamos segando mi hermano y yo. Llegó mi cuñado, que nos llevaba la comida todos los días, y dijo, «Juanito, ya tienes ahí la papeleta de movilización». El aviso era que el 23 tenía que estar para tallarme en el negociado de quintas de Tarifa.

Allí fui, acompañado de mi padre y, después de tallarme, me dieron un papel para citarme el 27 por la mañana en el Puerto de Facinas. A las diez de la mañana cogimos un coche oficial que nos llevaría a mí y a 25 borregos más del término de Tarifa a la caja de reclutas que estaba en Cádiz. El 30 nos destinaron a casi todos los tarifeños al regimiento Granada número VI, que estaba en Sevilla. En Cádiz estuvimos 3 días.

El 30 de junio por la tarde llegamos al Cuartel del Duque, el cuartel principal del regimiento. Cuando nos dieron la ropa me hicieron la primera quintada*: eché mano al gorro y no lo tenía. Cuando lo reclamé me dijeron, «si no lo encuentra usted, lo pinta». Al poco rato salió un veterano vendiendo un gorro. No tuve más remedio que darle seis pesetas por el gorro. ¡Y entonces seis pesetas era dinero! Así fue como eché cuenta que aquello no era el cortijo del Moro, donde todos nos queríamos y respetábamos, sino que había que espabilarse.

Aquella misma noche nos llevaron al Cuartel de Villacil, que era un viejo convento habilitado para cuartel con más chinches que arena hay en la playa. ¡Yo no había visto nunca una chinche, y no podía dormir! En ese cuartel cortaban el agua después del almuerzo y, entre la sed y el calor que hace en Sevilla en pleno mes de julio, ¡aquello era freírse! Para mí que los jefes del batallón tenían un acuerdo con el cantinero para que tuviéramos que gastarnos el escaso peculio que nuestros padres nos habían dado en polos y bebidas refrescantes.

Al sexto o séptimo día nos sacaron para darnos instrucción en las márgenes del Guadalquivir, cerca del puente de Triana. Como yo no sabía andar nada más que detrás de las cabras dando tropezones sobre las piedras de la sierra y detrás del arado destripando terrones, y en mi

vida había escuchado un tambor, ni música ni nada, no tenía ritmo ni cogía el paso. Así que estuve en el pelotón de los torpes. Pero mi prodigiosa memoria me salvaría más adelante de ser el hazmerreír de toda la compañía.

El único domingo que pasamos en Sevilla lo dediqué a buscar el domicilio de una prima hermana de mi padre, acompañado de Juan Valencia González, un quinto de mi reemplazo que también vivía en el cortijo del Moro. Ella vivía en el Cerro del Águila, pero a mí me dieron una dirección equivocada, en el barrio de Triana. Cuando me aburrí de preguntar por Dolores Mayo Flores, nos metimos en una tasca y me tomé dos vasos de un pirriaque* que en nada se parecía al vino blanco de Chiclana que vendíamos en el ventorrillo del Moro.

Aquella tarde toreaban en la maestranza Antonio y Pepe Bienvenida, que daban la alternativa a su hermano Juan¹⁷, y mi compañero y yo tomamos un tranvía para regresar al centro de Sevilla. Yo, que con los efectos del vino había perdido la timidez, le dije al cobrador que nos bajáramos en la parada más próxima a la plaza de toros. En la parada anterior el hombre me avisó cuál era la indicada, pero yo interpreté mal sus palabras y me bajé en marcha. Caí al suelo, donde quedé inconsciente.

Nunca pregunté a mi tocayo cómo me trasladaron a la casa de socorro que había en el puente de Triana, pero sé que en cuanto recuperé la conciencia nos llevaron a la plaza de toros y vimos la corrida. Al otro día salió mi nombre en el periódico por primera vez, como sale el de los hombres ilustres y el de los malhechores, y año y medio después me

¹⁷ Bienvenida es un pueblo de Badajoz donde nació el padre de Manuel Mejías Repela (1884-1964), padre a su vez de Antonio, Pepe y Juan. Manuel Mejías adoptó el nombre de este pueblo como apellido para sus hijos, todos ellos famosos toreros. Pepe Bienvenida daría la alternativa a su hermano Antonio en 1936, y ambos a Juan en 1937, en una de las pocas aunque exitosas corridas que hubo en Sevilla durante la Guerra Civil.

llamaron al juzgado de Fuente Ovejuna (en cuyo frente estaba mi batallón). Allí me reconocieron, me preguntaron si me había quedado algún defecto físico a causa de la caída o si alegaba algo en contra de alguien, y firmé un expediente sin leerlo siquiera.

Me granjeé la confianza de todos los agentes de la compañía

A los once días nos llevaron a Sanlúcar La Mayor, donde tuvimos tres meses de instrucción. Era un local muy grande que, según los lugareños, había sido una antigua fábrica de aceitunas, y donde había estado antes un tabor de regulares, con una Legión formada de marroquíes. Allí vi yo los piojos del cuerpo por primera vez, de todos los tamaños y colores (los piojos de la cabeza sí los conocía, ya que de pequeño fui bastante piojoso).

Para mí aquel lugar fue una liberación, porque a los piojos les toleraba mejor que a las chinches, y teníamos amplios espacios para respirar aire puro y agua en abundancia, camas de paja individuales extendidas sobre el suelo y mantas para taparnos. Los que éramos de campo, cuando nos quedábamos dormidos soñábamos que estábamos en una era, y cuando nos picaban aquellos moriscos piojos creíamos que eran los piojitos de cigarras, que también se introducen en los poros y no dejan vivir.

Allí nos entregaron un fusil y nos enseñaron todas las tácticas de la guerra. Que teníamos que tirarnos al suelo de cabeza cuando venía la aviación, aunque hubiera un cardal. Que si se mete uno debajo de la sombra es mejor, porque en la sombra dicen que no te ven.

En teórica no me ganó a mí nadie. La primera tarde que nos dieron instrucción de fusil le pedí al sargento (Manuel Donoso Martín) permiso para ir a orinar. Y cuando me vio la cara de gazpacho que tenemos los campesinos* dijo, «con este me cachondeo yo esta tarde». «Juan, cuando vuelva se presenta usted a mí, porque usted tiene una carita de pillo...». «Ya veremos cómo escapamos», pensé yo.

«Sargento, ya estoy aquí». «Siéntese usted». Cogió el fusil y empezó muy chulillo él, «este es un fusil español, modelo 1893. Es un arma de repetición, que una vez que se carga puede efectuar varios disparos, hasta seis...». ¡Yo no sé la retahíla tan larga que formó! Lo repitió tres veces y se vino a mí después: «usted mismo, ¿qué es esto?». Sin fallar una palabra, le repetí todo lo que había dicho. Al acabar me miró de arriba a abajo, me dio la mano y me dijo, «yo no esperaba eso de usted».

Después se dirigió a los soldados de la compañía para pedir un voluntario que lo repitiera igual que yo. Salió uno que había estado un tiempo de voluntario en la Falange, empezó bien pero se aturulló y no fue capaz de terminar. Ese sargento tuvo la hombría de decirles a los demás sargentos y oficiales lo que le había pasado conmigo y, desde entonces, me respetaron. ¡Vamos, que ya no me ponían a desfilar! Cuando me equivocaba en el paso, me decía, «siéntate ahí, a la sombra de un árbol».

Insectos y bacterias que provocan enfermedades

- La moscarda o moscardón de la carne es un díptero, como la mosca, que se alimenta de carne fresca. Pertenece a la familia de insectos *Calliphoridae*. Cuando la hembra de la moscarda se posa sobre un resto de animal muerto, en heridas del ganado o de una persona, deposita directamente en él o ella larvas vivas (en el caso de otros insectos, se depositan los huevos que darán lugar a las larvas). En el lenguaje coloquial, cuando la hembra ha depositado las larvas se dice que «ha cagado la moscarda».

- La chinche, o chinche de las camas (*Cimex lactularius* es su nombre científico), es un insecto de unos 5 mm de longitud, con el cuerpo anaranjado y muy aplastado. De noche se alimenta de la sangre del hombre o la mujer, o de otros animales, que obtiene con su boca picadora chupadora y que puede tardar varios días en digerir; y de día vive en colchones, grietas de las paredes u otros escondrijos de las

habitaciones. Su picadura produce enrojecimiento y escozor. Una de las razones por las que tradicionalmente se encalaban las paredes y los muros era para eliminar las grietas que servían de refugio a las chinches.

- El piojo humano (*Pediculus humanus*) tiene dos variedades muy semejantes, una habita en la cabeza y otra en el cuerpo o en la ropa. Tiene el cuerpo aplastado y las patas terminadas en garfios, para aferrarse al cabello o a los tejidos. Las hembras colocan los huevos en un pequeño depósito, fijado al pelo o al tejido de la ropa con un pegamento que producen ellas mismas: esto es lo que se llama la liendre. Los piojos provocan enrojecimiento y picazón, y pueden transmitir el tifus exantemático.

- La sarna está provocada por un insecto que habita bajo la piel en pliegues y zonas húmedas, llamado *Sarcoptes scabiei*, y que puede portar bacterias de otras enfermedades. Los granos y picores de la sarna aparecen unas seis semanas después de la infección. Como algunas personas pueden no tener síntomas aunque tengan el insecto en su piel, es necesario tratar a toda la familia o grupo con quien vive la persona afectada. El insecto se elimina con el aseo personal, asoleando la ropa de cama y cuerpo, y con productos químicos como el lindano, el benzoato de bencilo o, en su defecto, el azufre.

- Las calenturas (fiebres) de Malta o brucelosis es una enfermedad que se transmite a través del ganado, sobre todo ovejas y cabras, a otros animales o a las personas. La provoca una bacteria llamada *Brucella melitensis*. En el parto y peripuerio hay mucho riesgo de transmisión, ya que la bacteria se excreta por la vagina y por la leche; por eso la leche recién ordeñada debe ser sometida a un tratamiento térmico. Más de la mitad de los fondos de la Comisión Europea en 2004 para erradicar las enfermedades del ganado estaban destinados a erradicar la brucelosis ovina y caprina.

Me granjeé la confianza y casi el cariño de todos los agentes de la compañía que tuve. Cuando llegaba la teórica, un sargento u oficial empezaba a explicar un tema y después preguntaba, «tú mismo, ¿qué he dicho?». Ese contestaba mal, y le decían, «estate ahí de pie». Y al otro igual, hasta que a lo mejor había diez de pie y entonces me decía, «Juan, dile a esta gente lo que he dicho».

El primer día que fuimos al tiro, tuve la mala suerte de hacer cinco dianas sobre seis disparos, con lo que me clasificaron como tirador de primera: me quitaron el fusil corriente, que pesaba 5 kilos, y me entregaron un fusil ametrallador que pesaba de 12 a 13 kilos. ¡Aquí tienes al tonto de Juan Quero, que por ser obediente y tener buena puntería, cargó con más del doble de peso que sus compañeros!

Cuando llevaba allí poco más de mes y medio, fueron mis padres dos días a verme. Llevaron un pequeño queso para obsequiar al jefe de mi compañía, Cipriano Borreguero Puerto, quien no consintió en aceptarlo.

Cipriano era un alférez granadino de profesión maestro escuela* a quien habían habilitado como oficial del ejército franquista en la academia militar, debido a la escasez de militares profesionales. Era bajito de cuerpo y de serio carácter, pero de nobles sentimientos y de gran intuición para catalogar a cada uno en el lugar que le correspondía. Yo, particularmente, lo recuerdo con afecto.

A los pocos días de haber regresado mis entristecidos padres de su viaje a Sanlúcar La Mayor, recibieron el segundo varapalo de su vida, que no por esperado fue menos doloroso que el primero. A primeros de septiembre llamaron a mi hermano Francisco a filas. Le tocó el regimiento de Oviedo número 8, que estaba de guarnición en Málaga.

Con la quinta de mi hermano, la del 39, formaron un batallón que destinaron al frente de Órgiva, capital de la Alpujarra Granadina, que fue el que menos se movió durante los treinta y tantos meses que duró la mal llamada «cruzada española». Cuando se terminó la contienda, el batallón el que pertenecía lo destinaron a Almería, donde estuvo un año más antes de licenciarse.



**Curro o Francisco Quero, padre de Juan Quero.
Imagen tomada en 1937, aproximadamente.**

Teníamos que avanzar para tomar el objetivo que nos habían puesto

Estuvimos en Sanlúcar La Mayor hasta el 19 de septiembre de 1937, que era domingo. Ese día, como todos los domingos, nos daban salida a todo el batallón y estábamos regados por allí. La mitad se iba a robar uvas por aquellos campos, pero yo no tenía valor ni para eso. De mediodía para la tarde tocaron generala, a formar corriendo; y nos montaron en un tren. En una de las estaciones de Sevilla estuvo parado por lo menos tres horas, porque vino la banda de música del regimiento a despedirnos para salir hacia el frente.

A las tres o las cuatro de la tarde llegamos a Bélmez, que es un pueblo de Córdoba que tiene un castillo en lo alto de una peña. Ahí era el último lugar donde podía llegar el tren, porque ya lo otro estaba ocupado por el ejército republicano (otros les dicen «los rojos y los nacionales», pero yo a aquellos les consideraba tan españoles como yo y digo siempre que era el ejército republicano). En Bélmez había una columna de camiones esperándonos para subir. Yo iba en la primera sección del primer pelotón (que son dieciocho hombres: tres escuadras de seis) en el camión primero con un sargento (que es el que manda una sección).

Como yo iba en el primer camión, al asomar una lomita hubo un cañonazo: «¡Pom!». Delante de nosotros teníamos a un técnico pero, o no supo ubicarse, o es que el ejército republicano había avanzado más de la cuenta. El proyectil pasó por encima de nosotros y explotó más bajo, pero el chófer de nuestro camión abrió la puerta y aprovechó para quitarse de en medio. Seguramente se escondió por allí y después se iría con los republicanos. Así que nos quedamos allí parados un buen tiempo sin chófer.

El pelotón mío fue a una aldeita que es lo último de Córdoba, Aldea de Cuenca, donde no había luces ni nada, sino muchísimos heridos. Después fuimos a un cortijo que está en el término de Granja de Torrehermosa (el primer pueblo extremeño): El Romeral, con un encinar muy grande, donde nos tuvieron toda la noche cavando trincheras. El comandante decía, «¡caven, que por la mañana cuando esté aquí la aviación, les van a dar mil pesetas por cada boquete!».

Fue una batalla muy grande. Las fuerzas republicanas llegaron frente a los llanos de ese pueblo, junto al cementerio. Nosotros estábamos preparados para reforzar si hacía falta pero, gracias a Dios, por la mañana se fueron retirando y no tuvimos que intervenir.

En ese lugar estuvimos un par de semanas o tres. De Granja de Torrehermosa pasamos al frente de Peñarroya. Estuvimos meses esperando en trincheras, sin haber tiroteo; aunque estábamos las fuerzas frente unas de otras: como éramos sólo ejércitos, los jefes no nos decían nada de atacar.

No puedo quejarme de tener mala suerte en la guerra, ¡porque llevarme en el frente por lo menos dos años y casi no ver batallas grandes! A ninguno de los dos hermanos nos pasó nada en la guerra. Una vez nos tocó avanzar y yo tenía que saltar las alambradas de nuestras trincheras para ir a tomar una posición que había delante. Entraron cuatro aviones grandes alemanes a bombardear y, como era sólo una avanzadilla del ejército republicano en un cortijo, se fueron. Llegamos y tomamos aquello sin pegar un tiro.

Allí estuvimos tres días, comiendo rancho frío: latas de sardinas en aceite y cocido de garbanzos en lata. A los tres días, después de almorzar, llegó el comandante dando orden de tomar un cerro que teníamos enfrente. Había que ir avanzando para tomar ese objetivo que nos habían puesto. Fue una operación que inició el ejército nacional (como le llamaban) desde Peñarroya, en la que yo iba en el ala izquierda. Los otros habían avanzado mucho y, cuando vieron que les iban a ocupar, se retiraron.

Llegamos allí y nos encontramos las perolas que tenían preparadas para el almuerzo y hasta garrafas de vino. Dicen que vieron allí el pellejo de un burro; pero yo lo que vi fue una perola grande de papas* con carne. Aquello no podíamos tocarlo, ¡no vaya a ser que estuviera envenenado!

Seguimos para delante, pasamos por Peraleda de Zaucejo y nos metieron en el macizo de Santa Inés, donde pasamos la noche. Abajo había una posición con una bandera de Falange, ¡y aquella noche se

formó un tinglado bombardeando esa posición...! ¡Pum, pum, pum! Algunos falanges, gente joven, llegaron corriendo hasta Portugal; y el ejército republicano tomó la posición.

Posicionamiento en la Guerra Civil española

Reclutamiento

Los soldados de uno u otro bando que formaban los ejércitos eran reclutados forzosamente. Había, además, voluntarios republicanos, que formaban las milicias; y voluntarios falangistas, llamados falanges y requetés.

Deserción

Una de las diferencias respecto a los numerosos levantamientos militares de las últimas décadas en España, fue que muchos soldados reclutados forzosamente por el ejército golpista se pasaron en cuanto pudieron al lado del gobierno legítimo.

Postura de la Iglesia

Desde el comienzo de la Guerra Civil, buena parte de la Iglesia se puso de parte de los golpistas. Dieron asilo a los militares insurrectos, ofrecieron conventos y otros edificios religiosos al ejército y predicaron la «cruzada nacional».

Apoyo exterior

La victoria de los falangistas no hubiera sido posible sin la modernización de la guerra a través de la ayuda extranjera: la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler, principalmente. Técnicos alemanes de la aviación fueron a España, convocados secretamente, a practicar por períodos de seis meses.

En la guerra, los ejércitos no nos cazábamos

Nosotros nos quedamos en lo alto de la sierra y no tuvimos que intervenir. A los tres o cuatro días bajamos a una lomita que fue donde yo vi más cerca un ejército del otro; enfrente, a poco más de doscientos metros, estaban ellos. Una vez el sargento le dio permiso a uno de mi compañía para bajar a cambiar tabaco por papel (en nuestra parte se tenía tabaco, pero no había papel; Alcoy, que era la que fabricaba el papel, estaba en el lado republicano). Cuando se enteró el comandante, arrestó al sargento por haber dado el permiso.

Yo no tuve que tirar nada más que un día, pero nunca apunté a nadie, como nadie en la guerra apunta, porque lo que hace uno es esconder la cabeza. Yo estoy seguro que no maté a nadie. En la guerra, cuando frente a frente estábamos ejército y ejército, no se tiraba, porque eran soldados lo mismo aquellos que nosotros y nos respetábamos. Ahora, cuando enfrente eran milicianos y aquí había falanges o requetés, no dejaban de pegarse tiros y no podía uno levantar la cabeza. Y cuando se entraba en batalla sí había que tirar.

Hay mucha gente que cree que no, pero en la guerra los ejércitos no nos cazábamos como si fuéramos conejos. Si eran soldados no había esa cacería de hombres; al revés, charlábamos y cantábamos por la noche. En aquella posición de enfrente había uno que era de Moriles que cantaba muy bien, y en nuestro lado también había gente que cantaba. A los jefes no les gustaba eso, pero no se metían con nosotros.

En el frente no se hablaba de política, ni podías hablar. En las milicias sí. Recuerdo una vez en el frente de Peñarroya, que al ejército de enfrente (el republicano) iban comisarios políticos a dar charlas. Era noche muy serena, y le oíamos decir a un comisario, dirigiéndose a nosotros, «¡Hermanos! ¿No veis que estáis afilando el cuchillo que os va a degollar?». Dio una charla grande, pero a mí se me quedó esa idea grabada, que no siguiéramos luchando por el fascismo.

A nosotros no nos daban clases de patriotismo. Yo no recuerdo nada más que una vez, cuando en teórica un teniente nos preguntó si

sabíamos por qué había estallado la guerra (para justificarlo él). Yo tenía mi opinión personal sobre esa cuestión, que la guerra se había formado porque los militares no habían querido respetar la voluntad del pueblo, manifestada en las elecciones; pero no podía decir eso. Dije que España estaba revuelta, que había un enfrentamiento político entre uno y otro bando y que había influido que habían matado a José Calvo Sotelo, el jefe de la oposición, el 12 de julio¹⁸.

Los otros no dieron opinión ninguna, posiblemente no sabían ni por qué había estallado la guerra. Las ideologías y las ambiciones las tenían los que nos mandaban. Yo no escuché allí a nadie que odiara a aquella gente ni nada. Los oficiales sí hablaban, pero nosotros, la clase llana y humilde, no. Aquello nos traía sin cuidado, porque nos tenían a la fuerza; lo que queríamos era que eso terminara para irnos a nuestras casas, encontrar una tonta para casarse y ya está.

Yo no tenía interés en ser cabo

Después de Cipriano, mi primer jefe, entró un militar que se hizo cargo de la compañía: don Flaviano de la Cruz Pera. Yo no tuve nada más que ese jefe que fuera militar de carrera. Flaviano me dijo un día, «va usted a ser cabo», y le dije, «yo no tengo interés en ser cabo». «¡Lo voy a usted a arrestar, porque el buen militar tiene siempre que estar deseoso del ascenso y creerse merecedor de él!». ¿Y quién le había dicho que yo era un buen militar?

¹⁸ Calvo Sotelo, el principal líder monárquico de derechas, fue asesinado por algunos miembros de la policía, la semana anterior al levantamiento. Tras el asesinato de José Castillo, oficial izquierdista de los guardias de asalto, un grupo de camaradas del oficial asesinado partió en una camioneta en busca de ciertos líderes a quienes no localizaron; en el camino alguien identificó la casa de Calvo Sotelo. A pesar de no formar parte del objetivo inicial de los policías, fue sacado de allí y asesinado (Ronald Fraser, 1997:133).

Yo estuve en el décimo regimiento. Cuando incorporaban quintas nuevas, para no formar un batallón sólo con quintos, sacaban veteranos de las compañías y los mezclaban con quintos. Cuando incorporaron la quinta del 41, como yo era el más nuevo de los cabos me tocó pasar al decimocuarto regimiento y ahí ya terminé la campaña. En ese regimiento conocí al teniente Juan Robles, que hacía de jefe de la compañía. Era un maestro escuela de Palma del Condado (Huelva), que le habían hecho militar. Me quería mucho y tenía mucha confianza conmigo.

Un día Juan Robles me dijo, «Quero, te tengo que mandar a la academia de sargentos, porque me piden dos de los que más destaquen en la compañía». Yo le dije, «mire usted, yo no tengo aspiraciones para seguir en el ejército, yo lo que quiero es que esto se acabe para irme a mi casa». Y él me respondió, «mira, Quero, tú no dejes nunca que un burro se monte encima de ti, más bien procura tú siempre montarte en el burro; porque cualquiera de los que yo mande hoy de aquí son más ignorantes que tú, y si sale de sargento se monta encima tuyo».

La Batalla de Peñarroya

Objetivos de la operación

Peñarroya es una zona de gran interés minero, explotada por empresas francesas a principios del siglo XX. La batalla de Peñarroya fue una ofensiva en un frente olvidado, después de la toma de Málaga. La intención era una ofensiva en el frente cordobés, entre Hinojosa y Villanueva del Duque, por donde penetrar hacia Badajoz pasando por Peñarroya, Fuenteovejuna, Granja de Torrehermosa y Peraleda. No tuvo consecuencias estratégicas, pero fue dura y mortífera. Queipo de Llano controló aquella operación, donde se calcula que participaron unos 72.000 soldados del ejército franquista y unos 92.500 del ejército republicano.

Los enfrentamientos

El 5 de enero de 1939 comenzaron los ataques. Al segundo día hubo un importante avance republicano y las tropas franquistas se concentraron en Peñarroya. Durante una fría noche de invierno, el pueblo de Fuenteovejuna hubo de ser evacuado y, en medio del pánico, recorrieron a pie unos 40 kilómetros.

El 6 y 7 de enero los republicanos entraron en Fuenteovejuna, Cuenca y La Coronada y más tarde en Granja de Torrehermosa y Peraleda. Llegó un momento en que el avance republicano sólo era posible hacia el frente, pero no hacia los lados, ocupados por el ejército franquista. El 11 de enero un temporal encharcó los campos e hizo intransitables los caminos: los tanques blindados republicanos quedaron atrapados en el lodazal y cayeron en manos de los franquistas.

Ante la inminencia de una batalla, se reforzó la aviación del Sur. La aviación republicana aumentaría su presencia hacia el día 20. Entre el 14 y el 22 hubo un contraataque franquista bajo el temporal de lluvias. El 24 hubo el mayor enfrentamiento de aviación. Para entonces, Valsequillo había cambiado cinco veces de manos y era ya un montón de ruinas.

La represión final

El 4 de febrero quedó fijado el nuevo frente en la misma línea donde había comenzado la operación. En este periodo se produjo toda una campaña de detenciones y ejecuciones en los pueblos afectados. Se contabilizaron unos 10.500 muertos del ejército franquista y 20.000 del ejército republicano.

Muchos republicanos fueron hechos prisioneros e internados en los campos de concentración que se instalaron, con pésimas condiciones, en las ruinas de Los Blázquez y La Grajuela, y que permanecerían hasta después de terminada la guerra.

Tomado del libro: España, 1936-1939. La guerra militar, elaborado por Gabriel Cardona y otros (1996).

Yo escribía mucho a mi familia: a mi padre, a mi madre y a mi hermano (con éste, casi diariamente). En el ejército no nos daban explicaciones sobre dónde estábamos o a dónde íbamos y en los correos no ponían el nombre de la localidad, para que los familiares no supieran dónde estábamos. Daban un número de estafeta: «la estafeta 27». Había un sargento que nos censuraba las cartas, por eso nunca me comprometí a dar mis opiniones con claridad; pero yo tenía unas señas acordadas para entenderme con un primo que era maestro escuela en Algeciras, que se ha muerto ya.

Había muchísimos analfabetos entonces, y yo les escribía las cartas. Ya después, cuando me metieron en la oficina, podía escribir menos. Recuerdo a uno a quien escribía que era de Moriles, el hombre más ignorante que yo he visto pero el más humano y el más sentido. Tenía una mujer y una niña, y me decía, «Juan, tú les pones lo que tú quieras. Tú les dices que yo les quiero mucho y que yo aquí no puedo estar y que lo que quiero es irme con ellos». Me lo decía llorando. En uno de esos ataques grandes lo mataron.

Tuve un mes de permiso para hacer la siega

En el ejército me dieron tres permisos. El primero fue de una semana, en otoño de 1937. Un compañero y yo hicimos un trabajo extra, un cobertizo de ramas y troncos para las bestias del destacamento; como, además, teníamos buena conducta, nos dieron ese premio.

El segundo, que era de un mes, en el verano de 1938, fue porque se podía reclamar a los corcheros y a los segadores para que vinieran a hacer la recolección¹⁹. El alcalde del pueblo tramitaba las reclamaciones

¹⁹ Con esta medida se trataba de impedir la paralización de la economía durante la guerra, ya que el corcho del alcornoque o chaparro y el cereal eran dos importantes producciones en esta zona. Hoy en día el corcho sigue suponiendo una valiosa fuente de ingresos en el término de Tarifa.

y mi padre se lo dijo. Era verdad que mi hermano y yo teníamos fama de segadores, era lo único de lo que teníamos fama; de ser brutísimos y de trabajar sin parar, y así fue como nos dieron un mes de permiso.

Yo tuve un inconveniente: en mi solicitud se equivocaron y, en vez de poner Facinas, pusieron Lebrija, así que el permiso estuvo retenido en la división porque no me encontraban. Hasta que vine a la oficina en Monterrubio, vieron que era cierto y me concedieron el permiso. Como mi hermano vino antes que yo, nos encontramos precisamente en el Puerto de Facinas, a un kilómetro del pueblo: él se iba ya en el correo*, pues había cumplido el permiso y yo llegaba en ese momento.

Cuando llegué aquí ya se había terminado la recolección y no tuve que segar, así que estuve un mes con mis padres, que me los encontré muy afligidos y con mucha pena. Estaban muy envejecidos de sufrir, porque querían mucho a sus hijos y, cuando nos llevaron a la guerra, fue para ellos media vida. Con la ilusión que ellos tenían con sus hijos, ¡y de buenas a primeras quitarles a dos varones! Mi madre, que era una mujer gruesa, estaba sequita*. No parecía aquella mi casa, toda la alegría de antes había desaparecido.

Ya yo me había peleado con mi primera novia por carta, porque yo escribía muchas cartas a las muchachas de por aquí y ella se enteró, se enfadó y me escribió diciéndome que ella también tenía quién la quisiera²⁰. La distancia es mala consejera de los amores, en el amor hay que estar más juntos, más unidos.

Esa novia ya se ha muerto, la pobre. Empezamos de chiquillos como es normal, de 15 ó 16 años, pero yo no iba a su casa, nos veíamos por el campo. Y en el campo era peor que en su casa, porque teníamos más tiempo para hacernos caricias. Entonces las muchachas de campo no se rendían tan pronto como hoy, no era lo que son los noviazgos

²⁰ Era costumbre escribir a la mujer que gustaba o a quien se pretendía. Se trataba de una forma de acercamiento, dado que otras formas no eran fáciles o no estaban permitidas socialmente.

ahora, que más parece asemejarse a los animales que a las personas. Los animales, cuando les apetece o el macho tiene necesidad, se arriman y hacen su función; luego se separan y hasta otra vez.

La situación económica seguía igual. Ya mi hermana se había casado y mi cuñado se quedó para sembrar el pegujal. Alfonso, mi hermano pequeño, se quedó con las cabras. Mi padre juntó una buena piara de cabras y el ventorrillo, aunque con menos venta, también funcionaba.

Me hirieron por nada

A mí me hirieron el día 23 de enero de 1939, el día de San Ildefonso. Yo estaba en la oficina de la compañía de escribiente, por tener buena caligrafía. Allí estuve por lo menos un año, y no llegué antes por no tener ortografía, ¡escribía hasta las palabras juntas! La oficina estaba en el mismo frente pero, en vez de estar yo haciendo guardia en las trincheras, escribía por lo menos seis listas de nombres todos los meses y listadillos diarios. Un sargento que era perito mercantil, el que más sabía de contabilidad en el batallón, era el que gobernaba la oficina.

Todos los batallones tienen tres compañías de fusileros y una de ametralladoras, y siempre hay tres compañías en el frente y una en la retaguardia, para irse relevando. Cuando empezó el ataque de Monterrubio la oficina se había quedado en la retaguardia. Todos los días el sargento o yo teníamos que ir a llevar los listadillos a las compañías del frente, para que los firmara el capitán de la compañía, que era un teniente. Había una distancia grande, y ese día me tocó a mí.

Por la mañana ya habían dado un asalto a dos posiciones, el Vértice Morito y la Posición Trece, que era donde estaba mi compañía. A la tarde, cuando empezaron a cañonear para volver al ataque, en vez de darme la vuelta, aligeré para llegar pronto. Cuando llegué, como yo era cabo, me dijo el teniente, «Quero, te tienes que quedar, ha habido muchas bajas y han matado al sargento. Hazte cargo de aquellos pozos».



Ana González, madre de Juan Quero (en la izquierda), Juan (en el centro) e Isidoro, primo de Juan (en la derecha). La imagen fue tomada en la Plaza Alta de Algeciras, durante el permiso de Juan por buena conducta, en otoño de 1938.

Estando allí montaron los tanques en lo alto de la posición. Había un líquido que se tiraba a la parte de goma que tiene el tanque para que vaya girando la rueda; y cuando estallaba la botella sobre el tanque se tiraba una bomba incendiaria para que prendiera. Decían que le daban qué sé yo cuántos permisos al que cogiera un tanque. Yo tiré una botella con ese líquido; el tanque estaba muy lejos, pero el tío me ubicó y me mandó un recado (un obús). Los proyectiles que tiraban esos tanques eran del tamaño de un botellín de cerveza.

A mí no me cogió metralla, sino los chinos que levanta, la misma tierra; y me quedé ciego por un momento. Tengo en la cara todavía una cicatriz muy chiquitita, donde se me clavó un chino, y en la punta de la nariz también tenía otro golpe. Me hirieron por nada, por querer ser cumplidor, porque si me hubiera achancado* y me escondo debajo de los matorrales, no me habría pasado nada.

Traté de ir al puesto del botiquín que había en la posición, pero al encargado le habían dado un tiro y estaba el pobre agonizando, así que me vine para la retaguardia y atravesé una barrera de fuego. Las ametralladoras forman una barrera de fuego con las balas, ¡shin, shin! ¡Por aquí, por allí! Pero las balas matan poco en la guerra, las que hacen averías son la artillería y la aviación. La bala tiene que darte en un sitio mortal, en la cabeza o en el corazón; si te coge una pierna o te coge otro lado, se te cura. Y ninguna de aquellas balas traía mi nombre.

Me evacuaron y aquella noche dormí en un hospital de Castuera (Badajoz). Al otro día salió un tren cargado de heridos y nos trajeron a Sevilla, a un hospital de Los Escolapios. A los tres días me evacuaron para Jerez, donde estuve dos meses, porque cogí una gastritis, ya que desde el día en que me hirieron hasta que llegué a Sevilla me llevé 36 horas sin comer. Por eso se me inflamaba el estómago cuando comía y me daba fiebre.

Me pusieron a dieta: primero nada más que tres litros de leche diarios que me producían un estreñimiento peor que lo otro, luego me dieron un plan de comidas. Me cuidaba una monja con sombrero de teja, que la llamaban «Sor Metralleta». Como siempre se hacen truquillos,

cuando yo salía del hospital, como tenía dinerillo, comía cosas prohibidas y lograba que aquello no se me curara nunca. Estuve dos meses: desde el día 26 ó 27 de enero, que llegaría a Jerez, hasta el 24 de marzo. Luego me dieron quince días de convalecencia (el 9 de abril me tenía que volver a incorporar al regimiento).

En esos días se rindió Madrid (el 28 de marzo) y a primeros de abril dieron el último parte de guerra. Al acabarse la guerra, con los que nos íbamos incorporando formaron una compañía de retén en Sevilla. En el mes de abril todavía hacía frío por las noches, no teníamos camas, sino colchonetas, y había pocas mantas. El que acudía primero cogía un colchón o una manta y el que llegaba después tenía que acostarse en el suelo. Una noche, otro muchacho y yo nos acostamos en un somier, ¡pero allí había una corriente...! Pasamos más frío que si te acuestas en el suelo.

El 17 de abril cogí una pulmonía y me llevaron a un hospital militar que estaba en el centro de Sevilla, donde lo pasé muy bien. Había unas monjas de la hermandad del Carmen que no llevaban la teja esa grande. Aunque no fuera muy creyente, yo asistía a todos los actos religiosos para darles coba. La directora era muy buena y me quería y mimaba mucho; me decía «el bizquito». En ese aspecto yo he tenido suerte, yo no le caigo mal a la gente. Entonces aprendí a comer flanes (me los traía ella después de la comida), porque yo no había comido antes eso.

El cura era tarifeño. Yo recuerdo que había que confesarse y yo le decía, «yo, padre, lo único que no he hecho es matar y robar; lo demás, todo». El aforismo de nuestra religión: «quiere a tu prójimo como a ti mismo», me parece que tiene lógica y coincide con mi pensamiento. Yo pienso que debemos tener respeto a una cosa que esté fuera de nuestro alcance, porque lo que está a nuestro alcance lo modificamos todo. Cristo, a quien metieron preso y mataron, fue un ejemplo pero, ¿él iba a tener esos poderes? Eso no me lo creo yo, ni pienso que se lo crean ellos mismos; pero las religiones tienen que mantener esas cosas.

Sevilla estaba preparada para hacer el desfile de la Victoria y había muchísimas fuerzas militares, pero yo me libré porque estuve allí hospitalizado mes y medio²¹.

Con el tercer permiso conocí a mi mujer

Cuando se acabó la guerra, volvieron tres de mis cuatro tíos que se habían ido con el ejército republicano: Antonio, Curro y José (Manolo, el pequeño, fue el que se perdió y lo mataron en Málaga). Antonio vino enfermo perdido con el tifus y a los catorce días de estar en Facinas se murió. Curro estuvo algún tiempo preso en Sevilla, en la cárcel de Cantarranas (me parece). Como yo estaba de soldado en Sevilla fui a preguntar por él y me dijeron que iba a salir para verme. Estuve un rato esperando, pero no salió ni me dieron razón. De los dos que quedaron vivos tras la guerra, Curro murió en el campo y José (que no se pudo incorporar al ejército republicano, porque era muy mayor) murió en la residencia de ancianos de La Caridad, en Algeciras.

El 2 ó 3 de junio de 1939 me dieron otro mes de permiso. En ese tiempo en que vine a mi casa y estuve trabajando fue cuando conocí a mi mujer. Ella nació en Betis y su familia fue al Moro el mismo año que yo me fui para la guerra. Mi suegro siempre fue ganadero como mi padre, y estuvo toda su vida de cabrero en Las Piñas, con unos primos hermanos suyos que se apellidaban Serrano (Las Piñas de don Luis, donde trabajó mi padre, es otro lugar).

Los Serrano eran unos pocos hermanos* y toda la familia estaba unida pero, con la guerra o con lo que fuera, los hermanos se habían separado y la unidad se había deshecho. Mi suegro y un hijo se fueron en

²¹ En 1939, el llamado «año de la Victoria», se celebraron desfiles militares en diversas ciudades. El desfile de la Victoria en Andalucía se celebró en la Avenida de la Palmera de Sevilla, el 15 de abril de 1939.

1936 con un cuñado, José Río Jiménez, que tenía todas las faenas de labor en El Moro. Mi suegra y los otros hijos se tuvieron que quedar en Betis en casa de los padres de ella, porque en la cabreriza del Moro vivía otra familia. Hasta que partieron la casa en dos, y en cada parte vivía una familia.

Mi mujer, al ser la hija mayor, estaba trabajando en Bolonia con Tomasa, una tía suya que eran unos pocos hermanos y tenían un bar grande allí. Por eso en los primeros permisos que vine al Moro no nos vimos. Estando con el tercer permiso, en junio del 39, fue el primer día que vi a mi mujer. Como nosotros teníamos una huerta, los plantones para poner las batatas (porque la batata no se siembra con otra batata, sino que echa rejos* que se van cortando en palillos) los comprábamos en las huertas de Palomas (comprábamos cinco o seis millares de palillos, que tenían tres o cuatro yemas)²².

Yo iba con otro hombre de la huerta del Moro y llegamos a ese bar de Bolonia, que estaba cerca de las huertas, a tomar café. Nosotros no nos habíamos visto nunca, aunque nuestros padres eran vecinos. Su tía le dijo, «ahí está un niño de Curro Quero» (a mi padre le decían Francisco o Curro). Salió ella a la puerta y nos saludamos desde lejos. Me pareció una mujer demasiado grande y gorda, y no me hizo tilín ni yo a ella, así que no la escribí.

Cuando se me cumplió el mes de permiso me incorporé otra vez al regimiento Granada número 6 y el 6 de julio me mandaron a Huelva. Allí sí que pasamos verdadera escasez: ¡y cogí un sarnazo...! No comíamos nada más que raya y cazón, que son casi lo mismo, porque no había más, y lentejas, que tenían más chinos que lentejas. Sin embargo, en el frente yo no pasé hambre y se tiraba muchísima comida, porque los cocineros guisaban muy mal.

²² La batata o boniato (*Ipomea batatas*), herbácea rastrera de hoja acorazonada y bulbo comestible, es procedente de América, como la patata. En el sur de la Península se emplea en guisos de carne y verduras o en preparados dulces (empanadillas, asada con miel, etcétera).

Peces

- El pagel o breca (*Pagellus erythrinus*) pertenece a la familia del besugo. Es un pescado blanco de carne blanda y colores plateados y rosáceos, que suele medir entre 10 y 30 centímetros y vive en fondos rocosos o arenosos.

- El budión (*Crenilabrus cinereus*) es un pez de roca grisáceo verdoso, de hocico puntiagudo.

- El cazón (*Galeus galeus*) es un pescado blanco semejante al tiburón (ambos son escualos), con una textura prieta y un sabor ligero, por lo que se cocina con especias (orégano, pimentón...). Es abundante en las costas de Cádiz y Huelva y su bajo precio hace que se use en muchos platos populares.

- La raya (*Raya clavata*) es un pescado menos comercializado que los anteriores.

Luego estuve en la estación de Niebla, un pueblecito de Huelva donde tenían un polvorín. Cuando cumplí un mes me relevaron y me fui al cuartel de Santa Fe, en Huelva, donde estuve hasta el 25 de diciembre del 39, cuando me licenciaron. Al salir nos daban un volante para desplazarnos hasta la estación más cercana al pueblo donde vivías, y yo lo pedí para Puerto Real (en vez de Algeciras, que estaba más próxima) para visitar antes a la prima que se crió con nosotros. El 27 de diciembre de 1939 entré en mi casa, cuando hacía justo treinta meses que había salido.

Mi futura mujer no estaba aún en El Moro. El día 30 de diciembre su padre fue a recogerla a Bolonia, y empezó a vivir en El Moro. Re-

cuerdo que una de las primeras noches que estuvo allí, ella y mi hermana (que vivía junto a mis padres) se vistieron de máscara, ella liada en una sábana. Me pareció muy alta y muy exagerada, y seguimos sin interesarnos el uno por el otro.

Dicen que del roce nace el cariño

A poco de yo volver a mi casa, fue mi padre un día a Algeciras a unos asuntos y me trajo un par de libracos enormes que me había comprado en un rastro: eran las obras completas de Voltaire. Leyendo aquello empecé a darme cuenta de la importancia que tuvo y tiene la cultura para el desarrollo de la humanidad. A través del Diccionario Filosófico leí a Platón, a Aristóteles y a Sócrates. Para mí, aquella manera de expresar las ideas que tenían estos autores fue un descubrimiento maravilloso. Al principio leía con muchísima dificultad, pero como tenía tanto interés por el conocimiento humano, leía y releía; me paraba a pensar y vuelta a leer y releer, hasta que le sacaba jugo.

Esto de la lectura es cuestión de que te guste y de tener mucha paciencia. Cuando te acostumbras, cada vez te resulta más comprensible lo que lees. El entendimiento lo tenemos todos, pero debemos ejercitarlo a través de la lectura y del pensamiento.

Yo iba por las noches a casa de Pepa porque su hermano, aunque conocía las letras, no sabía leer. Iban también a su casa otros zagales de la zona y yo les daba lección a todos. Así nos fuimos conociendo, ya que dicen que del roce nace el cariño. El día de Reyes matamos un cochino gordo de 18 ó 20 arrobas y mi gente la convidó a la matanza porque, como su tío mataba cinco o seis cochinos todos los años, ella sabía hacerlo bien y era trabajadora.

Yo maté el cochino y ahí estábamos ella y yo, viendo la sangre salir. En las matanzas era típico que el matador manchaba a las muchachas de sangre y yo, no sé por qué, mojó un dedito en la sangre que iba saliendo y le hice una marca en el ojo. A ella eso le corrió para abajo y no



Retrato de Juan Quero y Pepa Pelayo pintado en 1943. Está realizado a partir de dos fotos hechas por separado, antes de que Juan y Pepa fueran novios. La foto de Juan está tomada entre junio y agosto de 1939 en Huelva.

se lo lavó siquiera. Por la tarde yo estaba cocinando las morcillas y ella fue a coger ascuas de la candela. Entonces le digo, «y eso que tienes ahí, ¿qué es?». «¿Eso? Un gracioso, que me dio esta mañana con el dedo». Aquella tarde yo la vi ya de otra forma muy distinta; me gustó su humildad, no lo físico; ¡una persona tan sencilla!

Después he sabido yo por qué lo nuestro fue una atracción y no un flechazo. Lo aprendí yo de un periodista: «el amor es la atracción física y espiritual entre dos seres de sexos distintos». En el flechazo se enamora uno de lo físico, pero yo me enamoré por lo espiritual y ella quizás también, aunque yo no era tan humilde.

Estuvimos dos meses y pico viéndonos todos los días, y nos decíamos adiós. Una vez, yo estaba domando un caballo y le daba cuerda para montarme en él (se les da cuerda para que se estropeen un poco). Ella me dijo, «¡este caballo te va a matar!» y yo le dije, «¡no me mata!, ¡si mis huesos se tienen que pudrir junto a los tuyos!». Esa fue la primera vez que me declaré, pero tardamos otros dos o tres meses más en empezar de novios.

El día 14 de marzo de 1940 me partieron el arado las vacas y tuve yo que ir a encargar otro arado. Nosotros teníamos los enseres al otro lado de la huerta, por donde pasa un regajo* que tenía un charco donde lavaban las mujeres de la zona. Ella estaba sola lavando, yo le eché de comer a la vaca y me fui ante ella, y me dijo:

- ¿Tú qué haces aquí tan temprano?

- Pues mira, he tenido mala suerte, me han partido los arados las vacas. ¡Hay días que no tenía uno ni que levantarse! - le digo enfadado.

- ¿Y por qué?

- Por que no es sólo los arados, a mí me pasan más cosas.

- ¿Y qué te pasa a ti?

- Lo peor que le puede pasar a una persona: que quiera llegar a un sitio y no alcance.

- Y tú, ¿dónde quieres llegar?

- Yo, a ti.

Y me dice ella:

- Eso sabes tú que yo también lo quiero²³.

Nos dimos un beso y hasta hoy. Ese fue el principio, que todavía no ha tenido fin. Algunas veces me dice que tengo mal genio y yo le digo, «¡eso lo sabes tú desde el primer día! ¡Yo llegué enfadado, yo no llegué humildito!».

Ese día empezaron los amores nuestros. A los cinco días era San José y ya, como novia mía, la felicité con una postal que tenía una foto de un muchacho y una muchacha jóvenes con cuatro niños: «Cuando recibas esta postal, mírala con atención, quién pudiera como ellos, de esa dicha disfrutar». Nos estuvimos hablando tres años, de novios. Y parece que Dios me escuchó, porque he tenido cuatro hijos.

Antes de casarse había que «tomarse de dicho», que le llamaban. El cura nos preguntó los cuatro apellidos de cada uno y si éramos parientes por el apellido González, que teníamos en común. Le dijimos que no. Había que hacerlo con tres semanas de antelación o tres días festivos por lo menos, porque en las misas de esos tres días era cuando exponían, «la señorita fulana y el señorito tal quieren casarse. ¿Hay alguien que lo impida?». Después de que el cura corriera la última amonestación había que dejar tres días más y si no había aparecido nadie que pudiera objetar en contra te podías casar.

²³ Será necesario decir que Juan contó esto emocionado, se le atascaban las palabras y le temblaba la voz.

Era mediados de abril de 1943. Nosotros vinimos a Facinas, tomamos de dicho, le pregunté al cura qué día era el primero que podíamos casarnos y dijo que el 28 de abril. Para celebrar la boda trajimos carne de cabritos, vino y de todo donde una tía mía; pero al cura se le había pasado y había ido a Vejer. Nos tuvimos que comer la carne y bebernos el vino, y esa noche la gente se marchó y nosotros nos quedamos para ver si el cura venía al otro día. En casa de mi tía no había sitio, ¡y en vez de acostarme con mi novia, me tuve que acostar a los pies de mi madre, y la novia en otra habitación con una prima! Nos tuvimos que ir de allí sin casarnos, porque el cura no vino tampoco al otro día.

Yo traté de traer otro cura de Tarifa, pero el alcalde me aconsejó que no hiciera eso. Días después vine a hablar con el cura y lo primero que me dijo cuando entré por la puerta fue, «¿Tanta prisa le corría a usted casarse que quería traer otro cura?». «Mire usted, padre, que prisa no me corría, pero tenía uno el gasto hecho». «Pues nada, el domingo por la mañana a las once, después de la misa vienen ustedes». El domingo 2 de mayo nos casó y aquella noche dormimos allí en la casa.

Entonces no había viajes de novios ni había coche, en el campo íbamos a caballo. Los dos íbamos en un caballo y los amigos que venían con nosotros, todos venían a caballo. Cuando llegamos a la casa, ¡ya tú ves lo que le dolía el culo a mi mujer!

«He tratado de progresar con mi iniciativa privada»

III. COMO RECOVERO Y PASTOR: EN FACINAS CON LA FAMILIA

Y, sin embargo, se dijo, había traspasado otro límite. La tía Inés solía decir que crecer en la vida era asunto de traspasar límites personales; probar capacidades que uno creía no poseer.

Gioconda Belli, 1998.

Seguimos en aquellas tierras hasta que nos las quitaron

Tras acabar la guerra seguimos trabajando en aquellas tierras de Quebrantamicho, porque al empezar la guerra el Sindicato de Pequeños Labradores se deshizo, pero la explotación de la tierra siguió. Quedó un cabezalero*, que era el que se entendía con la patrona de la finca; él nos cobraba la renta y le pagaba a la señora. Estuvimos allí desde el año 32 al 43, en que nos quitaron las tierras y nos echaron de allí como si hubiésemos sido salteadores de caminos.

En el año 42 salió una nueva ley de arrendamiento con una cláusula que prohibía los subarriendos. Eso de los subarriendos lo ha habido siempre: por ejemplo, en la dehesa de Tahivilla el arrendador le subarrendaba a otro. Y la ley, no digo que fuera mala, pero a nosotros nos cogió desprotegidos: como la señora de la finca le daba un recibo personal al cabezalero, él figuraba como arrendador y, como él nos daba un recibo particular suyo, en éste figurábamos como subarrendadores; cuando no era así, porque él no nos cobraba interés ninguno.

El que nos lanzó a nosotros, el que llevaba la dirección de la demanda y tramitó todo eso, fue don Joaquín Núñez, ¿cómo no lo íbamos a saber? Él fue el que hizo toda la fuerza para que saliéramos, porque quería arrendar la dehesa de Quebrantamicho; de hecho, después se quedó con parte de ella. Los Núñez eran unos pocos hermanos: Joaquín, Carlos, Marcos, Juan Antonio y otros. Carlos Núñez llegó a alcalde, y don Juan Antonio Núñez, que era militar y era soltero, también fue alcalde durante el franquismo. Los hijos de Joaquín tienen ahora por aquí ganaderías de ganado bravo.

Un juez que tenía un ojo blanco, don Antonio Morales, acompañó a la Guardia Civil al lote cuando se hicieron las expulsiones; yo digo que tenía un ojo blanco y el corazón negro. La finca de Quebrantamicho tenía dentro dos cortijos o caseríos donde vivían 18 ó 20 familias de loteros, a quienes les echaron los muebles fuera y les clausuraron las puertas. Esa gente dejó cabras y otros animales (porque ellos no tenían antes), y tuvieron que pagar los animales que se quedaron.

Cuando se fue la Guardia Civil, las familias volvieron a abrir las casas, metieron los muebles y las ocuparon otra vez. Como ya lo habían precintado, eso se consideraba un atropello, así que fueron a por ellos y se los llevaron presos; los tuvieron unos cuantos días en la cárcel y los echaron fuera, sin juzgarlos ni condenarlos. Muchos otros no vivíamos en la misma finca; nosotros teníamos nuestra casa en el ventorrillo del Moro.

Al lanzarnos de allí, se nombraron abogados. Todos los juzgados tienen un juez de paz y antiguamente, cuando el valor de un juicio superaba las mil quinientas pesetas, se tenía que apelar al juzgado de Algeciras. Primero nos citaron en Algeciras, pero el juzgado de Algeciras no tenía fueros para ese pleito y pasó a Cádiz. Al año nos citaron en Cádiz y suspendieron el juicio porque faltaba un lotero; al otro año nos volvieron a llamar y volvieron a suspenderlo porque se había muerto otro. Ya no llamaron más.

Benito Flores, un primo de mi padre que estaba de secretario en el Juzgado de Tarifa, me contó que el juicio de Quebrantamicho tuvo muchas altas y muchas bajas, que intervino gente gorda para dar orden de suspenderlo y, en otras ocasiones, para moverlo de nuevo.

Después vino un cura joven a Zahara de los Atunes (de Zahara había unos pocos de loteros), se puso en contacto con ellos y se enteró de la injusticia que habían hecho. Se interesó, diciendo que eso había sido un atropello, y empezó a indagar y a dar esperanza a los loteros. Pero de la noche a la mañana le dieron un traslado para otro sitio y ya no supimos más de él²⁴. Eso es que los más pudientes irían a ver al obispo e hicieron otra treta.

²⁴ Posiblemente se refiere a Martín Bueno Lozano, quien llegó a Zahara de los Atunes en agosto de 1942, con 24 años, para ocupar su primer destino como cura. José Regueira Ramos dice de él en su libro «Zahara de los Atunes, Paraíso Cervantino del Sur»: «En aquellos tiempos de posguerra se quedaba sin comer para dar su comida a niños hambrientos. Tan es así que a los catorce meses el obispo lo cambió de destino por temor a que enfermase» (su salida se haría efectiva un tiempo después de la orden, según Juan Quero). Martín Bueno ha publicado varios libros y artículos sobre el Campo de Gibraltar.

El juicio nunca se celebró. Los mayores se fueron muriendo y otros se hastiaron de ver que todos les estaban capoteando para un lado y para otro. Si hubiera habido más pleito quizás se habría logrado algo, pero se aburririeron de gastar dinero inútilmente, se echaron para atrás y no pusieron más demandas.

La colonización de la dehesa de Tahivilla se respetó durante este tiempo, y es verdad que sirvió de modelo para otras colonizaciones que se han hecho en España, pero lo de Quebrantamicho fue el crimen más grande. ¡Quitar el pan a cuarenta familias que estábamos trabajando allí, para dárselo a uno solo! Aquella fue una de las muchas injusticias que se cometieron con la dictadura; porque las dictaduras son así, escuchan al pudiente y a los demás, nada.

Algunos caciques locales

José María Núñez Reinoso

Fue dueño durante muchas décadas del cortijo más grande del término de Tarifa, Iruelas. Fue alcalde de Tarifa, diputado nacional y senador por designación real.

José de Mora Figueroa

Juan lo menciona por ser el arrendatario de la dehesa de Quebrantamicho, una de las mejores tierras de la campiña de Tarifa, hasta el año 30. José de Mora Figueroa, el Marqués de Tamarón, nació en Puerto de Santa María (Cádiz) en 1871 y fue Senador electo por la provincia de Cádiz en la legislatura 1918-1919.

Fue integrante del primer trío que dirigió la recién nacida Falange Española en Cádiz en 1934 junto a José Antonio Primo de Rivera (hijo mayor del dictador Miguel Primo de Rivera y fundador de Falange Española). Se ocupó de la Falange en Cádiz durante el golpe militar de 1936 (José de Mora Figueroa, 1974:13,14) y fue designado alcalde de Tarifa entre agosto y septiembre de 1936, tras el golpe militar.

Su hijo Santiago, actual marqués de Tamarón, estuvo destinado en las embajadas de España en Mauritania, Francia, Dinamarca y Canadá entre 1967 y 1981; y en el Reino Unido de 1999 a 2004. Dirigió el Instituto Cervantes en Londres de 1996 a 1999. Juan Quero dice sobre esta familia que «actualmente están comprando muchísimas finas por aquí».

Joaquín Núñez Manso

Implicado en las expulsiones de loteros de Quebrantamicho, fue arrendatario y dueño después de parte de esta dehesa. Fue candidato electo en Tarifa en abril de 1931 por la Candidatura Popular Independiente, partido de derechas que consiguió la mayoría. Es el padre del actual ganadero Joaquín Núñez del Cuvillo; y él mismo creó en 1920 el actual hierro de la prestigiosa ganadería de Núñez del Cuvillo.

Su hermano, Carlos Núñez Manso, fue alcalde no electo de Tarifa del 3 de mayo de 1928 al 26 de febrero de 1930. En 1931 sería elegido alcalde de nuevo, pero fue destituido por el ministro de Gobernación, ya que se observaron presuntas irregularidades en su elección. En 1932 fue candidato a Cortes por Cádiz en una lista que agrupaba a las fuerzas de derechas, junto a José Antonio Primo de Rivera.

Otro hermano, Juan Antonio, fue alcalde no electo de Tarifa de 1955 a 1970, fecha en que murió.

Ya me quedé sin sitio donde trabajar

Al principio, esas tierras empezaron a darlas a la tercería. En el año 44 lo arrendó don Joaquín Núñez y lo tuvo unos años, después la dueña la vendió en trozos: Núñez compró doscientas fanegas y los Trujillo y una familia de Vejer compraron otras partes.

La parte del cortijo del Moro la cogieron los Alvarado, que eran gente de la mar*. Mi padre siguió con su ventorrillo en la dehesa del Moro, siempre con mi hermana, y volvió a tener vacas y cabras (enton-

ces juntó hasta 20 vacas, que las vendió por el año 55, porque ya estaba muy mayor). Mi hermano Francisco se quedó en Quebrantamicho trabajando para los Alvarado.

Mi padre murió con 72 años, el 19 de septiembre de 1960 y mi madre siguió viviendo unida a mi hermana. Pudo mantenerse con el huerto, con algunos trabajillos y con los ahorros que había conseguido reunir a lo largo de su equilibrada y recta vida. Ella murió mayor, en el año 76.

Yo me quedé sin sitio donde trabajar. Podía haberme quedado también en la finca trabajando con aquellos señores, pero ya no había casa para tantos ni quería yo seguir en esas condiciones. A mí me ha gustado defender mi iniciativa privada, ponerme a trabajar y que nadie me diga, «esto se hace así, porque aquí mandan mis cojones». Me salga bien o mal, no he querido meter nunca en eso; he tenido esa mentalidad, a lo mejor atrasada o adelantada.

Cuando nos casamos, en mayo de 1943, yo todavía sembraba en Quebrantamicho y vivíamos en la casa de mi padre, que era grande; en la que se hizo un tabique. Allí estuvimos viviendo hasta el 9 de septiembre, en que nos vinimos a Facinas y cogimos el ventorrillo del Nene, en la parte de abajo del pueblo. Se lo compré a una tía mía por diez mil pesetas.

En el ventorrillo había un horno y había que amasar pan para vender, y con eso estuvimos un año, pero aquello no nos daba para comer. Ahora ese ventorrillo se está poniendo las botas, pero a mí me dejó seco*, porque eran tiempos muy distintos: allí no pasaban nada más que cuatro borrachos que se habían gastado el dinero ya arriba en Facinas, y lo que me dejaban era la trampa²⁵.

²⁵ El ventorrillo del Nene es actualmente un restaurante con mucha demanda. Juan define Facinas como «una coqueta y blanca aldea que, debido a su privilegiado emplazamiento, goza de una panorámica amplia y bella» y, al mismo tiempo, como «una contradictoria aldea de amplios horizontes y estrechas perspectivas económicas» (Juan Quero, 1986).



**Fotografía de boda de Juan Quero y Pepa Pelayo,
hecha al minuto el 2 de mayo de 1943 en Facinas.**

Me dediqué a ir a Algeciras con mi caballo

Como el ventorrillo no daba para más, me dediqué a la recova, con un caballo que me quedó y un poco de dinero. En el campo había muy poco dinero, lo que más había era huevos, gallinas, pavos, chivos, cabritos de seis kilos para abajo, queso, cacería... Todo eso que se produce en el campo entra en el gremio de la recova. Algunos recogían hasta los pellejos y se los vendían a Bandrés, una gente de dinero que tenía una fábrica que curtía las pieles en Algeciras. Yo iba a Algeciras llevando estas cosas y cargaba el caballo de comestibles para vender luego por el campo de casa en casa. Era el tiempo del estraperlo²⁶.

El tren que llegaba a la estación de Algeciras venía lleno de gente de Arriate, Antequera y otros pueblos, que traían todo lo que estaba intervenido: fideos, aceite, harina, tocino, chorizos, etcétera; lo descargaban allí mismo en la estación y había cuarenta matuteros* esperándoles. Yo, más que nada, compraba de estraperlo comestibles de lo que faltaba aquí: aceite, tocino y azúcar. El azúcar y el café venían y vienen de Gibraltar. También vendí jabón hecho en los pueblos de la serranía de Ronda, con aceite y sosa, y telas (a los Villanueva, por ejemplo, les vendí muchísimas telas). También compraba cosas en Barbate.

En Algeciras me quedaba en el parador de San Antonio, en la Plaza Juan de Lima, que se abrió en el tiempo de las góndolas: unos

²⁶ En mayo de 1939 se instauró la cartilla de racionamiento, un impreso que asignaba a cada familia determinada cantidad de los artículos que más escaseaban (pan, azúcar, aceite, bacalao, tocino, garbanzos...). Con este sistema el gobierno trataba de controlar la distribución de las mercancías. Ese mismo control favoreció la carestía y el acaparamiento, y con ello la aparición de un mercado negro en manos de grandes jerarcas afectos al régimen: el llamado «estraperlo». En marzo de 1952 se anunciaba la supresión del racionamiento del pan, y esta fecha marca el final de la posguerra; pero el racionamiento de combustible y materias primas permanecería unos cuantos años más.

coches de caballos que salían de Cádiz todos los días y acababan su recorrido en ese parador, donde había una cuadra grande para diez o doce bestias. Cuando se terminaron las góndolas, parábamos allí todos los del contrabando y la recova. Había más posadas: la Posada Tarifa, que todavía existe en la calle Tarifa, y arriba, donde estaban los cuarteles, había otra donde paraban los vendedores ambulantes como yo.

La recova ha sido un negocio muy ancestral en el campo de Tarifa y cada uno tenía su clientela. Yo iba y venía todas las semanas y leía a lo alto del caballo. He salido de Algeciras leyendo y me he colocado aquí en Facinas leyendo montado en el caballo, el caballo sabía el camino y venía para su casa. Por la trocha nos juntábamos cinco o seis: uno de Zahara, otro de La Zarzuela, otro de Facinas...

Pusieron un control de la Guardia Civil en El Pedregoso; arriba, en el cortijo de Las Corzas o Santa Rita, había otro puesto y en Tejas Verdes, en la parte de Los Barrios, otro. En el cuartel de la Guardia Civil de Facinas daban un pase para desplazarse a Algeciras, y los recoveros teníamos que pasar por esos controles cada vez que íbamos. No me cogieron nunca en el estraperlo; al contrario, me preguntaban e incluso me encargaban cosas. No estaba eso muy vigilado, porque eran conscientes de que en el campo faltaban cosas, y lo que más perseguían era el contrabando de tabaco y de café.

Yo iba tirando como podía, unas veces mejor y otras peor, pero nunca dominé el negocio; siempre el negocio me dominó a mí. Nunca llegué yo a llevar, como vulgarmente se dice, la carreta delante los bueyes*. Yo de cuentas sabía muchísimo (he hecho cuentas hasta de álgebra) pero me ha faltado personalidad para llevar un negocio. Había mucha necesidad. Yo me dejaba arrastrar por los sentimientos y le daba a la gente casi sabiendo que no me podían pagar, cuando en esto hay que tener más mala idea; eso que se llama astucia.

En ese trabajo dejé de ser ese hombre recto que antes había sido. Pude haber sido más constante, y tuve un resbalón de esos que se dan en la vida, ¡pero tampoco me voy a ahorcar por eso! Estaría destinado así.

Cuando la gente emigró vino el fracaso del negocio

Cuando de verdad vino el fracaso del negocio fue cuando la gente emigró a Barcelona y por ahí, en los años 60. En ese tiempo empezaron a mecanizar la agricultura. Antes era la fuerza muscular la que movía todo el campo: una yunta de bueyes hacía media fanega de tierra al día y, sin embargo, un tractor mediano con un hombre sólo, ara quince o veinte fanegas de tierra al día. Ese fue el principal motivo de la emigración: que no tenían dónde trabajar.

Muchísimos se fueron y han resuelto su vida quizás con más holgura que yo. La mayoría se fue para Tarragona y Barcelona. Pusieron una central nuclear de Tarragona para acá, en la que había muchísimo trabajo: Vandellós; y de La Canchorrera se fueron muchos a trabajar en su construcción²⁷. Otros se fueron para Francia, ganando más dinero que aquí. Mi hermano Francisco, con quien siempre iba a todas partes como si fuéramos la sombra el uno del otro, tenía nueve hijos, que se fueron a Barcelona y están muy bien colocados.

La Canchorrera era el sitio más pobre que había, y con buena gente; pero en aquel tiempo muchas veces te dejaban a deber y se iban de la noche a la mañana sin pagarte, porque el dinero lo necesitaban para irse. ¿Qué ibas a hacer? Ahí fue el desastre. Como yo vivía del crédito también, me quedé empeñado, sin clientes y sin dinero. Y lo que me pasó a mí les pasó a muchos. En la recova empecé en 1946 y eché 24 años; por el año 1970 lo dejé.

²⁷ El 6 de mayo de 1972 entró en servicio la central nuclear hispano francesa de Vandellós (situada en la costa de Tarragona), con una potencia de 500 MW, cuya construcción se había iniciado en 1967. Esta central fue explotada por un consorcio entre varias empresas eléctricas catalanas y la empresa nacional francesa «Electricité de France», y se refrigeraba con las aguas del mar Mediterráneo. Tras un grave accidente ocurrido el 9 de octubre de 1989 el gobierno español decidió la parada definitiva y el desmantelamiento de la central.

A ti te canto Facinas,

que sin saber cómo ni cuándo
al pie de la sierra como una seta
súbitamente surgiste
y como paloma silvestre
entre montes y sembrados
poco menos que ignorada
alegremente viviste.

Cuanto más alto volabas
y mayor era tu ilusión,
tu vuelo de improvisito se cortó
y tu mundo de ilusiones
como el humo se esfumó.

Porque allá por el horizonte
hizo su aparición,
disfrazado de Rey Mago
caminando desde Oriente,
aquel negro nubarrón

que trastocó toda tu suerte,
y como un frágil cristal
saltó hecha trizas
tu escasa organización.

La agricultura se mecanizó,
los productos del petróleo
reemplazaron al carbón,
tus hijos quedaron sin trabajo
y llegó la emigración.

Algunos se esparcieron por Europa
desde los Pirineos a Bonn,
otros por Cádiz y Huelva
Sevilla, Valencia, Cataluña y Aragón,
por el País Vasco, por Castilla y León;
y una numerosa mayoría
que de Algeciras a Málaga
ha organizado su vida.

Este poema de Juan apareció primero en una revista titulada «Facinas, Feria y Fiestas 1986», editada por José María de Terán Woollett, y después en su libro «Facinas».

Me arrimé a las ovejas y levanté cabeza

Yo no fui capaz de emigrar. Cuando vi que no tenía trabajo, me lo planteé y me dije, «yo me voy allí, que no conozco a nadie, y voy a ser un borrego, porque yo, ¿qué puñetas entiendo de una fábrica? ¡Pues me voy a dedicar a criar borregos en vez de convertirme en un borrego!».

Ya mis cuatro hijos eran mayores y yo tenía un atajito* de ovejas que mis hijas y mi mujer habían criado de migajeras*: una recoge de aquí, otra de allí. Las guardaban mi hijo más chico, que tenía 14 años, y mi mujer. Como este hijo quería irse a trabajar, yo me pegué a mis ovejas, las tenía por las dehesas y las coladas* y pagaba un acogido*.

Mi hijo mayor estaba trabajando hacía tiempo con Cuesta, que tenía un almacén, de ayudante; y llevaba los artículos en un camión por ahí (era cosario* del pueblo). Dos mil quinientas pesetas le daban cada mes, y estuvo ahí hasta después del servicio.

Todos mis hijos se criaron bien y sin comer no se quedaron nunca. La escuela era libre, pero al principio había aquí unos maestros, un matrimonio viejo sin hijos; que no hacían nada más que cantar el «Cara al Sol» y arriar la bandera²⁸. Después vino una pareja de maestros muy buena que sí enseñó bien a la gente.

Mis hijos no han sido grandes lumbreras para los estudios y a mis nietos les pasa lo mismo: no sirven nada más que para trabajar. Estoy convencido y lo digo con muchísimo orgullo: todos han empezado a trabajar y ganar a los 13 ó 14 años. Mi hija mayor se fue a Algeciras y se colocó en la fábrica de conservas Garavilla y la otra se quedó ayudando a la madre²⁹.

²⁸ El «Cara al Sol» o la «Marcha Real», constituida en un verdadero himno al franquismo, junto a la veneración a la bandera, eran los más recurrentes símbolos del patriotismo. Su uso obligado constituía un modo de humillación e imposición del poder, entre tantos otros de la dictadura franquista.

Yo me arrimé a las ovejas, escapé bien y levanté cabeza. Lo mío era el ganado, ¡si yo nací debajo de una cabra! Ya fuimos progresando, compramos esta casa y nos vinimos para arriba. Desde entonces hemos estado siempre con las necesidades bien cubiertas (cuando estaba en la recova, que el negocio no iba bien, no es que pasáramos hambre, pero estábamos achuchadillos).

Con las 110 ó 115 ovejas eché 18 años, hasta que tenía 65 años. Después de jubilarme estuve cinco años más con las ovejas, pagando mi seguro de autónomo. Me salió bien y por eso me quedó una paga sólo algo más reducida que la que daban a los obreros por cuenta ajena. Cuando tenía 70 años dejé las ovejas porque, cuando estaban en la dehesa, bien; pero para ir a las coladas me pesaban los años y me asfixiaba.

²⁹ Conservas Garavilla, más conocida por su marca Isabel, es una empresa vasca con oficinas desde Inglaterra a Rusia. Tenía cuatro plantas en España: Pontevedra, Vizcaya, Lanzarote (ya cerrada) y Algeciras; y otras en Marruecos (Agadir) y Ecuador. En enero de 2002 se cerró la fábrica de Algeciras, la quinta y última de las conserveras que existían en esta ciudad, con lo que se perdieron unos 145 puestos de trabajo. De las 27 conserveras de diferentes marcas que había en el Campo de Gibraltar, con más de 1600 trabajadores (en su mayoría mujeres), actualmente sólo quedan tres: una en La Línea y dos en Tarifa (de próxima fusión).

El ganado caprino

El ganado caprino tiene algunas ventajas frente al ovino y vacuno:

- Se adapta a las orografías difíciles.
- Soporta los climas extremos; se repone mejor tras épocas de penuria alimenticia.
- Aprovecha muy bien los matorrales leñosos.
- No pastorea hasta la raíz, porque no tiene el labio superior partido, como la oveja.
- Tiene gran resistencia a las enfermedades.
- Su cuero es muy apreciado.

Aun así en los últimos 60 años el censo caprino español ha disminuido a la mitad, debido a tres razones principalmente:

- Una fuerte emigración hacia las ciudades en los años 60.
- La disminución de las zonas de pasto por el aumento de la agricultura mecanizada.
- El miedo a las fiebres de Malta, de las que se consideraban las principales causantes.

Juan Quero explica en su libro titulado «Facinas» que en los años 50 se prohibió el pastoreo de ganado caprino en la campiña de Tarifa, lo que fue uno de los motivos de la crisis económica en Sierra Plata y Betis, que llevaría a mucha gente a emigrar o a ingresar en cuerpos policiales.

En los dieciocho años que yo me llevé con las ovejas leí muchísimo. Yo andaba solo por ahí y mucha gente me decía, «¡Yo no sé como no te aburres solo!». «¿Solo voy yo, quizás?». Te sacas un libro, una novela a lo mejor lleva cincuenta personajes y yo iba pensando en todos esos personajes. «¡Yo no voy solo!».

Me gustaba mucho la novela costumbrista, sobre todo Blasco Ibáñez, cuyas obras, además de amenas, son muy instructivas: «La Barraca», «Cañas y Barro», «La Araña Negra»... Otros libros que me impresionaron fueron «Humillados y ofendidos», de Dostoievski, «El Doctor Zivago», de Paternak, «Resurrección», de Tolstoï, «La Montaña Mágica», de Thomas Mann. He leído mucho, mucho. A los 70 años, cuando dejé las ovejas, fui a la Escuela de Adultos de Facinas y muchos me decían, «tú, con la edad que tienes, ¿para qué quieres aprender más?». «¡Pues porque me gusta!».

Poco después fui el primer presidente de la Junta Gestora de la Entidad Local Autónoma de Facinas (ELA). La presidencia tenía que asumirla una persona independiente, que no estuviese afiliada a ningún partido político. En Tarifa ganó el PSOE, con Antonio Ruiz Giménez; en Facinas ganó la derecha, con Alianza Popular. A mí me comprometió Antonio Ruiz. Yo siempre he sido un socialista, un tío de izquierdas, que lo llaman. No me escondo en eso; y las circunstancias son las que me han hecho rebelde. Así que acepté de buen grado el cargo de presidente el día 22 de abril de 1991. Esto duró poco, pues hubo elecciones a los pocos meses. En el tiempo que estuve en el cargo, siempre traté de evitar disputas que enfrentaran la aldea de Facinas con el Ayuntamiento tarifeño.

Entonces fue cuando escribí el libro

Cuando dejé las ovejas me dediqué a estar en la casa haciendo empleitas: monederitos y capachas. Yo no puedo estar parado; tengo que estar escribiendo, leyendo o haciendo palma. Monederitos de pal-

ma he hecho miles y me gano mis perritas, porque mis nietas los venden en la tienda que tienen en Tarifa, cuando vienen los extranjeros*. He hecho muchas capachas grandes y esteras por encargo, pero ahora no tengo sitio donde coserlas (en verano sí tengo sitio en el patio, pero la palma se trabaja en tiempo húmedo).

Entonces fue cuando escribí el libro, aunque lo tenía ya un poco hilvanado. Encarnita (Encarnación Velarde), una monja de la Congregación del Santo Ángel, muy buena persona, fue la que me indujo a que escribiera la historia de Facinas. Cuando yo andaba por ahí con las ovejas, ella vio que yo leía y nos hicimos grandes amigos; y como Facinas no tenía historia, me animó a escribir sobre Facinas en un cuaderno. Tiempo después Encarnita dejó la Iglesia, se casó y fue maestra escuela; ahora está en Badajoz y está jubilada.

Para escribir medianamente yo he tenido que superar muchos traumas, porque para escribir hay que conocer gramática y yo no sabía ni lo que era un verbo; yo leía y leía pero no tenía unos principios para saber puntuar. El libro me lo corregían mi hijo y Terán, un militar a quien yo le dedico el libro. Terán era un sargento de transmisiones que un buen día llegó a Facinas. Su padre era brigada en la frontera de La Línea, y se casó con una inglesa que conoció allí (su madre). Terán fue y es un buen amigo mío, preocupado, como yo, por la cultura. Se casó con una joven del pueblo e hizo mucho por Facinas. Se jubiló con el grado de comandante, y hoy en día tendrá unos 67 años.

Ellos me lo corrigieron, pero yo no permitía que me pusieran nunca ni una palabra ni que me cambiaran las ideas. Terán me dijo que no estaba bien poner en el libro «hordas falangistas», pero yo me hice el tonto y lo dejé. También me ayudaron Juana Garrido y Pepe Araújo.

Cuando me pongo a escribir con una mala mano, yo soy como una metralleta desajustada que tira por todos lados, para lo que entiendo y para lo que no entiendo. ¡Me fluyen tantas ideas que yo no sé cuál escoger! Me cuesta trabajo escribir, porque se me acumulan demasiadas ideas, ¡si me levanto de noche a apuntar!



Trabajos de palma realizados por Juan Quero. Arriba, cesta, salvamanteles y capacha en miniatura, sobre una estera. Abajo, detalle de la capachita, donde se puede observar que la tira trenzada o empleita que lo conforma es mucho más delgada que la de la estera.

Hoy casi nadie lee, sino que ven la televisión, y a mí la televisión no me satisface, porque tiene uno que tragarse todo lo que le ponen. Yo leo mucho para poder crearme una idea propia, no lo que me diga fulanito ni menganito. Como decía el padre de la filosofía griega, Sócrates, «conócete a ti mismo». A mí me gusta su filosofía: «De una cosa bruta, de un hombre sin cultivar, trata de hacer una obra de arte por medio de la cultura». A mí me falta tiempo para leer, que es lo mío. En cada libro leo la rama que me gusta de saber, y las cosas que me gustan o me dan curiosidad las apunto en unos cuadernos que tengo llenos de notas, adagios y citas de periódicos.

Antes, de todo lo que leía sacaba alguna moraleja, todo lo asimilaba; pero ahora no tengo tanta capacidad, las neuronas se endurecen y las ideas pasan y no se graban.

Juan Quero, escritor

Primeros documentos

Entre los años 80 y 90, coincidiendo con sus últimos años de trabajo con las ovejas y su posterior retiro laboral, Juan escribe numerosos documentos y artículos en revistas locales. Colabora, por ejemplo, con la revista Baelo y participa en cada número de la revista Facinas, editada por José María de Terán Woollett en Facinas.

En 1991 se edita un monográfico de esta última revista, «*Historia de las calles de Facinas*», elaborado por Juan Quero, donde hace un recorrido minucioso por las calles de Facinas. Describe su ubicación y trazado, su evolución, el origen y significado del nombre de cada calle, las familias que la poblaron en un comienzo, el modo en que llegaron a asentarse y con qué tipo de edificación; reconstruyendo, de este modo, una verdadera sociología de Facinas.

Participación en publicaciones sociales y literarias

A partir de 1995 Juan escribe para la revista *La Voz de un Pueblo*, editada en Tarifa. En ese año saldrán los artículos «*La tolerancia es el privilegio de los fuertes*» (3:9), «*Lo que pudo ser y no fue. Lo que pasó en la campaña tarifeña durante la República*» (8:13), «*Lo que nunca debió ser. La Historia de la España de Franco*» (11:8-9) y «*La fuente de la felicidad*» (13:17), en los que firma como «un campero tarifeño» o «un campesino tarifeño». Más que cartas de un lector (apartado donde se incluyen) muchas son artículos sobre la historia de Tarifa que bien podrían haber figurado en el apartado de Historia o de Ensayo.

En 1998 Juan publica «*Cuento de Amor*» en la revista tarifeña de creación literaria *Guadalmesí* (6:10-12), donde nos habla de una breve y desafortunada relación sucedida en los años 40 entre la hija de un campesino y un forastero de la Compañía Sevillana de Electricidad, que llevaba en su camisa «un escudo de Falange» y tenía «un bigotito estilo hitleriano».

Edición de su libro «Facinas»

En 1997 se publica «*Facinas. Historia de Facinas y campaña según Juan Quero*», editado por el Grupo Socialista de Cádiz y la Agrupación Local del PSOE en Tarifa. En este sorprendente libro, del que existe ya una edición en inglés, Juan hace un recorrido por la historia de Facinas y la campaña tarifeña. En su repaso histórico combina agudamente sus propias observaciones y experiencias con aspectos sociológicos e históricos (apoyados en lecturas de novelas y ensayos), a través de elaboradas metáforas y sin faltar observaciones irónicas que guardan una mordaz crítica.

Persona de referencia en el estudio de la cultura local

Como hombre interesado por la historia y la cultura de su pueblo, Juan Quero es también desde hace muchos años una persona de referencia entre quienes tratan de recoger y estudiar la cultura local:

nombres y usos botánicos, toponimia y habla local, artes y tradiciones populares, historia o relatos orales.

Un ejemplo de ello es su propio relato oral de vida, que fue motivo de una tesis de maestría en estudios ibéricos (Marina Fernández, 1999) y el estudio que Juan realizó en 2001 junto con Luis Federico Sánchez Tundidor sobre «*La mujer rural en Facinas a lo largo del siglo XX*».

En los valiosos libros elaborados por Juan Ignacio Pérez y Ana María Martínez, editados por la Asociación LitOral entre los años 2002 y 2004: «*Debajo del Puente. Adivinanzas Tradicionales Recogidas en el Campo de Gibraltar*», «*Cien Cuentos Populares Andaluces Recogidos en el Campo de Gibraltar*» y «*Leyendas y Cuentos de Encantamiento Recogidos Junto al Estrecho de Gibraltar*», Juan figura como informante de algunas adivinanzas, de un cuento sobre tres segadores guareños* que estaban por Facinas y se toparon con unos bandidos (2003:131), del suceso de un hombre que encontró un tesoro (El Tesoro de La Peña) y lo escondió, hasta que le detuvieron (2004:190); y de una leyenda sobre una raza de gran estatura, los Gentiles, que tuvo que marchar de la zona hace miles de años debido al fuerte viento de Levante (2004:219).

Trabajos recientes

A sus 89 años, Juan Quero continúa escribiendo. En los últimos años ha realizado varias cartas dirigidas a la prensa y actualmente está trabajando sobre un escrito autobiográfico.



Juan Quero en Los Tornos (P.N. de Los Alcornocales, Facinas), durante una paella organizada con motivo de la visita de Felipe González en mayo de 1999. Está acompañado de Juana Garrido, a su derecha y Enrique Díaz, a su izquierda (militantes del partido socialista en Tarifa), y Francisco Quero Trujillo, su sobrino.

A ti, enigmática y majestuosa Naturaleza, y al Artífice que la formó

Os envío esta carta de amor porque os quiero con toda la fuerza de mi corazón y porque vuestro amor corre por mis venas como un caballo desbocado por un estrecho sendero. En ella procuro exponer, con mucha humildad y respeto, cuáles son mis preferentes aficiones, para que me vayáis conociendo, pues no tardaré mucho en abandonar este desvencijado chasis en el que hace 87 años y 5 meses que habito, para integrarme en esa misteriosa energía cósmica que vosotros utilizáis para que el Universo no se pare.

Puede que mi vida social y económica no haya sido muy brillante, porque siempre me he dejado llevar por ese viejo dicho, «Que sea lo que Dios quiera» y no he aprovechado bien las pocas oportunidades que vosotros me habéis dado; o quizás por no haber tenido capacidad para modificar las circunstancias, he terminado por adaptarme a ella y, como buen andaluz que soy, me he dedicado a vivir del mínimo esfuerzo.

No sé si lo he hecho bien o mal, pero casi siempre he sido feliz y he disfrutado en el camino, cumpliendo con la sagrada misión que vosotros me impusisteis cuando me enviaron a este rocambolesco mundo para multiplicar la especie, misión que creo haber cumplido con creces. Mis descendientes son útiles en humanidad, porque están criados en el amor familiar y en la fe cristiana.

Quizás el lugar y hora de nacimiento hayan condicionado mi vida, porque siempre he preferido estar en contacto contigo, para respirar el aire puro y ver al nuevo día nacer. Te doy las gracias, amada mía, por haberme permitido contemplar en directo tantas bellas amanecidas como contemplé en los dieciocho años que estuve apacentando mis ovejas en las cálidas noches veraniegas por las cañadas reales.

Mientras vosotros me concedáis un hálito de vida, continuará grabada en mi ya senil mente el misterioso espectáculo que se produce cuando la bella aurora empieza a elevarse por el Oriente y las sombras en la tierra empiezan a retroceder hacia Occidente; cuando las estrellas van perdiendo brillo, se apagan los luceros y en la faz de la tierra trinan los pajarillos saludando el nuevo día. A medida que la

luz del Alba avanza por el espacio y las sombras en la tierra retroceden, las alturas de las montañas y las profundidades de los valles van brotando en el paisaje, lo mismo que brotaron de las tinieblas los primeros días de la Creación. Y es que los días tienen el don de renovarse cada veinticuatro horas, y por eso el tiempo no envejece y permanece perenne por los siglos de los siglos.

A mí también me gustaría renovarme de cuando en cuando para seguir disfrutando de tus encantos y aspirando el aroma de las flores y el perfume de la mujeres pero el Señor, que gobierna todo esto, no concede a las venas exhaustas de la vida el privilegio de una segunda juventud.

¡Hasta pronto, amada mía! Dale recuerdos al Señor, que tan irregularmente te dirige y que juega con nuestro destino como si este mundo fuera un tablero de ajedrez. No os pido que me queráis como yo os quiero, pero os ruego que me reservéis un sitio tranquilo donde mi alma pueda descansar en paz.

Juan Quero González, octubre de 2006

De nacer en estos tiempos, no sé si hubiera sido más feliz

A mí me hubiera gustado nacer en estos tiempos en que los estudios son más fáciles, aunque no sé si hubiera sido más feliz. Desde que empecé a tener vidilla con esa pobrecilla, que después nos disgustamos, yo era muy feliz. Yo he contado la vida mía con toda sinceridad, y no me siento amargado por lo que he vivido; al revés, creo que me ha tocado la suerte de vivir esa época. Yo no me he visto en la agonía de hastiarme de la vida; decir, «¿quién se muriera?», no lo he dicho nunca.

Algunas veces sueño con cosas que me han pasado, que no me ha gustado que sucedieran: económicamente o en mis negocios, pero no tengo ninguna cosa que me cree un peso sobre mi conciencia. Alguien dijo una vez que para ser feliz tenía uno que no dolerle nada, ni siquiera los recuerdos; y es verdad, porque el dolor de los recuerdos debe de ser muy malo.

El recuerdo que más satisfacción me ha dado a mí es mi familia. Yo tuve unos padres ejemplares y mi mujer, me la pusieron los Reyes y se equivocaron: en vez de traerme una mujer vulgar y corriente me trajeron una santa. Mis hijos, buenísimos; pero mis hijas, ¡esas son por demás! Me aburren. «¡Pero chiquillas! ¿Ustedes se creen que yo estoy aquí mal?». Además, tengo trece nietos y una bisnieta, y les gusta mucho estar conmigo.

Muchos buscan la felicidad fuera y Tolstoï dice que la felicidad hay que buscarla dentro de uno mismo, que no pierdas el tiempo buscando la felicidad por ahí. A mí me dicen, «¡Con tu inteligencia, podrías haber sido...!». Bueno, «yo podría haber sido», pero a lo mejor no era tan feliz como soy ahora y como he sido siempre.

Gracias a Dios yo no me he visto en necesidades grandes, pero emprendedor no he sido o el destino no me ha ayudado. Hay una historia de un emperador que buscaba la felicidad, le dijeron que para ser feliz necesitaba ponerse la camisa del hombre más feliz del pueblo y empezaron a buscarlo entre los más grandes del país:

- Usted, ¿es feliz?

- ¡Yo no! Hombre, yo para ser feliz necesito qué sé yo qué.

Iban a otro: «Necesito qué sé yo cuánto», y a otro... Cuando ya entrevistaron a toda la aristocracia de la nación, empezaron a bajar escalas, hasta que de tanto buscar llegaron a uno que estaba guardando cochinos.

- Usted, ¿se considera feliz?

- ¡Yo sí! ¡Yo soy el más feliz de la tierra, hombre!

- Y usted, ¿estaría dispuesto a vender su camisa?

¡Pero si yo no tengo camisa!

Yo no me he querido nunca amarrar

A mí la guerra no me dejó secuela ninguna, gracias a Dios; sólo el sufrimiento que tuvieron mis padres y los piojos que tuve que matar. Lo que me dejó secuela fue aquel régimen totalitario, que no se podía ni respirar. En aquellos tiempos los falangistas y la policía no te permitían estar en la calle hablando con dos o tres, y estabas en tu casa hablando y enseguida pensabas, «tienen que estar escuchando». Todo el mundo sabía que yo no camelaba aquello, pero yo no le expresaba a nadie mis sentimientos; acepté la tormenta como vino y nunca se metió nadie conmigo. Eso lo aprendí de Ortega y Gasset, que dijo: «El hombre es él y sus circunstancias; si no puedes cambiar tus circunstancias, adáptate a ellas».

Yo he sido una persona muy liberal y no me he querido nunca amarrar, es mi forma de ser. Tuve ocasiones para salir de la rutina, pero nunca me dio por ahí. En el ejército, yo pude ser sargento (había gente como yo que después llegó a capitán); y acabada la guerra, un día que firmé un papel a una pareja de la Guardia Civil que vino a mi casa, me dijeron, «¡Ozú que firma, usted tiene que solicitar para Guardia Civil!» (yo tenía una firma muy bonita).

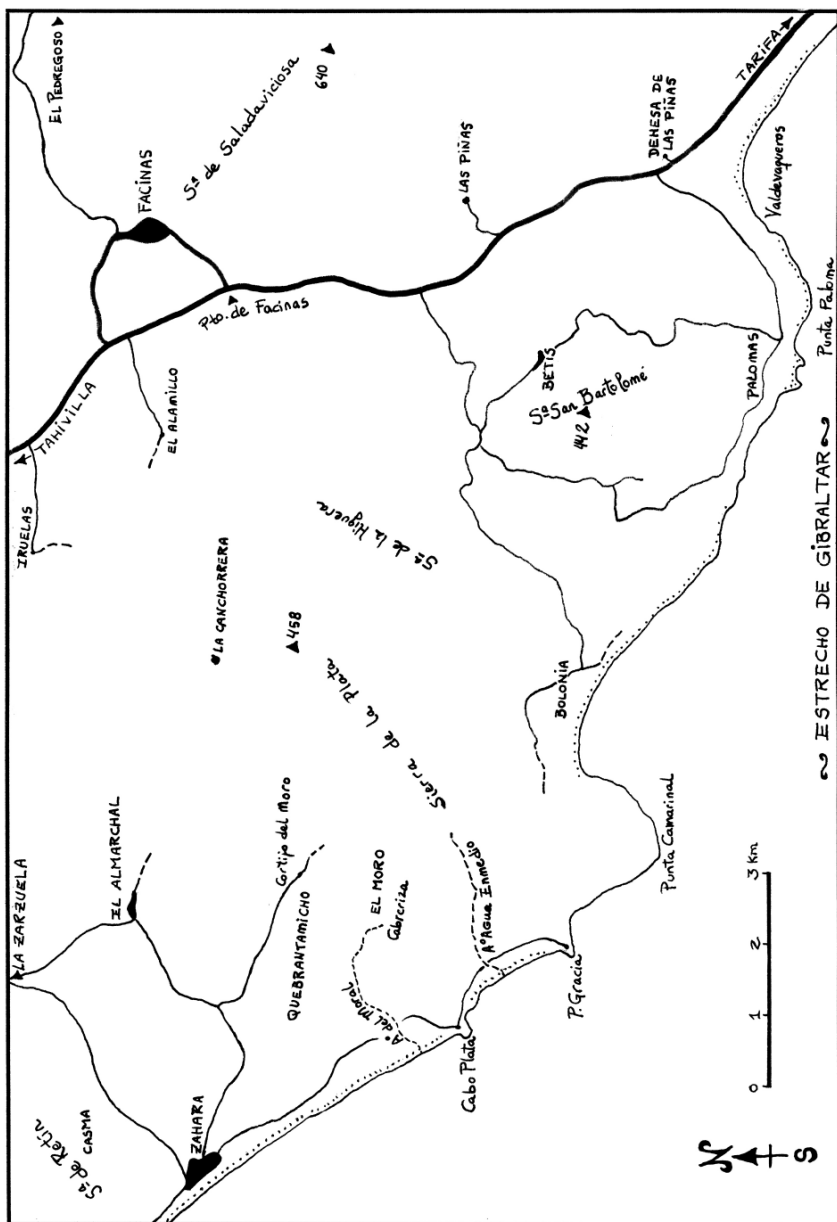
Quizás yo haya sido un resentido, quizás les tomé odio y no quería cooperar con quienes me habían hecho cambiar una vida en la que tan feliz me sentía. Porque la guerra me hizo cambiar de profesión y quitarme de al lado de mi familia; me quitó mi bienestar, mi alegría, mi forma de vida. ¡Aquello me cayó a mí muy hondo!

Yo digo que la Guardia Civil es precisa ahora, pero no aquella Guardia Civil que quería enseñar a la gente a palos. Había muchísima gente que solicitó para Guardias Civiles (les decían «los desertores del arado») y yo estaba preparado para eso, pero no quise. El tío que entra en la Guardia Civil o de militar es como el que se va a bañar: se tiene que desprender de toda la ropa y colgarla, tiene que desprenderse de su conciencia y rellenarse el cerebro de leyes y principios; y de ahí no se puede salir. ¡Eso a mí no me gusta! ¿Por qué me iba yo a condenar a una cosa que no me gustaba?

Nunca he querido someterme a un código y no estoy arrepentido. Yo siempre he tratado de progresar con mi iniciativa privada; que nadie me dijera cómo hacer, sino ser libre como el viento. A mí me han dicho mucho, «y tú, ¿por qué gustándote tanto la lectura no has leído de leyes?». A mí las leyes no me interesan, salvo las leyes que me dicta mi conciencia.

Yo recuerdo en mi última etapa, un día que estaba con las ovejas pasó una pareja de guardias civiles y me querían denunciar una oveja porque estaba comiendo en la parte de allá. Ya era en los tiempos de la democracia y podía uno hablar libremente, así que les anduve pordio-seando para que no me denunciaran la oveja. Viendo que por ningún lado lo conseguía y que ellos estaban acalorados, les digo, «bueno, y la conciencia, ¿para qué sirve?». Y me dice el guardia, «¿es que yo no me puedo regir por la conciencia! ¡Yo me tengo que regir por un código»; y le digo fuerte, con coraje, «¡por eso estoy yo guardando ovejas, porque no he querido nunca hipotecar mi conciencia!».

Se lo diría con fuerza y pensarían ellos lo que les dije, que vino después a mi casa la pareja: «Le voy a quitar la denuncia, para que usted vea que tengo conciencia».



Campiña de Tarifa. Lugares de la vida de Juan.

VOCABULARIO

Achancado. Aplastado, escondido, apartado.

Acogido. Pago en concepto de permanencia del ganado en una tierra.

Afrechar. Separar la cáscara del grano. Cernir con el cedazo más o menos espeso o tupido.

Afrecho. Salvado. Cáscara del grano desmenuzada por la molienda. A veces alude a la harina integral.

Agachapado. Encogido, encorvado.

Aguilando. Aguinaldo.

Alcaucilera. Alcaucil o alcaucí. Alcachofa silvestre. También se llama así a la alcachofa de cultivo.

Arriero. Persona que va y viene con bestias de carga, llevando productos y mercancías.

Arroba. Unidad de peso equivalente a 11,502 kilos ó 25 libras o un cuarto de quintal. La palabra viene del árabe «arbaa», que significa cuatro o cuarto.

Atajito. Atajo. Grupo pequeño de cabezas de ganado.

Besana. Lugar de trabajo, al arar. Lugar donde se hace el primer surco.

Buche (de café caliente). Trago de café que se bebe de una vez.

Cabañería. Ración de productos alimenticios básicos que se daba a los ganaderos.

Cabezalero. Capataz de un grupo de colonos, que era elegido por ellos mismos y se encargaba de llevar las cuentas, de mediar en pagos e informaciones, etcétera.

Cabreriza. Grupo de casas donde viven y trabajan el cabrero y su familia.

Cacharros (de la feria). Cacharritos. Atracciones de feria.

Campiña. Zona de campo laborable. A veces se refiere también al monte.

Cancho. Piedra o roca. Zona montuosa con piedras o rocas.

Candela. Fuego.

Cañizo. Pared o estera hecha con medias cañas (de la cañavera, normalmente) cortadas y cosidas.

Capacha. Espuerta de palma con tapadera, para llevar al campo la comida u otras cosas.

Caseosa. Parte de la leche cuajada, de la caseína.

Casquivano. Persona de poca reflexión y juicio.

Cebón. Cochino reservado para la matanza, al que se ceba.

Cojollos. Brotes más jóvenes de la hoja de la palma o palmito, usados en cestería.

Colada. Camino de ganado para ir de un pasto a otro, más estrecho que una cañada.

Correo. Autobús o medio de transporte de línea regular.

Cosario. Persona que se dedica a ir a otros pueblos a hacer compras.

Croché. Ganchillo.

Cuarterón. Un cuarto de libra (4 onzas ó 115 gramos).

Cuartilla. Un cuarto de fanega; equivalente a 6 medios. La cuartilla, como medida de volumen, debía cumplir unas normas y tener grabado el sello o cuño del Ayuntamiento. Juan cuenta que, alrededor de 1922, el señor Iglesias se suicidó en Tahivilla, cuando se descubrió que sus cuartillas medían menos.

Cuartillo. Medida de volumen (para aguardiente, ron, vino o aceite) equivalente a 1,156 litros o a algo más de medio litro, según el lugar.

Cunitas del patachín. Cunitas del taratachín. Atracción de feria: cunas que se balancean en movimiento pendular.

Charco. Remanso o balsa de agua en un arroyo, usado para lavar.

Chinito. Chino. Piedra pequeña.

Don. El determinante «don» y «doña» se usaba, y aún se usa en algunos sitios, hacia personas con poder económico, político, eclesial o que trabajaban como maestras o médicas.

Dornillo. Recipiente de madera en forma de media esfera, muy empleado en el campo para hacer y tomar el gazpacho.

Escardar. Arrancar cardos y hierbas nocivas de la tierra cultivable.

Extranjeros. Los y las turistas procedentes de Europa, principalmente.

Fandango campero. Fandango típico del campo, o chacarrá.

Fanega. Medida de superficie que equivale en Andalucía a 5.376 m² (fanega de tierra). También es una medida de volumen, equivalente a un quintal castellano (4 arrobas ó 46 kilos). Una fanega equivale a 4 cuartillas y a 24 medios. Una fanega de trigo, raída o pasado el rasero, equivale a 46 kilos; una fanega de garbanzos con colmo (es decir, con todo el peso que se sostenga), equivale a unos 60 kilos. Esto, claro está, varía según la calidad del grano.

Gañán. Trabajador del cortijo fijo, que hacía todo tipo de tareas, según la necesidad.

Gañán de era. El que trabaja en la yunta arando.

Guareño. Oriundo del pueblo malagueño de Guaro.

Hato. Hata. Casa campesina o cabaña para el ganado.

Lebrillo. Fuente o barreño grande de barro que se usa para amasar, lavar, contener la matanza, etc.

Libra. Unidad de peso equivalente a 460 gramos.

Maquila. Porción de harina o trigo con la que se paga al molinero por la molienda, a razón del peso molido. Del árabe «makîla», que significa medida.

Matuteros. Especialistas en pasar todo tipo de material por la frontera sin pagar impuestos.

Medio. Medida de volumen que equivale a la vigésimo cuarta parte de una fanega castellana; o sea, 2,3125 litros.

Migajeras. Ovejas que se regalaban cuando, al ser mellizas o por otros motivos, la madre no podía criarlas adecuadamente; y se criaban fundamentalmente con miga de pan duro remojada.

Migar. Migar, esmigar o desmigar el pan duro es deshacerlo en migas o trocitos. Entonces se dice que está migao o esmigao.

Montanera. Pasto de bellota para los cochinos, que se realiza temporalmente en el monte.

Orza. Recipiente o vasija de cerámica alto, sin asas o con asas pequeñas, esmaltado por fuera, donde se guarda el lomo en manteca.

Orza barreña. Orza de barro cocido y sin vidriar.

Ozú. Jesús.

Papa. Patata.

Parición. Época de los partos.

Pegujal. Pegual, pejugal o pijual. Trozo de tierra para sembrar.

Pegujalero. Pijualero. Persona que trabaja un pegujal.

Perra chica. Moneda utilizada hasta los años 60, que equivale a 5 céntimos de peseta.

Perra gorda. Moneda más grande que la perra chica, que equivale a 10 céntimos de peseta.

Peonada. Trabajo de un día. «Echar una peoná» es hacer un trabajo.

Piara. Rebaño.

Piquerita. Piquito. Pico.

Pirriague. Vino de baja calidad, que se despachaba normalmente en las tascas a la gente pobre.

Pleita. Empleita. Tira trenzada de palma que, cosida sobre sí misma, sirve para hacer capachas, serones, esteras y otras labores.

Pleitilla. Molde de palma o de esparto que da forma al queso.

Puchero. Guiso de garbanzos con verduras (zanahoria, nabo, patata, judías verdes, cebolla) y carne, tocino y hueso de cerdo salado.

Puñear. Trabajar la masa de pan con los puños.

Quinqueles. Plural de quinqué. Posiblemente es un arcaísmo.

Quinta. Grupo de hombres nacidos el mismo año. El registro de las quintas se llama caja de reclutas.

Quintada. Broma de mal gusto que se hace a los quintos.

Real. Moneda que equivale a un cuarto de peseta ó 25 céntimos.

Recacha. Resolana. Lugar al sol resguardado de la lluvia y el viento, que es usado normalmente en invierno.

Recentar. Al hacer el pan, dejar reposar una pequeña cantidad de masa, que hace de levadura, para que fermente.

Recovero. Recuero. Persona que se dedica a comprar huevos, gallinas y otros productos del campo para revenderlos, y con frecuencia se desplaza a caballo. La palabra viene del árabe «racûba», que significa montura o cabalgadura.

Regajo. Regato, riachuelo.

Rejo. Raicilla o embrión de la planta, de forma alargada.

Sardina arenque. Sardina salada y seca.

Sementera. Tiempo de la siembra, normalmente de octubre a noviembre. Un refrán local dice: «En San Andrés, la sementera hecha es».

Señorito. Las palabras «señorito» y «señora» aluden a los dueños de la finca o familiares de éstos, y con ellas se subraya la distancia y la relación de poder entre el o la empleadora y el o la trabajadora.

Sequita. Seca. Delgada.

Telera. Hogaza. Pan candeal.

Temporil. Temporero. Trabajador contratado temporalmente para una tarea concreta.

Tercerola. Carabina. Arma de fuego de cañón largo que se carga con pólvora.

Torcía. Mecha. Cordón de algodón u otra fibra natural retorcido.

Vianda. Alimento.

Yunta. Pareja de animales de tiro unidos por un yugo, usada para arar.

EXPRESIONES

Buscarse las habichuelas. Buscarse el alimento. Buscarse la vida.

Cara de gazpacho. Cara de campesino considerado inculto.

Chinitos aquí, chinitos allá. Para hacer cálculos aritméticos, algunas personas colocan en una superficie montoncitos de piedritas (llamadas chinitos) o de otro objeto, como garbanzos, entre los que intercambian cantidades.

Eran unos pocos hermanos. Eran muchos hermanos.

Gente de la mar. Esta expresión y la de «gente del campo», se refiere a las comunidades de los dos ámbitos biogeográficos del municipio de Tarifa: la zona costera, donde se vivía de la pesca y el tratamiento del pescado; y la zona de monte, llamada «el campo», o «la campiña», donde se vivía del ganado, la agricultura, la recolección, el carboneo y el descorche del alcornoque o chaparro, principalmente.

Llevar la carreta delante de los bueyes. Dirigir la cuestión.

Maestro escuela (o maestra escuela). Maestro o maestra de escuela.

Me dejó seco. Me dejó sin dinero.

No saber hacer la «o» con un canuto. No saber hacer nada.

Nos tirábamos en el trabajo. Competíamos por hacer mejor el trabajo.

Se me cayeron los palos del sombrero. Perdí mi punto de referencia.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Araújo Balongo, José (1995). *Un verdadero autodidacta I y II. Entrevista a Juan Quero González*. Revista La Voz de un Pueblo nº 10 (12-15) y nº11(17-19). Tarifa.
- Asociación de Prensa Universitaria (2004). URJC. <http://www.apuweb.tripod.com/politica>.
- Belategui, Oskar I. (2002). Raciones de hambre. <http://www.canales.laverdad.es/panorama>.
- Bell, Dion R. (1990). *Lecture Notes on Tropical Medicine*. Blackwell Scientific Publications. Oxford.
- Bienvenida. <http://www.es.wiktionary.org>.
- Capra. <http://www.capra.iespana.es/capra>.
- Cardona, Gabriel y otros (1996). *España, 1936-1939. La guerra militar*. Resistencia desesperada (5). Otoño 1938-Abril 1939. Pág. 10-14. Historia 16 - Caja de Madrid. Madrid.
- Caro Cancela, Diego (1985). *La Segunda República en Cádiz. Elecciones y partidos políticos*. Edita Diputación de Cádiz.
- Ceballos, L. y Martín Bolaños, M. (1930). *Estudio de la vegetación forestal de la provincia de Cádiz*. Reedición de 2000 por la Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía.
- Chez. <http://www.chez.com/geneandalucia>.
- Colvema (2003). El ejecutivo comunitario aprueba los fondos para la erradicación de las enfermedades del ganado. <http://www.colvema.org>. Bruselas.
- Criado Atalaya, Francisco Javier (1997). *Aspectos sobre el estado de la iglesia tarifeña a comienzos del siglo XX. Los informes parroquiales del año 1920-1921*. Aljaranda 26 (12-13). Tarifa.
- Cuesta Estévez, Gaspar J. (1995). *El pueblo y los nombres de lugar: la etimología popular*. En: Aljaranda 16 (21-24). Tarifa.
- Díaz, Beatriz (2007). *Memorias de seis mujeres de Facinas y Tarifa. Atrapasueños y Ayuntamiento de Tarifa*. En prensa.

- El Día (2000). *La prensa decía; 30 de septiembre de 1915*. Edición digital del 30 de septiembre de 2000. Tenerife.
- Fernández, Marina (1999). Juan Quero. Relato de Vida. Memoria de Maestría en Estudios Ibéricos. Universidad de Lyon. Facultad de Lenguas. Lyon.
- Fraser, Ronald (1979). Recuérdalo tú y recuérdalo a otros. Historia Oral de la Guerra Civil Española (I y II). Editorial Crítica. Barcelona.
- Fuentes, Luis Miguel (2002). *La industria del envasado se aleja de Andalucía*. El Mundo Andalucía.
- Guerrero, Carmela y Rueda, Francisco (1988). Los insectos y el hombre. Una aproximación a las plagas entomológicas. Penthalon Ediciones. Madrid.
- Herrera Márquez, Pedro (2002). *Un viaje por las escuelas de Tarifa en 1926*. Aljaranda 45 (23-24). Tarifa.
- Laguna de La Janda. <http://www.lagunalajanda.org/estudios.htm>.
- La Línea. <http://www.lalineacom.com/periodo3.htm>.
- López González, Ginés (1982). La guía de Incafo de los árboles y arbustos de la Península Ibérica. Editorial Incafo. Madrid.
- Manuel Sagüés (2004). *Los hierros de marqués de Domecq y Núñez del Cuvillo regresan a la feria del Toro*. Diario de Noticias Pamplona. <http://www.diariodenoticias.com/ediciones>.
- Mariscal Rivera, Domingo (2005). Diccionario Barreño. Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Los Barrios (Cádiz).
- Martín Ferrero, Paz (1999). El habla de los pueblos de Cádiz. Diccionario Rural. Quorum libro editores, Cádiz.
- de Mora Figueroa, José (1974). Datos para la historia de la Falange Gaditana (1934-1939). Jerez de la Frontera. Citado en: Caro Canceleda, Diego (1985:222). La Segunda República en Cádiz. Elecciones y partidos políticos. Edita Diputación de Cádiz. Cádiz.
- Morales Benítez, Antonio (2001). *La expropiación de las tierras del duque de Lerma en 1936*. Aljaranda 41 (24-25). Tarifa. El Mundo. <http://www.el-mundo.es/cronica/2002>.
- Mundo Matero. *Uruguayadas*. www.humordaz.com.

- Navarro Cortecejo, Juan (1992). *Joaquín Abreu*. Aljaranda 7. Tarifa.
- Navarro Cortecejo, Juan (2003). *Los Horrores de la Guerra*. Aljaranda 49 (35). Tarifa.
- Ortiz Nuevo, José Luis (1985). Pensamiento Político en el Cante Flamenco. Antología de textos desde los orígenes hasta 1936. Editoriales Andaluzas Unidas.
- Osuna García, Javier y Ubera Morón, Erasmo (1998). El lenguaje de la mar, en Cádiz. Editorial Silex, Cádiz.
- Parlamento Andaluz (2002). Indemnización al municipio de Barbate por la base militar en la Sierra de Retín. Proposición no de ley 6-02/PNLC-000290. Diario de sesiones 31-10-2002.
- Proyecto filosofía en español. <http://www.filosofia.org/derechos>.
- Quero González, Juan (1986). *Después del Pregón*. En: Facinas, Feria y Fiestas 1986. Revista multicopiada editada por José María de Terán Woollett en Facinas.
- Quero González, Juan (1997). Facinas. Historia de Facinas y campaña según Juan Quero. Editan Grupo Socialista - Diputación de Cádiz. Agrupación Local de Tarifa (PSOE). Tarifa.
- Quero González, Juan y Sánchez Tundidor, Luis Federico (2001). La mujer rural en Facinas a lo largo del siglo XX. Documento multicopiado. Jimena de la Frontera (Cádiz).
- Ramos González, Manuel. *30 años de energía nuclear en España*. Revista de Educación y Cultura del CPR Carmen Gómez.
- Regueira Ramos, José (1999). Zahara de los Atunes, Paraíso Cervantino del Sur. Editorial Regueira, Colección El Castillo de Jimena. Algeciras.
- Salgado, Jesús (coord.) (1996). Estudios sobre Gibraltar. Instituto de Cuestiones Internacionales y Política Exterior (INCIPE). Madrid. <http://www.incipe.org/gibraltar.pdf>.
- Sánchez Tundidor, Luis Federico (2005). Las tumbas antropomorfas en la Arenisca del Algibe. Comunicación oral personal. Tarifa.
- Segura González, Wenceslao (2001). Tarifa en la II República. Apuntes para la historia del republicanismo tarifeño. Editorial Acento 2000. Tarifa.

Segura González, Wenceslao (2003). Pregón de la Feria y Fiestas de Tahivilla del año 2003. <http://www.geocities.com/almedinatarifa>.

El Semanal Digital (2004). Dimisión del embajador de España en Londres. <http://www.elsemanaldigital.com/> (3 abril 2004).

Sepúlveda, Isidro (2004). Gibraltar: La Razón y la Fuerza. Alianza Ensayo. Madrid.

¿Te acuerdas? <http://www.teacuerdas.com/nostalgia-escuela-caton.htm>.

UNED. <http://www.sameens.dia.uned.es>.

Vilar, Pierre (1979). Historia de España. Editorial Crítica. Barcelona.

Werner, David (1980). Donde no hay doctor. Fundación Hesperian. California.

Zambra. <http://www.zambra.com/libreria/e/fiebre/cante>.

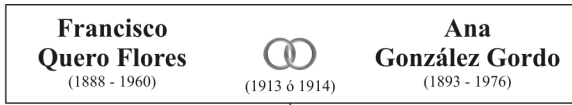
**ÁRBOL GENEALÓGICO
DE JUAN QUERO Y PEPA PELAYO**



*Nota: fueron 14 hijos
estos 9 llegaron a adultos.

- Inés
- María
- Alfonsa
- José

- Antonia
- Isabel
- Pepa
- José
- Antonio
- Curro
- Manolo
- Juan



- Ana González Quero (1913 - 2004)
- Teodora (1915 - 1996)
- Juan Quero González (1917)**
- Francisco (1918 - 1985)
- Alfonso (1925)

*Nota: Ana González Quero, prima de madre y sobrina de padre, “se merece el título de hermana”, según explica Juan.



*Nota: al menos fueron 8 hijos.

↓
 María
 Victoria
 Antonia
 Ignacia
 Tomasa
 Rafael
 Curro



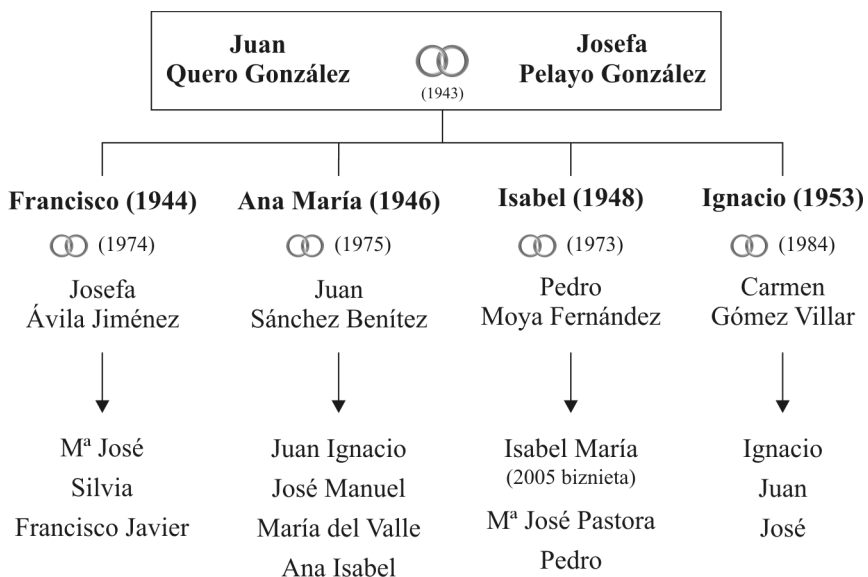
↓
 Josefa
 José
 Sebastiana
 M^a Dolores
 Pedro
 Joaquín



↓
Josefa (Pepa) Pelayo González (1918)

Ana (1920)
 Joaquín (1922 - 1989)
 Francisca (murió con 8 años)
 Ignacio (murió con 7 años)
 Antonia (1931)
 Victoria (1933)

*Nota: Juan calcula que Joaquín “debió ser de la quinta del 43, porque cuando nos casamos estaba haciendo el servicio; y tendría entonces uno 21 años”. Respecto a Francisca e Ignacio, Pepa recuerda que “se llevaron 15 días de morir la niña a morir el niño”.





Juan y Pepa con sus cuatro hijos, Isabel, Francisco, Ignacio y Ana, en el bautizo de su primera biznieta, en enero de 2006.

ÍNDICE

El valor de tu testimonio	9
Contenidos	12

«Nos criamos muy felices en aquel sitio aislado»

I. INFANCIA Y JUVENTUD EN EL CORTIJO

DEL MORO	15
. Nosotros vivíamos en la cabreriza	19
. Nos desenvolvíamos bien económicamente	23
. El Moro no era de los cortijos más grandes	25
. Detrás de mi padre, como un perrito, me crié yo	30
. Yo nunca he pasado por una escuela	32
. La afición a la lectura la cogí por necesidad	37
. Mi padre, decían que tenía buena mano para el queso	38
. Mi madre hacía teleras de tres libras y media	41
. Compramos un ventorrillo en la parte de abajo del cortijo	47
. En la venta quizás fuera donde más leí	50
. Con la República se produjo un cambio en todos los cortijos	51
. De ganaderos aprendimos a ser labradores	55

«Yo, lo que quiero es que esto se acabe»

II. LA GUERRA: ENTRE EL FRENTE Y LA OFICINA

. La guerra fue un golpe grande para la juventud	67
. El cabo Vera dijo que aquí no se tomaban represalias	71
. Cuando yo me incorporé llevaban más de un año de guerra	73
. Me granjeé la confianza de todos los agentes de la compañía	76
. Teníamos que avanzar para tomar el objetivo que nos habían puesto	81
. En la guerra, los ejércitos no nos cazábamos	84
. Yo no tenía interés en ser cabo	85
. Tuve un mes de permiso para hacer la siega	88
. Me hirieron por nada	90

. Con el tercer permiso conocí a mi mujer	94
. Dicen que del roce nace el cariño	97

«He tratado de progresar con mi iniciativa privada»

III. COMO RECOVERO Y PASTOR: EN FACINAS

CON LA FAMILIA	103
. Seguimos en aquellas tierras hasta que nos las quitaron	107
. Ya me quedé sin sitio donde trabajar	110
. Me dediqué a ir a Algeciras con mi caballo	113
. Cuando la gente emigró vino el fracaso del negocio	115
. Me arrimé a las ovejas y levanté cabeza	117
. Entonces fue cuando escribí el libro	120
. De nacer en estos tiempos, no sé si hubiera sido más feliz	128
. Yo no me he querido nunca amarrar	130
 Mapa de la zona	 132
Vocabulario y expresiones	133
Bibliografía consultada	139
Árbol genealógico de Juan Quero y Pepa Pelayo.....	143

“He tenido la suerte de vivir esa época”

A sus 89 años, Juan Quero nos relata plácidamente su experiencia como zagal, cuidando las cabras con su padre o disfrutando de mozo como labrador propietario. Nos habla de su tránsito por una guerra fratricida no elegida, y como ventero, recovero y pastor de ovejas en su madurez, época en la que también fructificaría su pasión por la lectura y la escritura.

Su valioso testimonio se engarza en hechos históricos que atravesaron el siglo XX: las obras acometidas en la dictadura de Primo de Rivera, la presencia laboral española en Gibraltar, el impacto de la Segunda República en el despertar del campo andaluz, la programada represión tras el golpe militar de 1936, el racionamiento y el estraperlo durante la posguerra y la crisis del trabajo en el campo que provocó la emigración de los años sesenta.

Juan nos adentra en el trasfondo de la injusta propiedad y administración de los cortijos, cuyos dueños han usado el poder político durante varias décadas, y en las penosas condiciones de trabajo que marcaron la vida de tantos ciudadanos y ciudadanas tarifeños. Un pasado que es imprescindible retomar para poder entender el vertiginoso presente del Campo de Gibraltar.